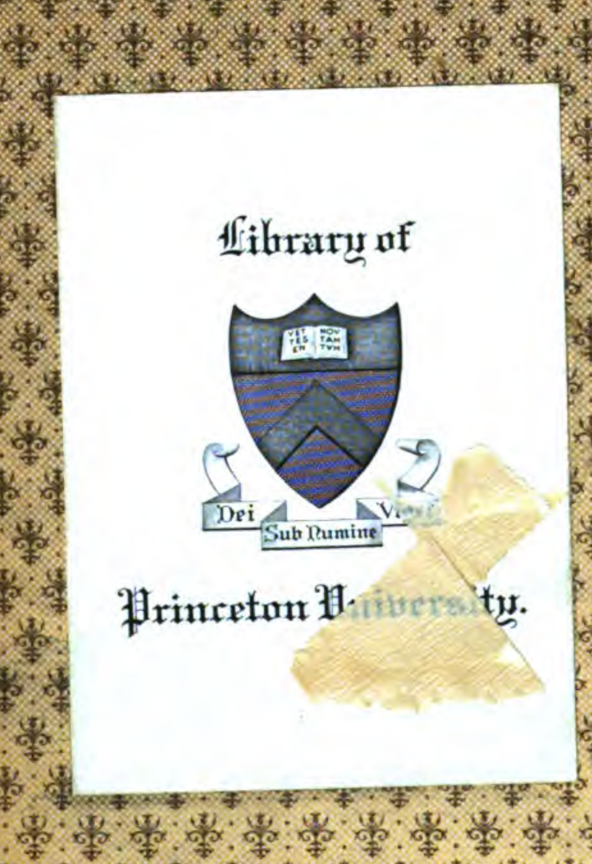
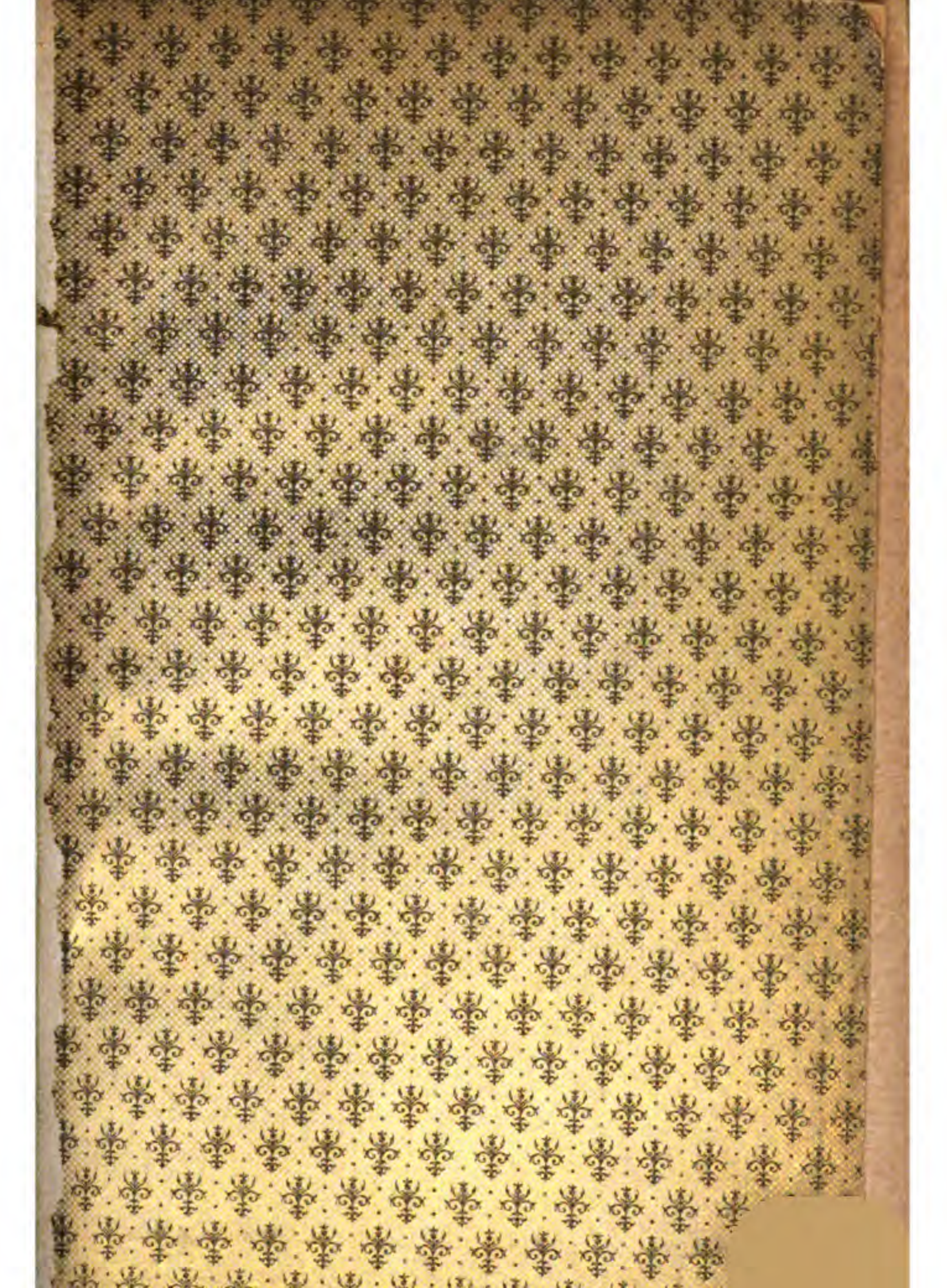
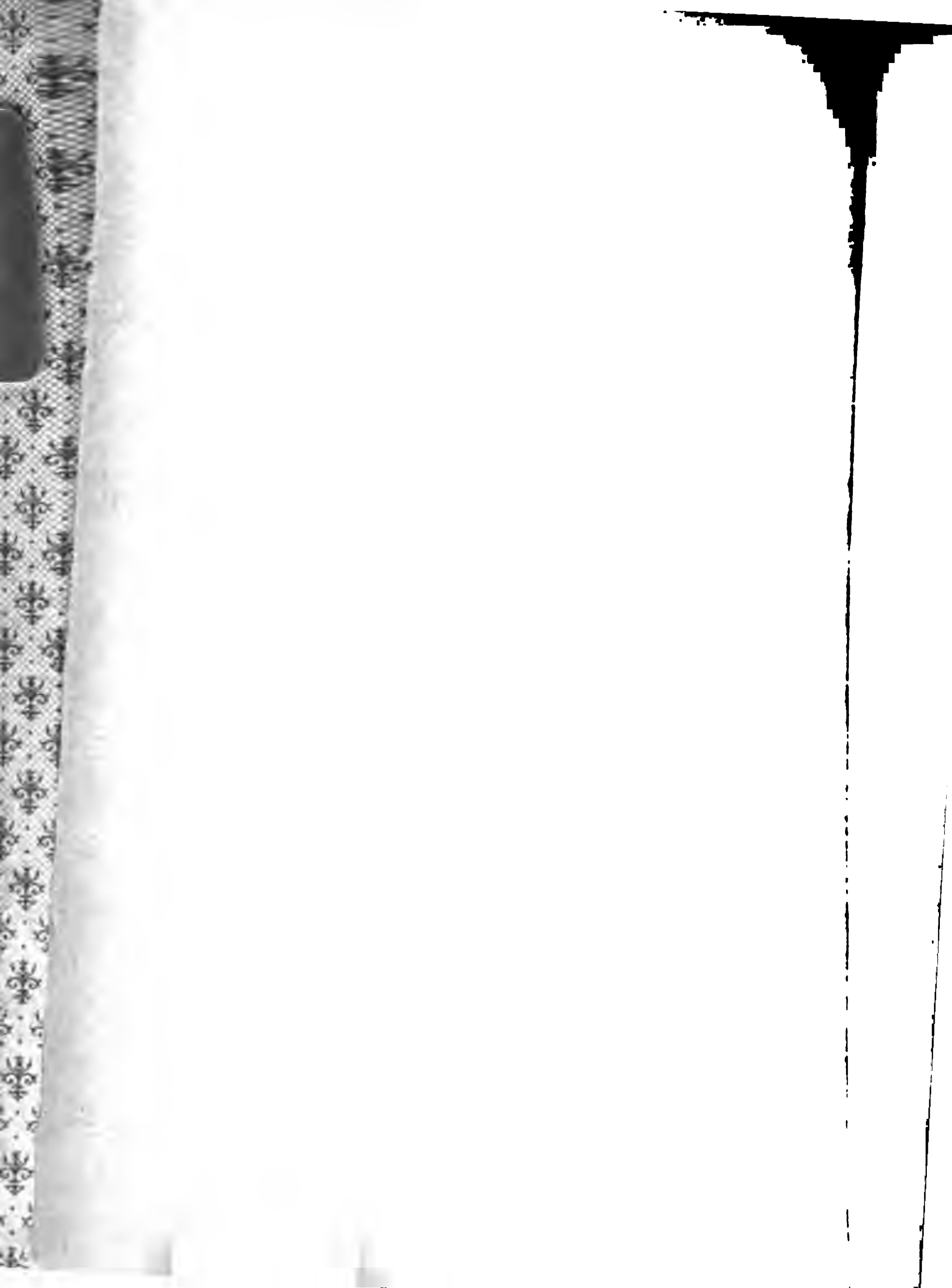
Víctor Balaguer

EPISTOLARIO


Library of
VET TES EN
NOV TAM TVM
Dei
Sub Numine
Princeton University.







EPISTOLARIO

Tipografía de El Progreso Editorial, Duque de Osuna, 3.

EPISTOLARIO

MEMORIAL DE COSAS QUE PASARON

POR

D. VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

TOMO II



MADRID
EL PROGRESO EDITORIAL
3—Duque de Osuna—3
1893

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

LA TRAGICOMEDIA

DE

FERNANDUS SERVATUS

CARTAS AL

SR. D. JUAN MAÑÉ Y FLAQUER

Director del *Diario de Barcelona*.

CARTA PRIMERA

SR. D. JUAN MAÑÉ Y FLAQUER.

Casa Blanch en Arbucias, 8 de Junio de 1892.

Desde los valles del Monseny, mi antiguo amigo, medio siglo te saluda. Porque, en efecto, no lo parece, pero hace más de medio siglo que nos conocimos, siendo ya mozos entrambos de pelo en barba. Á tanto alcanza nuestra amistad.

Así como un día, desde las cumbres del Montserrat, que es el monte de las tradiciones religiosas, te remití la carta-dedicatoria del libro en que aplegué los recuerdos de aquella montaña, así hoy, desde lo alto del Montseny, que es el

monte de las leyendas románticas, gigante de las dos cabezas, como aquí le llaman, te envío esta otra carta por el correo de *La Vanguardia*, generoso periódico que otorga hospitalidad á mis pobres artículos durante mis solaces veraniegos.

¡Qué solos nos vamos quedando, tú y yo, en ese vasto cementerio que se llama Barcelona, y por el cual pasé hace pocos días! Barcelona es para nosotros, para ti y para mí, una gran necrópolis. No hay calle en que no se encuentren una, tres, cinco casas que forzosamente deben hacerte el efecto de nichos y panteones, según á mí me sucede.

Quiso la casualidad que el año pasado me hallase en Barcelona el día de difuntos. Todos iban á visitar los cementerios, y yo con ellos, para llevar flores á sus muertos queridos. Á mitad del camino lo

pensé mejor, y me volví. ¿Á qué iba yo? ¿Qué necesidad tenía de aquel viaje para cumplir mi piadoso propósito? Regresé á Barcelona, y paséme la tarde discurriendo por sus calles.

Allí estaban mis recuerdos; allí mis muertos queridos; allí mi verdadero cementerio con todas mis ilusiones malgastadas, con todos mis amores idos, con todas mis esperanzas muertas, con las memorias de mis años juveniles: las de mi madre de quien *recibí el primer beso*, las de mi mujer á *quien dí el último:* las de aquella calle de Basea donde estaba la redacción del periódico literario en que hicimos nuestra primera campaña: las de aquel teatrito de Montesión, fundado para escuela del arte moderno en Barcelona, y desaparecido al levantarse el grandioso Liceo sobre las ruinas del que fué convento de trinitarios y de entre

los escombros regados con la sangre de dos jóvenes patricios, á quienes allí se fusiló por el crimen de ser liberales, lo que hoy es ó puede ser todo el mundo sin peligro: las de aquel otro teatro llamado entonces de Santa Cruz en que vimos representar *La Fatuchiera* de Vicente Cuyás, primer ensayo de ópera española, ó uno de los primeros al menos, y al que iba yo frecuentemente, espoleado por mi amor á los dramas románticos de Jaime Tió y de Antonio Ribot, dos poetas injustamente olvidados: las de la Riera de San Juan con el histórico edificio donde se congregaban, y conocimos, á hombres que se llamaban Jaime Balmes, Pablo Piferrer, Juan Cortada, Manuel Milá Fontanals, Roca y Cornet y Luis Cutchet, Luis, mi maestro y mi amigo del alma, á quien la muerte acaba de arrebatarme, llevándoseme con él algo

de mi vida: las del ex convento del Carmen, universidad y templo de nuestros estudios, como lo era de nuestras conferencias y goces literarios la morada de Pepe Coll y Vehí, que se alzaba á su linde: las de aquella otra calle de San Pablo, que fué mi cuna, y por la que, niño aún, vi pasar, arrastrados por turbas ebrias, los cadáveres del abogado Balmas y del general Bassa: y las de tantas calles, y casas, y lugares, y moradas donde fuí feliz ó desdichado, donde aprendí á amar ó comencé á sufrir, y donde de tantas ilusiones gocé para gozar luego en perderlas, que esta es la vida, desandar lo andado, añorar lo perdido: la engañosa ilusión de la esperanza, la sevicia fustigante del recuerdo.

¡Ah, si yo pudiera expresar mis sentimientos! Pero los grandes dolores, como los grandes goces de la vida huma-

na, son inenarrables. Sucede como con los ruidos y como con los silencios de la naturaleza, como con los esplendores del cielo y de la tierra. No hay música que pueda dar idea de las armonías del bosque; no hay poesía que pueda explicar lo que el hombre siente; no hay pincel que alcance á pintar el agua en su despeño ni el fuego en su ardimiento. Pincel, instrumento ó pluma, por maravillosos que sean, son inválidos.

¿Qué mundo de recuerdos, no es cierto? ¡Qué de memorias las de nuestra juventud, y las de nuestra Barcelona de entonces!

Todavía la veo aquella Barcelona, la ciudad condal ó la villa de los condes, como con frase que tuvo fortuna é hizo camino la llamé un día en los artículos que bajo el misterio de otro nombre escribía en el *Diario de Barcelona.*

Todavía la estoy viendo, con su torneo á usanza de la Edad Media, efectuado en las huertas de San Beltrán, del que fué heraldo el conde de Cheste, hoy nuestro presidente en la Academia Española, y en el cual el marqués de Villapalma alcanzó glorias y lauros que rendir á los pies de María Llauder al proclamarla reina del amor y gentileza: con sus innúmeros conventos qué, durante una noche de fiebre popular, se erizaron en llamas amagando incendiar la ciudad toda: con sus *bullangas*, ya legendarias, en que se alzaban formidables barricadas donde se combatía, y se moría, por lo que ya hoy ni se combate ni se muere, por ideales políticos: con su juventud romántica, y llorosa, y melenuda, y todo cuanto se quiera y plazca ahora decir, pero que tenía en alma, en fe y en patriotismo todo lo que hoy tiene de otras

cosas la moderna: con sus *Jamancias* valerosas que enarbolaban la negra bandera de la muerte en el Baluarte del Mediodía, situado donde hoy se levanta la estación del ferrocarril de Francia, y asaltaban la poderosa Ciudadela en una noche de luto, de consternación y de sangre: y, finalmente, porque sería no acabar nunca, con aquellas huestes de *progresistas*, y también de *moderados*, que jamás se ocuparon de cruces, ni de empleos, ni de honores, ni de puestos retribuídos, sino sólo de procurar el bien del país por el camino de los grandes ideales á que les conducían sus honradas convicciones.

Todo desapareció ya. ¡Qué trascendente mudanza en medio siglo! Costumbres, usos, sucesos, ideales, todo se alejó sin saber cómo ni cuándo, lo mismo que, sin saber tampoco cuándo ni cómo,

nos vimos á nuestra vez alejados uno de otro, marchando por opuestas sendas.

Vientos contrarios empujaron nuestras naves por derroteros distintos con distinta suerte, tocándome á mí la de ir á navegar por más procelosos mares. No fué ciertamente el mérito, ni la fortuna tampoco, quien me llevó á las alturas donde se forja el rayo, y á las cuales antes que yo, y mejor que yo quizá, y sin quizá, hubieras tú llegado, si, más previsor y cauto, no te hubieses detenido sabiamente.

Alturas son de las cuales se vuelve, y á las que se torna algunas veces, como yo torné; pero á las que no he de volver jamás, si Dios me otorga la gracia de mantener mi serenidad de espíritu, premiando con esta merced los pocos méritos que haya podido alcanzar en mi trabajada vida.

Empujadas nuestras naves por vientos contrarios, fuimos á parar á bien distintos campos, y, tan unidos como estuvimos en nuestras mocedades, tan apartados nos vimos luego, hasta llegar á encontrarnos frente á frente en las luchas políticas, cada uno de nosotros guiado por la rectitud de sus intenciones y la fe de su conciencia.

Aun hoy nos encontramos así, y así de seguro nos encontraremos mañana todavía; pero esto ¿verdad tú? según dice el pueblo de Madrid con una de sus más bellas locuciones familiares, no amengua ni amenguará la amistad que nos hermana y que más estrechamente aun debe recogernos dentro del unitivo espíritu de nuestras voluntades, á medida que más solos nos vamos quedando y más aislados nos vemos.

Sigamos siendo adversarios, que á

ello nos obligan empeños de honor jamás torcidos, premisas de voluntad siempre logradas, y arraigadas convicciones de una conciencia sana; pero importa recordar que entrambos, uno y otro, si por diversos caminos y con ideales distintos, coincidimos en algo que es de esencia, y profesamos un mismo culto, el del amor á la patria; comulgamos con un mismo sentimiento, el de la integridad nacional; y hemos influído siempre para hacer respetar la lengua y las tradiciones, los usos y costumbres, la literatura y la historia de cada una de las provincias españolas á fin de que, sin uniformidad, pero con la solidaria unidad del haz macedónica, sean una para todas y todas para una, constituyendo juntas esta nuestra sagrada España, por quien y para quien vivimos.

Pero, en fin, dejemos esto. La pluma,

como la imaginación, corre á veces más de lo que debiera, y emprende rutas á que no siempre se quiere ir.

Dejemos esto, repito, y vamos al objeto que puso en mi mano la pluma para escribir al decano de la prensa catalana.

Quiero comunicarte una nueva que es de regocijo para las letras. Se trata del hallazgo de una comedia, ó tragedia, ó mejor aún, y más propiamente, tragicomedia, representada en Roma nada menos que en 16 de Agosto de 1494, al finalizar el siglo XV, con tema y asunto de un triste suceso ocurrido poco antes en nuestra Barcelona, cuando al bajar el rey Fernando *el Católico* las gradas de la escalera de su Palacio Real, recibió de mano de un desconocido la alevosa cuchillada que, sin poner en peligro su vida, puso en alarma y también en recelo de traiciones á su esposa la reina

doña Isabel *la Católica*, y fué motivo de una frase célebre pronunciada, al parecer, por quien era á la sazón conceller *en cap* de Barcelona.

Pero, como esta carta se prolongó por haber permitido á la pluma empresas y vuelos de fantasía, dejaré el asunto en toda su integridad para otro día y para otra carta en que procuraré ceñirme al tema, lo cual no supe hacer en ésta.

CARTA SEGUNDA

Casa Blanch en Arbucias, 12 de Junio de 1892.

Cumple á mis deberes y conciencia explicarte cómo tuve noticia de la tragicomedia *Fernandus Servatus.* Jamás había oído hablar de ella.

Tú conoces á Juan Facundo Riaño, ¿verdad?

También debes conocer á su ilustre esposa. Es Emilia Gayangos, hija de don Pascual Gayangos, uno de nuestros más doctos académicos, y señora de gran entendimiento y de gran bondad, en quien compiten y luchan en alteza los esplendores del alma, las hidalguías del cora-

zón y las más sobresalientes dotes de inteligencia.

Por lo que toca á Juan Facundo Riaño, su esposo y mi compañero de Academia, ya sabes que pertenece al número, no sobrado, de los que tienen instrucción maciza y normal, uniendo á sus excelencias de literato las prendas del caballero y las noblezas del amigo.

Á ellos debo la noticia del *Fernandus Servatus*. Diéronmela cuando más atareado andaba yo en diligencias y rebuscas para mi historia de los Reyes Católicos.

Y más hicieron aún. Cuando Riaño averiguó que me hallaba en estas soledades, adonde vine en demanda de salud y de reposo, envióme un extracto muy cumplido de la obra, con discretísimas observaciones, noticias del autor, copia de las más interesantes escenas y

traducción concienzuda de sus pasajes más importantes. Me comunicó cuanto servirme pudiera para el fin que yo me proponía; y es tan completo el trabajo, que no sólo me da idea del libro y me permite hacerme cargo de todo, sino que me parece tenerlo abierto sobre mi pupitre, ante mis ojos.

Y como para mi Historia, de índole singular, no me es posible aprovechar todo cuanto Riaño se tomó el trabajo y me dispensó el honor de remitirme, creí oportuno utilizar las noticias en estas cartas que te escribo, y que, por ir á ti, van también á los amadores de las artes y las letras y á los golosos de curiosidades y lindezas; que no es ciertamente cosa tan baladí, sobre todo para la historia del teatro, la noticia de una obra dramática representada á fines del siglo XV, tomando el autor por tema

el de un suceso ocurrido en sus tiempos y días antes de aquel en que tiró de la pluma para escribirlo.

Paréceme que no puede haber nada más humano, según dicen ahora; aun cuando he de confesar, haciendo pregón de mi ignorancia, que no acierto á entender el vocablo *humano*, en el sentido, al menos, que ahora pretende dársele.

El título de lo que el autor llama tragicomedia es *Fernandus Servatus*, cuya traducción literal es: *Fernando conservado* ó *Fernando salvado*, pero ninguna de las dos versiones me place, ni tampoco á Riaño, á quien consulté.

La obra consta de 561 versos exámetros, en su totalidad, y al final dice: *Representada en Roma año del Señor* 1494, *día* 16 *de Agosto.*

Está impresa, pero carece de pie de imprenta. El texto es latino, según ya

te dije: la letra gótica, con muchas abreviaturas; forma parte de un tomo en 4.º de *opúsculos* con título de *Historia bética*, y se halla en poder del citado Riaño.

El autor es Cárlos Verardo, de Cesena, y considero justo decir algo de él lo primero de todo, reuniendo cuantas noticias he podido recoger, que no son muchas ciertamente, aun cuando tengo á mi disposición para estudio y consulta la biblioteca de Casa Blanch, donde sus amables dueños me otorgan hidalga hospitalidad.

Las noticias que pude conseguir, pertenecen á la *Biblioteca Latina* de Alberto Fabricio, á la *Storia della letteratura italiana* de Tiraboschi, á la *Storia critica de' teatri* por Pedro Signorelli y á mi correspondencia con Riaño.

Fué Cárlos Verardo natural de Cesena, arcediano, cubiculario y secretario

de los cuatro pontífices Paulo IV, Sixto IV, Inocencio VIII y Alejandro VI. Escribió en elegante prosa 23 diálogos ó sea, escenas ejecutadas y representadas en Roma en las fiestas de Abril de 1492. Á más del *Fernandus Servatus*, compusó otra obra dramática, en verso latino, sobre la *conquista de Granada* por los Reyes Católicos, que también se representó en Roma, como el *Fernandus*. Se conocen tres ediciones de sus escritos, la primera, Roma 1492, la segunda Basilea 1533, y la tercera en Francfort, 1603. Nació en 1440 y murió en 1500. Sus restos existían en un monumento sepulcral en la iglesia de San Trifón de los frailes ermitaños de San Agustín.

Y esto es todo; todo lo que pude averiguar.

Y vamos á la obra dramática.

No ofrece los datos y pormenores his-

tóricos que yo esperaba y que me aguijonearon á pedir noticias detalladas cuando me dieron la de su existencia; pero así y todo, la considero curiosa y digna de ser conocida.

Es notable por su mérito literario, por la valentía de sacar á la escena personajes vivos, por la alta idea de su concepción, por el fin levantado que se propuso, y por el talento y habilidad con que salva el autor los obstáculos que no podía menos de ofrecer la referencia del suceso.

Está dedicada al célebre Cardenal Pedro González de Mendoza, aquel á quien se llamaba el tercer rey de España, y que tanta influencia y personalidad tuvo en la época de los Reyes Católicos como guerrero y capitán en los campos de batalla y como ministro y consejero cerca del trono, siendo uno de los más cons-

tantes protectores de Cristóbal Colón y quien primero alzó sus proyectos á conocimiento de los monarcas. Verardo tiene el valor de presentar en escena, como uno de los personajes de la obra, al mismo cardenal á quien la dedica.

Los personajes, según aparecen en la obra son: *Plutón;—Alecto ó Alecton, Megera y Tisiphone*, que son las furias, —*Rufo (Ruffus)*, que es el asesino;—*el Rey, la nodriza (Nutrix), la Reina, la Visión de Santiago, el Cardenal Pedro de Mendoza y el Coro.*

El prefacio, como vas á ver por el extracto que te envío, tiene en mi sentir verdadero interés. Se puede apreciar por él la sensación profunda que debió causar en las cortes extranjeras la noticia del atentado contra el rey don Fernando, la creencia de que pudiera ser obra de los enemigos de la fe y de la

religión, el sentido moral con que el autor aprecia el suceso, la revelación de un sobrino del autor como poeta, y el conocimiento de personajes españoles protectores de las letras.

Comienza diciendo así: «Cuando supe que el invictísimo Fernando rey de España, estando en Barcelona, sin comprender la causa, fué herido por un loco, consternado con la noticia, comencé á discurrir cómo la Providencia había permitido que ocurriese un caso tan duro y luctuoso á varón de tanta virtud y probidad.»

El autor se inclina á pensar que no debía ser loco el que *se empeñó á matar con el hierro* al rey de España. Y fíjate, amigo mío, en que ya el autor llama y titula *rey de España* al que entonces no se llamaba ni llamaban más que rey de Aragón y de Castilla.

Á los ojos de Carlos Verardo, el asesino no aparece como loco, sino como instrumento del demonio, entendiendo por demonio el espíritu que mueve y empuja al perverso contra el bueno, lanzándole á envidiar, empequeñecer y destruir las grandezas del hombre. «No le quedaba al demonio otro camino, sino es el de quitar de en medio á Fernando, para que su muerte disuadiera á otros príncipes de imitar en lo futuro sus grandes proezas.»

Dice el autor que tuvo la idea de contribuir á la gloria regia en lo que sus fuerzas alcanzasen, componiendo así su obra y ordenándola con varios personajes que apareciesen hablando en ella, «por cuyo medio, no solamente leyéndola, sino también vista con los ojos, cuyo sentido es vivísimo en nosotros, resultase de mayor agrado y deleite.»

Refiere que, luego de compuesta, entregó la obra á su sobrino y alumno Marcelino Verardo «que cultiva maravillosamente la poesía, para que la pusiese en verso y para que la pintase y adornase con colores poéticos, respetando la verdad y la dignidad del asunto».

Á continuación de esto da una noticia que estimo como muy importante.

«Encontrándose aquí, en Roma, añade, los embajadores regios Bernardino Carvajal, Obispo de Plasencia, y Juan Medina, Obispo de Astorga, que ambos reunen á su grande bondad y prudencia singular doctrina en todo género de ciencias, determiné someter á su acendrado juicio este opúsculo, una vez terminado; los cuales, habiendo elogiado el argumento y el verso, me exhortaron á dar á luz la obra en pro del honor y de la gloria del ínclito Rey, y, según

costumbre en comedias ó tragedias, cuidé que la dirigiesen y enmendasen sus mismos favorecedores.»

Explica en seguida el autor cómo llamó tragicomedia á su obra, imitando lo de Plauto en su *Amphitrion*, «porque la dignidad de las personas, y aquella violación impía de la majestad del Rey, pertenece á la tragedia; mientras que el éxito feliz del acontecimiento corresponde á la comedia.»

Y ya, después de esto, Verardo se dirige al Cardenal Mendoza y habla del aplauso con que se recibió la representación, á que asistieron el Papa, los Cardenales, los prelados, y las personas de más nota que á la sazón se hallaban en la capital del mundo católico.

En mi próxima carta te daré idea del drama en su fondo y en su forma.

CARTA TERCERA

Casa Blanch en Arbucias, 15 *Junio de* 1892.

Y vamos ya, mi querido Juan, á la tercera y última carta.

La curiosísima obra dramática que ofrece motivo á estas líneas, no está distribuída en actos ni en escenas, ni designa el lugar de ésta.

Aparece en ella *Pluton*, y dirigiéndose á las furias, visibles ó invisibles, pero que parece deben estar con él en escena, las exhorta en contra «de aquel rey poderoso de la Hesperia que intenta someter á su imperio nuestros confines, que no satisfecho aún con derrotar á Mahoma, sometió á Boabdil á su yugo,

conquistó á Granada y entró en ella victorioso. Nuestras eran, dice, el África y el Asia y gran parte de Europa. Ahora Fernando enarbola su bandera, y vamos á perderlo todo».

Al trasladarme Riaño este parlamento reclamó mi atención, pidiendo la fijase en un verso que dice así:

Optima none michi dudu pars cesserat (orbis.

Es decir: «¿Por ventura no me venció (Fernando) hace un momento, en la más excelente (óptima) parte del orbe?»

Paréceme, mi buen amigo, que en este verso has de encontrar una marcada y directa alusión al descubrimiento de América, que aún no se llamaba América.

Plutón termina su parlamento implorando el auxilio de las furias en favor del negro Báratro.

Alecto responde al llamamiento de Plutón, manifestándose dispuesta á se-

cundar sus deseos. *Megera* dice lo mismo, aunque con menos firmeza; pero *Tisiphone* se muestra decidida á todo, sin contemplaciones de ningún género. «Es preciso que corra la sangre. Yo vengaré al Báratro: yo haré que gima el Orbe y tiemble y se estremezca Hesperia sobre sus cimientos: yo haré que el pavimento del alcázar regio se empape con sangre de Fernando.»

Terminado este diálogo, se queda *Tisiphone* sola y aparece *Ruffo*.

—«Este el hombre, dice *Tisiphone*, que puede servir á mi proyecto. Pertenece á la progenie de los insensatos.»

Ruffo, sin ver á la furia que le acecha, ensimismado en sus meditaciones, se lamenta de su propia inercia en no cometer crímenes, y manifestando hondo pesar y hasta casi remordimiento, dice: «Hace ya mucho tiempo que

mis manos no han derramado sangre.»

—«Este el hombre que necesito, exclama *Tisiphone*; no puedo encontrar mejor instrumento. Me supera á mí, que soy maestra.»

Y dirigiéndose á él resueltamente, le habla de esta manera:

—«¡Oh gloria omnipotente! ¡Oh esperanza mía! ¡Oh mi dulce alumno! ¿Por qué dejas que tus años se gasten y consuman sin honra y sin gloria?»

Y en este sentido va continuando hasta que le propone el asesinato del rey de España, diciéndole que, en cuanto lo haya ejecutado, dominará toda la región de Hesperia.

—«Oh tú, mujer, dice *Ruffo*, madre veneranda mía, tú que llevas rayos celestes en lugar de cabellos, inspírame, enséñame, dime lo que de mí disponen los hados.»

Tisiphone entonces le habla de manera sibilítica, dejando escapar estas frases: «Te mostraré tu camino... saciarás tu saña en sangre augusta... Veo lucir una diadema que ciñe tus sienes.»

Instada por *Ruffo*, se decide *Tisiphone* á revelarle todo su pensamiento, le explica quién es Fernando, y las ventajas que obtendrá con su muerte. «La España entera, le dice, te aclamará al instante por rey.»

Ruffo acepta, ofrece matar á Fernando, dice que ceñirá á sus sienes la corona húmeda de sangre del monarca, y se va, dejando sola á *Tisiphone*, que en un largo parlamento se felicita por el éxito obtenido, alegrándose de que á ella deba su triunfo el Tártaro. Se complace también en relatar las ventajas que resultarán para el reino de Plutón con la muerte de Fernando.

Sola ya la escena, aparece la *Reina* acompañada de la *Nodriza*.

Ha tenido noticia de la herida del Rey y demuestra su dolor diciendo que hubiera preferido que la tragase la tierra, ó que un rayo la condenase á sombras perpetuas antes que nadie violase el cuerpo del monarca.

La *Nodriza* procura consolarla rogándole que suspenda las lágrimas mientras no esté segura de que sea cierta la nueva; pero á esto contesta la *Reina* que no tiene duda, porque «en los tiempos calamitosos que corremos, dice, ni la majestad del Rey está segura.»

La *Reina* se arrodilla, y en hermosos y sentidos versos dirige una *Oración* al Altísimo pidiéndole la salud de su esposo, y demandando también su protección á Santiago.

La influencia mitológica llegaba en

aquellos tiempos hasta el punto de llamar Olimpo al cielo, pues que la *Reina* comienza su oración diciendo:

«Oh padre omnipotente, oh director excelso del Olimpo.»

Al dirigirse la *Reina* á Santiago, pidiéndole su favor, la escena se ilumina repentinamente con celestes resplandores, y aparece la *Visión de Santiago*, que se acerca á la *Reina* para consolarla diciéndole que suspenda las lágrimas, que aparte el miedo de su corazón, que el Rey está ya salvo y que ella debe alegrarse y regocijarse.

Es una larga arenga en que también el Santo habla del Olimpo.

Desaparece la *Visión*, y la *Reina* al quedarse sola manifiesta su júbilo, quiere quemar incienso, dar gracias en el templo, etc., etc., y cuando se dispone á salir, se presenta el Rey, quien cuenta á

su esposa la manera cómo fué herido, diciendo que debe su salvación al divino Santiago que apartó la cuchilla del asesino haciendo que la herida fuese leve y curase sin dolor.

La *Reina* pide que el criminal sea castigado, y pregunta si pudo averiguarse quién armó el brazo del asesino.

Contesta el Rey que el delincuente está encerrado en obscura y tenebrosa cárcel, con duras cadenas en las manos y pesados grillos en los pies. «Todo lo demás lo ignoro, prosigue diciendo el monarca, pero Mendoza, que ha sido para mí de gran consuelo en mi dolor, y al cual nada se oculta, podrá referírtelo todo.»

Entra en escena el cardenal *Pedro de Mendoza*, y después de saludar á los Reyes y felicitarse, dice:

—«Cuantas veces vuestros próceres

han preguntado al asesino cuál fuese la causa de cometer su delito, otras tantas ha respondido en seguida que carecía en absoluto de razón. Carece de ella, no hay duda. Cogió la cadena con los dientes y amenazó al triste pueblo que lo miraba. Es ciertamente una monstruosa criatura. Los ojos fijos en la tierra: el terrible rostro deprimido por una palidez nefanda: inclinado al suelo: nunca la mirada recta. Su lengua es venenosa: sus dientes enmohecidos y cárdenos: todo el cuerpo aparece deforme por lo extenuado. Nunca se ríe, constantemente suspira, y su horrenda cabeza está rodeada de negros cabellos: su aspecto duro impresiona al que le mira.»

El Rey se adelanta para decir que sólo debe al socorro divino el haberse librado; y en seguida habla de empresas y grandezas para el porvenir, terminan-

do con encargar á la *Reina* que construya un templo de mármol Pario á Santiago.

Llega en esto el momento del *Coro* que comienza diciendo:

«La virtud intrépida es más fuerte que el duro hierro. No teme los furores de hombres insanos, ni los fuegos sículos, ni la ira del rayo veloz.»

De esta manera continúa el Coro para enaltecer al Rey y á la Reina, y concluye la obra.

Después del Coro hay una *invectiva* del propio autor y en igual clase de verso, en contra de *Ruffo*. Es de suponer que la recitasen á la terminación del drama.

Se titula *Invectiva del mismo* (Verardo) *contra Ruffo, violador de la Majestad Real.*

«¿Quién fué tan miserable, oh Ruffo, que te infundiera sus furores? ¿Quién

armó tu mano con la aguda cuchilla?
¿Qué ciego espíritu te sirvió de guía?
¿Quién te aconsejó tanta monstruosidad?»

Y así va discurriendo largamente el poeta, citando nombres históricos de tiranos y traidores para demostrar que todos fueron inferiores á *Ruffo* en sus maldades. Recuerda después los grandes hechos de Fernando, sus victorias sobre los moros, la expulsión de los judíos, y concluye con dirigir alabanzas y loores al monarca.

Esto es todo, y á esto se reduce la tragicomedia de *Fernandus Servatus*, cuya existencia, como ya te dije en mi anterior, me reveló nuestro excelente amigo Juan Facundo Riaño. Holguéme de ello, y he gozado en comunicarte la noticia y en darte una idea de la obra, que es curiosa bajo todos conceptos.

Una composición dramática del siglo XV, con gran aparato representada; teniendo por asunto un suceso ocurrido poco antes; sacando á la escena personajes, vivos y parlantes todavía; con todo el carácter de una obra humana, como á vivir en aquel tiempo hubieran dicho los críticos que viven en éste, merece fijar la atención de los que cultivan y propagan el estudio de las letras.

Es un libro, por lo demás, si no desconocido, poco menos; singularmente aquí, donde más debiera conocerse. Verdad es que está impreso; pero quizá no exista ningún ejemplar en nuestras bibliotecas públicas, y solamente lo habrá en alguna privada particular, como sucede con la de Riaño en que priva la exquisita aunque costosa golosina de los libros raros y curiosos.

Paréceme, pues, que no habré hecho

mal del todo en llamar tu atención, y con la tuya la de otros, solicitándola para esta obra dramática que sobre todos sus atractivos lo tiene singular para mí por ser especialidad de mis estudios.

Presentóse en escena esta obra, como ahora diríamos, cuando ya había desaparecido la escuela revolucionaria de los trovadores, tan poderosa que necesitó dos grandes fuerzas, ó, mejor aun, dos grandes violencias para su total aniquilamiento; la del hierro en el campo de batalla, la del gentilismo en las aulas monacales. El latín se impuso al provenzal ó lemosín, y la gentilidad imperó en las letras; pero aun así y aun con todo su clasicismo olímpico y mitológico, el *Fernandus Servatus*, representado en el alcázar de los Papas (lo cual ahora no sería sin escándalo), recuerda, á fines del siglo XV, los comienzos del XIII, y guar-

da reminiscentes vestigios de una época, de unas costumbres y de una literatura que debieran ser más conocidas y mejor estudiadas de los críticos á quienes, es decir, á los que *por mor* del oficio ponían paño en el púlpito celebrando de censores más que de críticos, llamaban los provenzales malos razonadores, *mals razonadors*, y hombres *de crueldad sin remordimiento*, que es una de las frases más duras que pueden decirse á quien nació de madre.

Y aquí, mi excelente amigo, concluyo estas cartas que, por escasas que sean, habrán tenido el privilegio de ofrecer á tu memoria la de estudios de otros tiempos y con ella la del compañero de tus mocedades para quien, aun siendo cada vez más impenitente liberal, siempre conservó tu alma nobilísima dulzores de amistad y recuerdos de cariño.

RECUERDOS DEL MONTSENY

(Cartas al maestro Sr. D. Fermín Álvarez.)

PRIMERA CARTA

SR. D. FERMÍN ÁLVAREZ

Casa Blanch en Arbucias, Julio de 1892.

Mal hizo en no acompañarme, á que le brindé en vano, mi querido maestro y amigo; y como justo castigo á su protervia en la indolencia, le condeno á leer mis cartas, que he de remitirle sin sello de correo para obligarle á satisfacción de porte, precisamente como si fuera un simple representante del país. Quiero darle cuenta de mi vida y de mis impresiones en esta excursión, ya que no conseguí tenerle por compañero; y larga cuenta será por cierto, que hay mucho de ella que contar.

Ya sabe V. cómo la dolencia me alejó de Madrid sin esperar al término de las tareas parlamentarias, obligado á faltar así á los deberes que tiene todo representante de la patria si ha de cumplir con ésta y con su conciencia. Adelanté por esta causa mi costumbre, raras veces interrumpida, de venir todos los veranos á Cataluña, donde están los míos, costumbre que es en mí tradicional y sagrada, á que deseo ser fiel, pues yo sé bien que quien de los suyos se aleja Dios le deja.

Y asimismo sabe V. por qué serie de felices eventos vine á parar á esta deliciosa morada de Casa Blanch, donde el huésped amigo llega como á la suya propia, y donde existe una hospitalidad que tiene arreboles de amores en un hogar que tiene soles de familia.

La bondad de estos señores patrones

míos, me permitirá introducir á usted en esta casa para que pueda formar idea del medio ambiente que me rodea, según fórmula de ahora; y tenerla de dónde y cómo vivo.

Es *Casa Blanch*, si no la más antigua, una de las más antiguas del *rieral* de Arbucias. Conserva en su archivo pergaminos que remotan á 1220, es decir, al siglo tal vez más glorioso de Cataluña por haberlo sido de Jaime *el Conquistador* y Pedro *el Épico.* Eran los Blanch hombres de paraje *(homes de paradge)*, que equivale á decir hidalgos de Castilla, y es tradición de la casa que su fundador fué uno de aquellos repobladores de Cataluña que con los llamados *Barones de la fama* emprendieron, y terminaron, la reconquista del país.

Siempre subsistió la casa con el mismo nombre, y siempre fué perpetuándo-

se de varón en varón hasta llegar á nuestros días, en que se halla á su cabeza una joven dama, muy hermosa por cierto y muy gentil, de quien no en vano dicen las coplas que se cantan con ocasión de las *caramellas* de Pascua:

No venim per la mes xica,
ni tampoch per la mes grand,
que venim per la pubilla,
la pubilla de Can Blanch,
que es la estrella de la serra
y es la flor del rieral.

Mi cuarto dormitorio en esta casa es una delicia. Á más de estar rica y lujosamente adornado con todas las delicadezas del gusto moderno, tiene en un ángulo, fronteros, y separados solamente por la esquina, dos maravillosos balcones.

Velado está el de la derecha por una corpulenta acacia que cada mañana, cuando descrencha sus ramas la brisa

matinal, llama con el cuento de ellas á los cristales, como para advertir al emperezado huésped que es hora ya de salir á disfrutar los goces del campo.

Desde el de la izquierda el panorama es admirable. Se descubre todo el valle. Al pie del balcón crece un hermoso saúco con sus acopados grupos de armiñadas flores; y junto á él, subiendo desde el patio murado, se yergue y se levanta una frondosa acacia que parece hacerlo solamente para ofrecer sus largas hojas de pirámide, divididas en tremolantes hojuelas, á las personas que al balcón se asomen.

Enfrente, aparece el valle de Arbucias en toda su esplendidez, con su gala de riquezas. Desde el pie del muro arranca la gran huerta de la casa, y luego el extenso campo limitado por la riera que baja despeñándose á saltos, trancos y

cascadas con aguas murmurantes que arrullan el sueño y con frescas alamedas que son morada de dulces ruiseñores. Á la derecha la villa de Arbucias con sus casas en declive, como deseosas de lanzarse al valle con el río. Á la izquierda el cono de Montsoliu con su castillo como cabeza, y con su holgada y colgante falda de encinas como veste y ropaje que cae hasta sus pies. Y en el fondo, dominando el cuadro, apareciendo por encima de cerros, colinas y montes, el Montseny en toda su majestad, con sus penetrantes *Agudas* y su *Home*, que forman los dos grupos ó cumbres que hicieron dar á esta montaña el nombre de gigante de las dos cabezas *(gegant dels dos caps)*.

Veo desde mi balcón un campo cubierto totalmente de amapolas, de espléndidos colores, parecido á un suntuo-

so tapiz arrebolado con los más soberbios carmines que pudieran dar jamás los mejores múrices de la mar siria. Una tarde se lo enseñé á Hermenegildo Anglada, joven pintor de verdadera inteligencia, que pasa aquí largas temporadas estudiando con amor y conciencia las hermosuras de esa gran naturaleza montsénica, y se lo propuse para un cuadro.

—No me atrevo, me dijo. Si lo pintara tal como es, lo creerían exagerado, hijo de mi fantasía, y no copia del natural.

Y es así. El joven artista tiene razón. En el monte, en el mar, en el cielo, se ven cosas tan asombrosamente bellas y tan raras y singulares á veces, que si un pintor las traslada al lienzo, los críticos le censuran diciéndole que se aparta de lo natural y le aconsejan que estudie la

naturaleza. En la vida ocurren á veces cosas tales y tan desacostumbradas (yo conozco algunas), que si un dramaturgo las lleva al teatro ó un novelista las refiere, la crítica se espeluzna y eriza en toda clase de tártagos y cóleras, y flagela sin compasión al pobre autor diciéndole que se aparta de lo humano.

Así como veo desde mi balcón ese hermoso campo de amapolas, asisto también á otros espectáculos, ó, por mejor decir, á uno solo, al del Montseny que impera sobre todo y se impone á todo, siempre grandioso y solemne, ya sea que aparezca anublado y sombrío como envuelto en fluctuosas gasas y estremeciéndose en sordos y tronitosos rumores, ya sea que, irguiéndose soberano en su inmenso solejar, dibuje su atrevida silueta sobre el ignífero cielo azul de las grandes serenidades.

Mi cuarto dormitorio tiene salida al salón de la casa, majestuoso por sus proporciones y solemne por su altura, arreglado como por mano de hada con cuadros de renombrados pintores y con objetos artísticos y muebles de épocas diversas, ordenado todo estéticamente en deleitosos contrastes y maravilloso conjunto.

Este es el salón donde, después de cenar, pasamos la velada en gratísima tertulia, que se prolonga hasta media noche por lo menos.

Mientras que por su gran balcón, abierto de par en par, entran con el fresco de la noche los bien olientes perfumes del campo, los murmullos del río y los cantares del ruiseñor; las damas se sientan al piano y á cada momento cantan una de esas bellísimas cancionetas y romanzas en que V. es tan maestro, ami-

go mío. El recuerdo de V. vive entre nosotros con sus obras. Todas las noches surge V. aquí en espíritu, y todos le aplaudimos cuando las frescas y cristalinas voces de las damas cantatrices nos dan á conocer las bellezas de su *Naná* y de sus *Recuerdos de Aragón*, ó las de aquellas otras canciones bordadas de primores, su *Casita Blanca*, su *Virgen de Montserrat*, sus *Albadas* y su *Acuérdate*, á las que acaso tenga yo más cariño por lo que de colaboración pueda tener en ellas.

Y por cierto que siempre que oigo cantar el *Acuérdate*, ó *Acuerdaté*, como yo digo, recuerdo aquel acometimiento feroz de un crítico congénere, que desde antiguo me tiene mala voluntad. Porque ya V. lo sabe, si buena música le puso á mi *Acuerdaté*, buenos azotes me cuesta.

Dice mi canción, es decir, la de usted, pues que con su música le dió el alma:

Acuerdaté que me juraste amores
junto á la palma que gallarda crece
de tu balcón al pie.
¡Acuérdate!
Acuérdate que me dijiste entonces:
«¡Me doy á ti! ¡Ya tuya soy en vida
y en muerte lo seré!»
¡Acuerdate!
Si un día, muerto yo, tu amor me falta
y en otros brazos, sin pudor, olvidas
tu juramento y fe;
¡acuérdate!,
acuérdate que de mi tumba entonces
tú me verás salir, y tu palabra
á reclamar iré.
¡Acuérdate!

Pues bien, por haber cometido el crimen de acentuar la *e* final de *Acuerdaté*, cediendo á exigencias musicales de rima, de armonía, de pronunciación y de canto, censuróme con aspereza el crítico consabido. Y mientras él decía y afirmaba que sólo por este crimen merecía

yo salir de la Academia Española, pensaba yo que sólo por otro crimen idéntico hubiera merecido entrar en ella el poeta Alonso de Alcaudete, autor de este cantar:

Yo me levantara, madre,
mañanica de Sant Joan:
vide estar una doncella
riberica de la mar.
Sola lava, sola tuerce,
sola tiende en el rosal.
Mientras los paños enjuga,
dice la Niña un cantar:
—¿Do los mis amores, dólos,
do los andaré á buscar?

Y nada más. Y ahora, terminado el incidente del crítico, volvamos á nuestro salón de Casa Blanch y á nuestra tertulia en él.

Voy á contar á V. lo que ocurrió una noche, pocos días antes de San Juan, si mal no recuerdo.

Fué singular el suceso, y en verdad

que siento no ser estilista para contarlo como se merece y para reproducir la impresión que hubo de causarme.

El balcón estaba abierto de par en par y penetraban por él con los perfumes del campo los rayos de la luna, á tiempo que también por él salían las claras y agudas notas que con su argentina voz lanzaba á los aires una de las damas. Cantaba ésta precisamente una romanza de V.

En un momento dado, de repente, como si ello pudiera ser estudiado y hasta ensayado, surgiendo del pie del balcón sonó un coro, un verdadero coro de ruiseñores con sus gorjeos, sus líricas melodías y sus agudas y refinadas notas. El asombro fué tal, y tal la sorpresa, que el piano calló, suspendióse el canto y enmudecimos todos, asombrados y atentos al melódico desfogue de aquellas tiernas

avecillas, cofrades y colegas de los poetas, en las que parece ser virtud de alma lírica la de cantar por la noche y la de esperar el silencio y las tinieblas para llenar de armonías el espacio.

Lo ocurrido fué que los ruiseñores de la alameda, situada al otro lado del ancho campo extendido ante la casa, al ver los torrentes de luz que se precipitaban por el balcón abierto, al oir el murmullo de las conversaciones, el piano y las cristalinas voces de las damas, fueron atrevidamente acercándose poco á poco, de árbol en árbol, hasta posarse en el grupo de acacias contiguo al muro del patio, y una vez allí, celosos de que hubiera quien osara competir con ellos, alzaron repentinamente sus gorjeantes melodías como para lucir, y también imponer, su canto sin rival.

Ya sabía yo que los ruiseñores eran

sociables, pero ignoraba que fuesen envidiosos.

Con motivo de este suceso una discreta dama de la tertulia me contó la leyenda del ruiseñor.

—¿Sabe usted por qué los ruiseñores cantan principalmente de noche? me preguntó.

—No por cierto, le contesté, y me holgara de saberlo.

—Pues oiga usted.

Y en seguida, yo todo oídos y toda expresión ella, contóme una deliciosa historieta que ya quisiera yo escribir con la pureza de detalles y con la filigrana de estilo con que me fué contada.

La cosa debió ocurrir en tiempos prehistóricos. En cierta calurosa tarde de Mayo ó de Junio, que son los meses de las rosas y de los ruiseñores, se posó uno de éstos en una frondosa madreselva, y

con su frescura de voz sin igual y con el prodigio de su garganta, comenzó su florífero canto, que así debiera llamarse el del ruiseñor, pues que sus gorgoritos, notas y gorjeos son en realidad las flores del arte.

La tierna avecilla cantaba, como ellas suelen, para solaz y recreo de su amada que anidaba con sus hijitos en la rama de un árbol vecino; pero al anochecer, y cuando ya las sombras descendieron del espacio, acabó por dormirse profundamente, fatigada por el calor y el cansancio.

Pertenecía la madreselva en que se había posado, á la clase de aquellas que en catalán se llaman *lliga-bosch*, es decir, lazo ó atadero del bosque, porque trepan con tal presteza y se enredan con tal profusión, dando tantas vueltas y revueltas, que llegan á formar inextricables

muros de verdadera maleza; son, á más, madreselvas que crecen con portentosa y extraordinaria celeridad. Puede decirse que se las ve crecer.

La madreselva en cuyo seno se durmió el ruiseñor debía ser poco aficionada al canto, ó debía tener mala voluntad á los pájaros trovadores. Pertenecía sin duda á la clase de aquel personaje de quien se cuenta que mandó cazar y destruir todos los ruiseñores que existían en su parque por turbarle el goce de oir el canto de las ranas.

Lo cierto es que, mientras el ruiseñor dormía, la madreselva fué creciendo y extendiéndose con gran rapidez hasta formar un enmallada red que envolvió á la pobre avecilla melomániea, quien, al despertarse con el alba, se encontró prisionera, imposibilitada de salir y de lanzarse al espacio. En vano intentó reco-

brar la libertad. Habíala perdido para siempre el infeliz ruiseñor.

Condenado á eterna prisión el triste, allí murió preso, sin poder forzar la estrecha y punzante reja que la madreselva, madre fiera para él, tejió aquella noche en torno suyo, lejos de su amada que le llamaba, y sin los goces de aquel sol, de aquellos árboles y de aquel espacio, nunca como entonces más ansiados por el mísero cautivo.

Es desde entonces que los ruiseñores pasan la noche cantando, para que no les ocurra lo que al infeliz que por dormirse perdió el amor, la libertad y la vida.

Y así debe de ser, porque varias noches me acosté con el canto de los ruiseñores y con él me desperté á la mañana siguiente, á que hoy remito también la continuación de esta carta.

SEGUNDA CARTA

Sr. D. Fermín Álvarez

Casa Blanch, en Arbucias. Julio de 1892.

Á estar V. en nuestra compañía, maestro y amigo, ¡qué de excursiones hubiéramos hecho! Ni siquiera teníamos necesidad de abandonar la finca y territorio de Casa Blanch para darnos este gusto.

Escondido en la alameda del río, junto á un grupo de peñas por entre las cuales el agua se precipita y atropella, hay un vallecito deleitoso que se presta á los coloquios de amor y á las delicias de la lectura, los dos grandes placeres

de la vida, al pie de una fuentecita que se llama *Fuente del almezo* por brotar á la sombra de uno de estos árboles.

Desde allí partí cierta mañana en excursión aventurera, siguiendo unas veces, no sin riesgo, la inexplorada orilla del río, atravesando otras el prado que las aguas del riego convierten en ciénaga, y penetrando luego por entre arbustos y malezas, á través de las cuales me abría difícilmente camino con el auxilio de mi acompañante que á varazo limpio iba doblegando espinos y matando zarzas. Así fué como, sugerido por la atrayente virginidad del bosque que solicitaba mis deseos, llegué á un lugar en el que nadie, de seguro, había penetrado, en muchísimos años al menos, desconocido, según pude luego juzgar, hasta para los mismos dueños de la finca.

Ya comprenderá V. que no descubrí

ningún nuevo continente, pero sí un sitio que tiene su relativo encanto. Nadie que hoy le visite puede calcular lo que era cuando lo vi y encontré. Gracias á la gentil dueña de esta casa, que ha querido dispensarme el honor de guardar memoria de aquella mi excursión y dar mi pobre nombre á aquellos lugares, elevándome á la categoría de revelador, aquel sitio se halla hoy desbrozado, vencida la braveza del matorral que le dominaba, facilitado el camino, y en descubierto los centenarios sombrosos árboles que ocultos vivían en un verdadero piélago de broza y de maleza.

Así se llega á un altillo, formado por enormes peñascos que avanzan sobre el río y ofrecen una explanada ó rellano en donde crece un grupo de encinas, olmos y alisos que parecen brotar de la misma peña, al borde de una cascada que ahora

se descubre por entero y de la que antes sólo se oía el estruendo, por ser casi imposible su acceso. Dos escaleras, abiertas hoy en la peña viva, á cada un lado del altillo, permiten descender á la cascada. Á ella se baja directamente por la derecha, pasando por junto á una oscura gruta, antes ignorada, mientras que por la izquierda se desciende á una diminuta playa, pudiendo atravesar el río por un paso ó sendero de piedras á flor de agua, y así llegar á una especie de baño natural abierto en un recodo del monte y á salvo de indiscretas miradas.

Pero la hacienda Blanch tiene en esta clase, y en más apartado lugar, cosa de mayor encanto y maravilla.

Cruzando verdes praderas, salvando arroyos y canales de riego, siguiendo estrechas y pintorescas sendas, atravesando extensos platanares, se llega á otro

río que he oído apellidar con los distintos nombres de río de Ridecós, *riera chica*, *y riera de las arenas*, porque se dice que con ellas arrastra partículas de oro. Allí es donde se encuentra una hermosísima cascada de tres saltos, cascada de agua sobre otra verdadera de peñas que se desprenden, caen, se deslizan y arrojan desde grande altura en tropel, confusión y tumulto, pareciendo ser ésta y no aquélla la cascada, y asemejando peña el agua por lo compacta y ceñida, y agua la peña por lo revuelta, abigarrada y suelta. Compite y rivaliza con cualquiera de las cascadas del monasterio de Piedra.

En el seno de este encanto hay un lugar delicioso para bañarse, donde el agua, batida por las piedras, se remansa pura y límpida en una á manera de concha, que parece ser un baño labrado por al-

guna de las hadas invisibles de estas selvas. Grandes lienzos de rocas y tupidas cortinas de follaje le velan y resguardan.

Dice el vulgo que este era el baño de la mujer de agua *(lo bany de la donna d' aigua)*, y que allí iba á bañarse en las calurosas tardes de estío aquella misteriosa dama, tradición romancesca de esta casa que trasladaré á continuación de estas cartas.

Aseguran que en los alrededores de esta cascada se crían unos pájaros negros con todo el pecho blanco, á la manera como van vestidas las hermanas de la caridad, pájaros que sólo anidan y viven aquí y que en ningún otro sitio de esta comarca se encuentran. Los llaman mirlos de agua, y dice el vulgo que son almas ó espíritus de mujeres de agua que al caer la noche se transmudan en mujeres, y se bañan á la luz melancólica de

la luna. Cuentan que una noche fueron sorprendidas por un atrevido doncel, y entonces una de ellas arrojóle un puñado de agua, convirtiéndole en piedra.

Toda esta comarca del Montseny, amigo mío, está llena de supersticiones y leyendas. Todo son cuentos de brujas, de encantamientos, de maravillas, de aparecidos, de damas blancas y damas rojas, de diablos negros y demonios colorados, de brujas que cabalgan invisibles por los aires montadas en palos de escoba, conductoras y guías de tempestades que por enojo ó por venganza descargan sobre sitios determinados. Y como para concluir con las brujas, según decir del pueblo, no hay sino el humo del laurel que las ahoga y la bala bendecida que las mata, de ahí que cuando el lejano trueno en el espacio y las nubes aturbonadas en el Montseny anuncian la tempestad,

las mujeres acuden presurosas á encender grandes hogueras de lauro que elevan al aire su densa y odorífera humareda, y los hombres no cesan de disparar escopetazos á las nubes, cargada su carabina con balas en que hay la señal de la cruz y están bendecidas por el cura párroco.

Á estar V. con nosotros, hubiéramos efectuado la excursión al Montsoliu, que está aquí á dos pasos, y al Montseny que está á cuatro, debiendo contar por cada paso una legua, como es de suponer.

El Montseny es todo un poema de románticas leyendas, y una maravilla, una verdadera maravilla de bellezas. Quien guste de oir contar aquéllas y admirar éstas, debe hacer un viaje al Montseny siguiendo el itinerario trazado por los excursionistas catalanes. El viaje podrá ser agrio y duro, hasta con el riesgo y también con la atracción del peligro: pe-

ro es encantador y deja recuerdos toda la vida. Es de aquellos viajes que tanto placen á nuestro amigo el marqués de Marianao, gran amador de excursiones, resistente á la fatiga y arriscado en el peligro. Hubo de efectuarlo un día, no ha mucho tiempo, y le oí luego el relato.

Nuestro buen amigo el marqués destinó cuatro ó cinco jornadas al viaje. Una de ellas la consagró por completo al castillo de Montsoliu donde pasó la noche en compañía de sus amigos y compañeros, recogido en esas magníficas tiendas que consigo lleva para sus excursiones, y que, junto con sus hamacas para colgar de los árboles, su tropel de carruajes, caballos y mulos para la cabalgata, y su rico ajuar y demás menesteres de expedición, tantas veces tuve ocasión de ver en jornadas de durable recuerdo, cuando íbamos de correría al pinar de Villa

Fortuny, tan suntuoso como un templo, á la histórica ermita de Nuestra Señora de la Roca, tan admirablemente descrita por el poeta catalán Pedro Antonio Torres en una de sus excelentes obras dramáticas, ó á las ruinas del un día famoso monasterio de Escornalbou, lugares cercanos todos al espléndido *Mas Samá*, opulenta y señorial morada de los marqueses de Marianao.

Allí pasaron la noche junto á la torre cubierta por la hiedra monumental, al pie de la osamenta del castillo y á la fantástica sombra del mismo, proyectada por la luz melancólica de la luna, improvisando un verdadero hogar de familia en su campamento. Y allí, al amor de la lumbre, al restallar del crepitante leño, entre las asaetadoras chispas desprendidas de la humosa tea, oyeron contar las consejas y narraciones de encantamien-

tos, de brujas y de misterios que tanto abundan en estos lugares, con la leyenda de la dama roja de Montsoliu, la condesa aquella de la blanca y fina mano, que todos los años, al promediar la noche de San Juan, aparece en lo alto de la torre de la hiedra, y la otra leyenda del jinete que se presenta en determinadas noches de cada año, cabalgante en un caballo de fuego, despidiendo ígneos resplandores, y que hay quien jura y perjura conocer por haberlo visto y no sé si también por haberle hablado.

Ya en otro día y en más dura jornada, pasaron nuestros amigos al valle Santa Fe, pero como no aceptaron el hospedaje que les ofrecía el ermitaño, que allí tiene casa de hospitalidad, fueron á levantar sus tiendas junto al mismo *Gorch negre* en terrenos de propiedad de esta familia Blanch.

Una noche pasada junto al mismo *Gorch negre*, debe estremecer de espanto al más fiero. Es aquel el *Gorch* de las consejas, el que describió con tanta poesía Pablo Piferrer, el insondable *Gorch*, de aguas negras como tinta, donde se precipitó la mujer de agua el día que se fugó de Casa Blanch, y donde se baña el diablo á la luz de la luna, ínterin las brujas danzan y cabriolean en su aquelarre apellidado *El llano de las Brujas*, y al que, malaventuradamente, vino hoy á robar todo el encanto de su misterio cierta naturalista y positiva fábrica de pólvora que sin miedo á hechicerías se estableció recientemente en aquellos lugares.

En cuanto al valle de Santa Fe es uno de los sitios más deliciosos del Montseny. Por allí discurren con placidez las aguas del río Gualba que va derechamente á precipitarse rugiendo en el *Gorch*

negre, para luego partir á grandes trancos hasta llegar al prodigioso *Salto de Gualba*, que es uno de de los magnos esplendores de la montaña.

En el valle de Santa Fe hay praderas de verdor eterno, senderos que serpentean por debajo de bóvedas de follaje, torrentes que recogen la nieve de las alturas convertida en agua cristalina, sombrosas frondas en que nunca el sol penetra y en que se goza de encantadoras *celistias*, palabra que aún no autoriza la Academia Española y que tendrá que autorizar, como deberá hacerlo con la de *añoranza*, ya tan usual en los escritos de Castelar y de Menéndez Pelayo, y también con la de *riera*, en el sentido de río que recoge las aguas de la montaña, porque son vocablos españoles, de pura raza, que no tienen traducción en castellano, ni hay manera de sustituirlos.

Junto al valle Santa Fe está la cueva que fué morada de *la penitente del Montseny*, singular y misteriosa mujer que ha dado ocasión, no en verdad á una leyenda fantástica con personajes redivivos de siglos remotos, sino á una leyenda perfectamente humana, de nuestra época misma. He visto y he hablado á varios que conocieron á esa penitente, especie de *Extranjera* de Arlincourt. Todavía vive, y espero que viva aún largos años, la dama que conoció á esa mujer misteriosa y que me contó su historia, la cual reservo para mi tercera carta.

TERCERA CARTA

Sr. D. Fermín Álvarez

Casa Blanch en Arbucias, Julio de 1892.

La llamada *Penitente del Montseny* apareció repentinamente cierta noche, á tiempo que había estallado una gran tempestad, con lo cual ya ve V. que la historia tiene todos los comienzos de una leyenda romántica. El ermitaño de Santa Fe regresaba de una de sus frecuentes correrías á los pueblos vecinos, y sorprendido por la tormenta apretaba el paso de su cabalgadura, cuando al cruzar por junto á una peña acertó á divisar, bajo el hueco de ella, á una mujer

que allí se había refugiado buscando su amparo para guarecerse de la lluvia.

Enteróse el ermitaño de que la desconocida llegaba al Montseny, como San Segismundo un día, en busca de una cueva donde hacer penitencia en cumplimiento de un voto. Llevósela aquella noche el ermitaño á su residencia de Santa Fe, y al día siguiente le señaló una cueva.

Allí estuvo por espacio de cinco ó siete años, en la época del 1834 al 1840 próximamente, durante la tremenda guerra civil que comenzó después de la muerte de Fernando VII hasta terminar con el convenio de Vergara.

Dormía vestida encima de unas tablas, y sólo comía pan, patatas, verduras y frutas. Llevaba siempre consigo, colgante de su cintura, un saquito de seda y en él un cráneo que besaba y

abrazaba, postrándose ante él y rezándole. Debería tener sòbre treinta años cuando apareció. Era alta, delgada, de hermosas facciones y de modales finos y aristocráticos. La noche que se presentó en la montaña, llevaba un vestido de seda, que continuó llevando siempre hasta desgarrarse y deslucirse con el uso. Hablaba muy poco, y siempre con gran reserva. Cantaba admirablemente romanzas en lengua italiana, pero sólo cuando se hallaba sola, internándose por las selvas donde permanecía á veces varios días seguidos sin presentarse por su cueva. Los que de lejos la oyeron cantar decían que su voz era fresca y argentina, revelando maestría en el canto. Hablaba regularmente el castellano, pero con dificultad y con acento extranjero. En cuanto al catalán, lo hablaba muy mal, mezclando en su conversación pa-

labras castellanas, catalanas y francesas.

Antes de ir al Montseny, la extranjera estuvo en el pueblo de Palau-Tordera, donde alquiló una casita y aposentó en ella dos mujeres del pueblo, que tomó por criadas, dándoles salario sólo para que cuidasen de la casa, conservando los muebles y unos cofres que trajo consigo y en que se dice que guardaba alhajas y ricas prendas de vestir. Algunas veces abandonaba su cueva del monte y aparecía en su casa de Palau-Tordera, pero era sólo por breves instantes, limitándose á ver si las criadas conservaban su ajuar, y regresaba en seguida al Montseny.

Otras veces desaparecía por algún tiempo. Abandonaba el monte y su cue va por temporadas más ó menos largas, sin que nadie supiera su paradero, y cuando menos se creía, tornaba á pre-

sentarse para continnar su vida ascética y penitente, sus ayunos y vigilias en la cueva, sus adoraciones al cráneo misterioso, su completo apartamiento del mundo, sus vagabundas correrías por las selvas y sus cantos nocturnos en los bosques.

Á comienzos de la guerra civil de los siete años las tropas liberales, creyéndola espía del bando carlista, se la llevaron presa á Barcelona, donde tuvo una entrevista con el que era entonces capitán general del Principado quien la trató con mucha consideración y respeto, poniéndola en libertad inmediatamente, y volviéndose ella entonces á su montaña.

Cuentan también que una vez hizo un viaje al Montseny una persona, desconocida en el país, que parecía ser de gran distinción, sólo para hablar con

aquella mujer misteriosa, llegando á tiempo en que la penitente se había ausentado y desaparecido por una temporada, como á veces ocurría. No encontrándola en su cueva, el desconocido viajero trazó con un punzón ciertas letras ó cierta palabra en el tronco de un haya que se alzaba vecina á su morada; pero al regresar la penitente, al enterarse por el ermitaño de Santa Fe de lo que había ocurrido, y al leer la palabra en el tronco, mandó cortar el haya haciendo una hoguera con su tronco y con sus ramas.

Se llamaba aquella mujer, ó se hacía llamar Bernardina Flores, pero evidentemente no era este su nombre, siendo general la opinión de que era una dama extranjera.

Durante toda la época de la guerra civil estuvo en su cueva del Montseny.

Más tarde, anunciando que había ya terminado el tiempo de su penitencia, abandonó la cueva, puso albarán en el balcón de su casa de Palau-Tordera, despidió á las criadas que en ella tenía, y dicen que se retiró á San Justo Desvern, donde alquiló, compró ó mandó edificar una casa que tenía algo de señorial y de castillo, en la que vivió recoleta, sola con una criada.

Otra versión me dieron también respecto á su partida del Montseny. Una persona de esta comarca, que trató de averiguar la vida y la historia de aquella extraña mujer, después de reunir ciertos antecedentes, aglomerar datos y consultar fechas, llegó á adquirir la convicción, según me dijo, de que pudiera ser aquella misma misteriosa Lady inglesa de quien hablaba Lamartine en sus viajes á Oriente, y de quien cuenta que estuvo

algunos años en España, retraída en la cueva de un monte.

Es cuanto pude averiguar acerca de *La extranjera ó la mujer misteriosa*, como hubiera dicho en sus tiempos el vizconde de Arlincourt, *la penitente del Montseny*, como la llaman en el país.

Visitado el valle de Santa Fe, hay que hacer la excursión al *cerro del Hombre*, *(turó del Home)*, á las *Agudas* y al pico ó *cerro de Matagalls*.

El *cerro del Hombre* es, según parece, el punto más elevado del Montseny, aunque allá debe irse en altura con sus dos cerros rivales. Tiene mil novecientos diez metros sobre el nivel del mar. No se dirá que el *Hombre* sea de poca talla. Su verdadero nombre es el de *turó del Home mort*, cerro del hombre muerto; pero el vulgo, con su maravilloso y certero instinto de abreviatura, ha supri-

mido el vocablo *muerto*, y ha quedado siendo el *cerro del Hombre.*

Y se llamó del hombre muerto porque, visto desde no se qué punto y no sé á qué luz, aunque siempre con los ojos de la fe, las peñas presentan en su configuración y silueta la apariencia ó representación de un hombre, tendido á lo largo, como muerto, en su sarcófago.

Del *cerro del Hombre* á *las Agudas*, es decir, el cerro de las peñas agudas, parece mediar una inmensa distancia, y hay sólo una hora, pero una hora de camino infernal.

Las *Agudas* son unas peñas limpias y desnudas, viudas de toda vegetación, enhiestas unas como en disposición de escalar el cielo, y de ascensos peligrosamente tentadores, volcadas otras como caídas ó derribadas de lo alto, abocadas

sobre abismos sin fondo, todas revueltas y en tropel como si se empujasen y atropellaran, cubiertas casi constantemente por fluctuosas nieblas y casi siempre vestidas con nieves de antaño.

De las *Agudas* se desciende al valle de San Marsal, donde estuvo el convento de este nombre, edificio que aun sigue de pie. Es el monasterio á cuyas puertas se presentaba á pedir su sustento diario un penitente de estirpe regia que vivía en una cueva próxima, el cual figuró en la línea de los reyes y es hoy venerado como San Segismundo en los altares.

Hay en San Marsal una piedra que sirve de mesa y á la que un día se sentaron á comer los tres obispos de Barcelona, de Vich y de Gerona, sin que ninguno saliera de su jurisdición, cada uno en su diócesis, por ser aquel el punto donde van á convergir los tres obispados.

De San Marsal se sube al pico ó *cruz de Matagalls*, que así se llama porque, en lo más alto, se colocó una gran cruz, señalando el punto que es el centro del triángulo formado por Barcelona, Vich y Gerona. La tradición dice que la primitiva cruz fué colocada allí por el propio Segismundo, penitente del Montseny antes de ser rey y de ser santo.

Cuadrara allí perfectamente también una de esas torrecillas miramares, como llaman en Valencia á las torres ó mirandas desde donde se divisa el mar. Es, en efecto, grandioso el espectáculo que allí se ofrece. Se considera como la mejor vista panorámica del Montseny. Por entre cerros, y picos, y colinas, y montes, que aparecen como olas de una mar aborrascada, se ve todo el territorio que alcanza del Montserrat al Pirineo, con sus ríos, sus villas y sus ciudades, y más allá,

limitando el cuadro y el espacio. el mar Mediterráneo con toda su azulada costa desde el Montjuich al Cap de Creus.

Del cerro ó de la *cruz de Matagalls* se baja por áspero sendero, del que los peligros no borran los encantos, al sitio donde estuvo el convento de San Segismundo y la cueva en que vivió su penitente vida el heredero del trono de Borgoña, y se puede salir del Montseny pasando por Viladrau, no sin saludar á lo lejos el pueblo de Campins, en que labró su nido nuestro poeta Federico Soler y al que se retira todos los veranos para estudiar los argumentos de sus obras dramáticas.

Y por cierto que á este nido hemos de ir V. y yo algún día, como quisiera también que hiciésemos una excursión á otro nido que junto á las ruinas de Poblet se labró Pedro Antonio

Torres, morada que conozco ya, pues recibí en ella suntuosa hospitalidad, y donde el autor de *La clau de casa*, que posee el secreto de los resortes dramáticos y el instinto del genio, tiene un hogar que es luz y gloria de familia.

Este es, pues, el Montseny, mi amigo D. Fermín, que comparte con el Montserrat los honores de ser memento y crónica viva de glorias catalanas; este es el Montseny con sus leyendas y sus tradiciones, con sus recuerdos y sus historias, con sus panoramas y sus bellezas, con sus tormentas y sus serenidades, con sus nieblas y sus solanas, con las maravillas de su flora y los misterios de su fauna; este es el Montseny, retiro deleitoso para el pensador, refugio consolante para el doliente, verdadero aperitivo para el excursionista, tesoro de inspiración para el poeta.

Este es el Montseny, donde florece el madroño con sus ramos de purpúreas cerezas, que es el árbol que dió blasón á Madrid, y también á Arbucias: donde abunda el almezo, con su negruzca corteza y su gigantesca talla, que es el árbol de Federico Mistral y de su *Mireya*: donde á cada paso se encuentra el ramoso castaño, portador del fruto que tiene la virtud de reunir á las familias junto al hogar la noche de Todos los Santos: donde viven el añoso roble de hojas trasovadas y la secular encina de rugoso tronco y abigarradas ramas: donde crece el alcornoque de nombre zafio, pero que con sola su corteza, como si fuera de oro, enriquece al propietario: donde, finalmente, se mezclan y confunden en admirable variedad el avellano de flores en amento con el haya lujosamente copada; el abeto pirenaico, espe-

cie de creación apocalíptica que va extendiendo sus ramas como brazos deformes de un monstruo mitológico, con el pino de hoja filiforme que sanea todo cuanto su ambiente abarca; el aliso, que el diablo no quiso, según reza el proverbio castellano, árbol amado de los ríos y torrentes, con la acacia que da su flor antes que su hoja; y todo esto revuelto, mezclado y confundido, con toda aquella numerosidad y abundancia de árboles, matas y arbustos que asombran y admiran en las grandes montañas.

Nada más bello que la soberana majestad y la imponente grandeza de las selvas, que por algo los druidas consideraban como lugares sagrados: nada más hermoso, ni que mejor hable al alma, que esas grandes masas de robledales, avellanares, hayedos, castañares y encinares, con sus nigricias y sus rugosidades,

sus misterios y sus esplendores, por entre los que asoma á veces la roca plutónica de ojo de sierpe, característica del Montseny, que no sólo resiste al martillo sino que es rebelde á la misma dinamita, y á cuyos pies brotan la trepadora hiedra y la matizada bizna de flores en umbela; mientras que por todos aquellos accidentados terrenos, vírgenes algunos de humana planta, campean y florecen el trébol y la verbena que van á coger las muchachas *mañanica de San Juan*, el fragante tomillo de virtudes medicinales, el ramoso helecho de bordadas hojas, la retama con sus áureas flores, la siempre creciente madreselva de tallos emparradores, y el aromático romero de florecitas azules, que es la planta amada de las abejas por libar en ella sus mejores mieles.

Y aquí termino, amigo mío, porque

me veo en talle de no acabar nunca.

Todo esto, y mucho más que decir pudiera, hubiese V. oído contar ó visto, por sus propios ojos y oídos, si en mi expedición me hubiese acompañado. Pague V. su culpa y quede condenado á leer estas larguísimas cartas, donde muy imperfectamente traté de recoger las impresiones de que gozó mi alma en estos días

LA LEYENDA DE LA MUJER DE AGUA

á que se hace referencia en las cartas anteriores.

La tarde era calurosa, como que estábamos á mediados de Julio, y abandonamos el elegante salón para ir á buscar el fresco del campo y la sombra deliciosa de los árboles, todo lo cual hubimos de encontrar bajo la anchísima copa de una encina verdaderamente monumental que se eleva á pocos pasos de la casa.

Es en efecto una encina corpulenta y centenaria, de esas que se llaman de desmayo porque sus ramas, como si tuvieran naturaleza de sauce, se doblegan é inclinan buscando la tierra, al propio tiempo que su tronco se abalanza y tuerce cual

si fuese á desplomarse vencido de su gran pesadumbre. Fué ya necesario un día levantar una pared para contener el declive de las tierras, que se venían abajo, y la encina tras ellas. Es un árbol que hay que cuidar, y también mimar, primeramente porque así lo exigen su grandeza y venerable senectud, y luego porque, tan antiguo casi como la propia casa, va unido á ésta, á su tradición y á su historia. Es encina que merece una visita de honor por parte de los pintores y de los poetas á quienes la suerte pueda conducir á Arbucias, pues que si en ella encuentran los unos modelo y enseñanza, en ella también hallarán los otros poesía y leyenda.

En efecto, el árbol recuerda la tradición de Casa Blanch que voy á contar, según bajo sus ramas me contaron.

Una tarde, allá en los buenos y leja-

nos tiempos de las leyendas, sesteaba plácidamente sondormido al pie de la encina el señor de Casa Blanch, que era gallardo mancebo y atrevido cazador, cuando llegó á sus oídos una dulce voz de mujer entonando una canción de amores. Así cantaba la voz:

Si l' aigua es plata, la mía amor,
la mía amor, menina,
la mía amor,
no pas mon cor, menina,
no pas mon cor,
que tot es or.

El señor de Casa Blanch creyó estar soñando, y como la voz acertara á callarse en aquel momento, volvió á sondormirse para seguir su siesta. Poco hubo de tardar en dejarse oir nuevamente la voz, pura, dulce, argentina, rasgando los aires, como si bajara del cielo.

Si l' ayre gebra, la mía amor,
la mía amor, menina,
la mía amor,
no pas mon cor, menina,
no pas mon cor,
que tot es foch (1).

Movido por secreto é irresistible impulso, se levantó el mancebo, y acercándose cautelosamente al sitio donde sonaba la voz, vió á una hermosa y garrida joven, de singular y peregrina belleza, perezosamente recostada á la vera del arroyo, que era entonces linde de la hacienda. Poco tardó en entablar conversación con ella requiriéndola de amores; y aún el sol no había desaparecido tras la región montuosa que cierra el

(1) Si el agua es plata, mi dulce amor,—mi dulce amor, menina,—mi dulce amor,—no así mi corazón, menina,—no así mi corazón,—que todo es oro.

Si el aire hiela, mi dulce amor,—mi dulce amor, menima,—mi dulce amor,—no así mi corazón, menina,—no así mi corazón,—que todo es fuego.

valle, cuando ya la enamorada pareja se había jurado amor eterno, aviniéndose la desconocida á ser esposa del señor de Casa Blanch y dueña y señora de su corazón y ricas heredades.

Efectuóse la boda con toda la pompa y todo el estruendo con que se celebraban las bodas en los tiempos legendarios, y por espacio de algunos años no hubo en el mundo matrimonio más feliz, más enamorada pareja, ni dicha más constante. Todo sonreía al señor de Casa Blanch. Sus campos daban ópimos frutos, sus cosechas no se conocieron mejores ni más abundosas de memoria de hombre, y, fruto de bendición, un niño como una estrella y una niña como un sol vinieron á ser la alegría de aquella casa bendita, hacia la cual iba cada día extendiendo sus pobladas ramas, en señal de cariño, la encina centenaria bajo la que había

ido la voz misteriosa á despertar los sentidos del señor de Casa Blanch en sus momentos de duerme y vela, para llamarle á nuevos destinos y abrirle nuevos horizontes.

Una sola condición impuso la gentil doncella al gallardo mancebo el día que le entregó su corazón y su mano, la de que nunca le preguntase su nombre ni su origen, ni nunca le llamara mujer de agua *(dona d' aigua)*. El día que tal hiciera, sobrevendría una gran catástrofe, terminándose la dicha y la paz del hogar.

Accidentes de la vida, circunstancias internas de familia, hicieron, andando el tiempo, que surgiera cruel desavenencia entre los esposos. El marido, cediendo á uno de esos raptos de cólera que á veces se desencadenan de repente en el corazón, como la tempestad en los aires,

amenazó á sú compañera, dirigiéndole entre otras injurias estas palabras:

—¡Anda allá, tú que ignoro de qué vulva naciste. Anda allá, mujer de agua!

Al oir estas frases palideció la esposa, transmudándose repentinamente en sus facciones, en sus modales, en su ser; y saliéndose de la casa, sin decir palabra, emprendió desenfrenada carrera, descompuesta, desemejada, furiosa, insensible á todo, desamorada, flotantes los cabellos y la veste, en dirección al sombrío Montseny que ante ella se alzaba, y que parecía extender sus negras selvas como brazos abiertos para atraerla y recibirla. Arrepentido el esposo, tremulosa la voz, y remordiente la conciencia, se lanzó tras ella dando voces lastimeras y clamoreando perdón y piedad con acentos del alma que pudieron conmover

las peñas, pero no el corazón de la fugitiva. Así llegaron, uno en pos de otro, y en vertiginosa carrera, hasta la orilla del insondable y misterioso *gorch negre*, donde la mujer se arrojó desalada, desapareciendo entre las aguas á la vista del infeliz esposo.

Desde aquel día la paz huyó de Casa Blanch, y con ella la ventura. Todo fué de mal en peor para el dueño de la casa, que parecía caminar á su ruina como antes á su grandeza. Sólo una cosa singular ocurría en el seno de aquella familia. Cada mañana la casa aparecía limpia y aseada sin aderezarla nadie, y los niños peinados y vestidos con esmero y elegancia, sin que nadie cuidara de ellos.

Preguntóles un día su padre que quién aseaba la casa y les vestía, y contestarón que era su madre, la cual se presentaba todas las mañanas con la primera luz del

alba, desapareciendo antes que nadie se levantara.

Una mañana, el triste padre, acariciando á su hija, encontró dos perlas en su blonda cabellera. Eran dos lágrimas de su madre.

Quiso varias veces levantarse antes del alba para sorprender á su perdida esposa. Cuantas veces lo intentó fué en vano. Cada mañana un letargo soporífero, un sueño de muerte se apoderaba de él, sin poder vencerlo, y sólo se despertaba cuando, alto el sol, había desaparecido su esposa.

Jamás se volvió á saber de la dama de agua; pero por espacio de mucho tiempo aparecían las lágrimas de la madre convertidas en perlas en la cabellera de la hija. Y así es como la casa volvió á recobrar su bienestar y su riqueza.

Durante mi permanencia en Casa

Blanch, me hospedé en la estancia en que la dama aparecía, y vi la puertecita de escape por donde entraba.

Excuso decir que la dama no apareció y que la puerta estuvo siempre desapiadadamente cerrada.

LA LITERATURA CATALANA

(Carta dirigida al insigne pintor catalán D. Modesto Urgell.

Sr. D. Modesto Urgell:

Casa Santa Teresa en Villanueva y Geltrú, 26 *Marzo* 1893.

¿Recuerda V., mi amigo querido, noble y esclarecido artista, recuerda usted aquella tarde, hace ya tiempo, en que fuí á su estudio acompañando á una dama barcelonesa, tan ilustre por su inteligencia como por su belleza, nuestra amiga?

Era un día nebuloso y triste. Triste estaba también su corazón de V. Precisamente en aquellos días el dolor había entrado en su hogar, sentándose á su mesa, y, pobre Prometeo, luchaba usted gallardamente con el buitre de la pena

que se había arrojado sobre V. para devorarle el alma.

No olvidaré nunca los momentos que allí pasamos, en aquel estudio tan singular y típico, que asombra por su carácter, atrae por su belleza, y por su originalidad se impone. Allí, unos en boceto, otros reproducidos por la fotografía, algunos ya terminados, vimos cruzar á nuestra vista todos ó la mayor parte al menos de aquellos admirables lienzos que le dieron á V. fama tan merecida y le abrieron en vida, para su reputación y gloria, las puertas del templo que para los más sólo se abren en muerte.

Allí vimos, allí, aquellas inmortales agrietadas murallas de Gerona con las águilas que huían presas de terror y espanto; allí estaba aquel cementerio triste, solitario, misterioso, sombrío, en que *tan solos se quedan los muertos*; allí aque-

lla caída de tarde tan dulce y melancólica que entristece el alma, con aquel horizonte en que la mirada se pierde, con aquellos aires perfumados que se sienten y se aspiran, con los rayos de aquel sol moribundo que se ve, y con aquella campana, que se oye, al verla latir como un corazón en el campanario de la iglesia bizantina...

Y cien cuadros más que conozco, que recuerdo, de que hablaré algún día, si Dios prolonga mi existencia, y en ocasión más oportuna, ya que esta carta dirigida á V., amigo mío, no es ciertamente á V. á quien en realidad se dirige.

Va encaminada á demostrar á V. mi gratitud por haberme dado á conocer las poesías de Tomás y Estruch.

Las he leído con verdadero placer.

Yo no conocía este poeta. Observe usted que digo poeta.

No le conocía... como pasé mucho tiempo sin conocer otros que debiera haber conocido antes, y, que más que yo todavía, debieran conocer aquellos que pretenden escribir de literatura catalana sin estudiar el país, y el idioma, y la razón de ser de nuestra literatura, que tiene en este siglo una brillantísima historia digna de estudio, historia literaria tan alta como puede ser la que más, y acaso más que alguna que más blasona de serlo. Sobran, por mala ventura, los que, obedeciendo á móviles ignotos y á prejuicios sospechosos, se propasan á hablar de ella sin conocerla, y en ella se introducen y fisgonean, menguada especie de polizontes literarios, con la impertinente curiosidad de inquiridores de faltas. Acostumbran á ser éstos en literatura algo que se asemeja á los vejigueros en consumos. Armados de ruin

estoque van en rebusca de nimias parvedades que atraviesan fortuitatemente la línea, y no ven las grandes y formidables masas que cruzan por los aires.

Esto aparte de aquellos que publican historias críticas de literatura española (castellana querrán decir), en las que sólo se habla de autores que han escrito en castellano, como si los que escribieran en vasco, en gallego ó en catalán, no fuesen españoles.

Á bien que, para los últimos, ya se les contenta con obras de literatura regional. ¡Regional...! ¿Qué quiere decir regional? Todavía no hallé ningún autor que me explique claramente y de manera precisa el sentido que debe darse á esta palabra, según la crítica moderna.

Pues qué, ¿Castilla no es región?

Sobre estos puntos, mi querido artista, yo tengo mis ideas; V. las sabe.

Soy español como pueda ser el que más, y más quizá que el que más sea. Considerando á España como mi patria, y en ella á Cataluña como mi hogar, tengo para España el amor del patricio y para Cataluña el del hijo; que yo sé bien que en este mundo hay dos hogares, el de la patria y el de la familia.

Esto hace que en determinadas circunstancias, y según ellas sean, me encuentre con que á veces soy el más entusiasta de los regionalistas, como otras soy el más indiferente de ellos. Por esto deploro que se escriban libros de literatura española sin comprender en ella la catalana ó lemosina, y que sólo por vía de erudición y pasatiempo venga algún misántropo de secta á escribir de literatura catalana sin conocerla y sin por lo mismo poderla apreciar debidamente, cayendo en error é induciendo á él.

No dígo que no sean hombres de talento los que esto hacen, y de gran talento aún. No digo tampoco que no lo hagan á veces de buena fe; pero nada más fatal que la malévola buena fe de un error emitido con talento por un hombre que lo tenga.

Gran amante de la verdad, la proclamé siempre, aun en los momentos que la desconocí, lo cual me ocurrió alguna vez... como ocurre á todos. Pero siempre que me convencí de haber cometido un error, me apresuré á reconocerlo, me arrepentí, y lo confesé; que no pertenezco yo al número de aquellos tristes seres que juzgan virtud la de no arrepentirse nunca. Puedo errar, pero no pecar.

Los críticos, ó por mejor decir los hipercríticos...

¡Qué triste oficio, ¿no es verdad? el

oficio de crítico! Porque me parece que nadie dudará de que la crítica, tal como generalmente hoy se ejerce, no es una ciencia, sino un oficio. No leen para conocer y estudiar: sólo para criticar. Convierten su pluma en azadón de ruina y de derribo. Yo con la mía no derribé nunca á nadie; levanté, sí, á muchos.

Iba á decir que los críticos, los hipercríticos mejor, al tratar de la literatura catalana, por regla general, cometieron el grande delito de juzgarla sin compren derla. Y esto es lo que precisamente sucede con unos artículos que tengo á la vista al escribir estas líneas.

¡Qué mal pecado el de aquel que baraja á su guisa y antojo nombres de autores y títulos de libros, cediendo á tentadores olvidos y perpetrando culpas sólo para incorrecto goce de fines inhonestos! Queriendo aparecer como incon-

taminado se contamina, y deseando levantar á determinados favoritos, lo cual pudiera ser correcto en buena ley, lo hace á costa de la reputación, de la fama y de los servicios de otros, consiguiendo sólo con ello levantar estatuas de barro sobre pedestales de mármol.

A más, esto de querer conducir la literatura catalana por caminos incientes, es desconocerla.

Todo lo que, en Cataluña, sea separarse del espíritu heleno latino, es un grave error. Así en letras como en artes.

Conservan afortunadamente este espíritu, como fuego sagrado, algunos poetas que no quiero nombrar porque viven todavía, y á quienes la posteridad dará las palmas que hoy les son negadas por críticos incipientes.

Nuestra lengua catalana por su origen, su construcción, su esencia y su

desarrollo, por la especialidad característica de sus consonancias, por su lujosa variedad de metrificación, por la onomatopeya de sus voces, por la grandiosidad y armonía que se puede dar al verso libre ó blanco, que es, en catalán, el que más se adapta al genio y al espiritu de la lengua y de la tierra, alcanza lo que ningún otro idioma puede alcanzar, como no sea el italiano. Tiene, á más, de común con la Grecia, la infinidad de dialectos que la enriquecen, comprendiendo naturalmente entre ellos la variedad del valenciano, del mallorquín, del mismo rosellonés, y aún, aún, del provenzal y también del lemosín. ¡Lemosín! Este es el nombre genesiaco que debiera dar forma y personalidad al idioma catalán, reuniendo en congerie todas sus variedades.

Acaso por esta razón, por su multi-

plicidad de dialectos, no pudo llegarse nunca á formar un código, una gramática, un léxico común. Nada de lo que hasta ahora se hizo en este punto, y se hizo mucho, responde á las necesidades cada vez más crecientes de los cultivadores del idioma. Cada dialecto nuestro pudiera tener ampliamente su gramática y su ortografía propias. Quién sabe si á esto, que constituye precisamente su gran riqueza, se debe el que hayan fracasado cuantos esfuerzos se hicieron hasta ahora.

El catalán, ó el lemosín, más bien, es el idioma á que mejor pudiera traducirse, y aquel en que mejor se comprendería, la *Odisea* de Homero. Nadie, que yo sepa, ha pensado en ello ni nadie tampoco en escribir algo parecido, aprovechando como instrumento los diversos dialectos y pudiendo componer un ver-

dadero poema folklórico, que esto es ni más ni menos la *Odisea*, y en lo folklórico está la fuente de muchos conocimientos y de muchas ciencias.

En mi opinión, literariamente hablando, es imposible comprender Cataluña y su carácter sin evocar la magna Grecia y su influjo.

Sin dar cuartel ni tregua se ha querido combatir á los que hablamos de Provenza uniéndola literariamente á Cataluña, y hasta se han querido hallar no sé qué tinieblas y negruras políticas en lo que solamente son luces y arreboles literarios.

Cuantos conocen y aman á Grecia saben que en ella todo fué armonía y todo grandiosidad. El sentimiento de la belleza lo era todo en ella, y en esto consistía su secreto.

Todavía Provenza es Grecia. Todavía

es su heredera, y esta herencia la comparte con Cataluña, que, aun antes que Provenza, sintió el espíritu griego.

En París encontré un día á Federico Mistral y juntos fuimos á visitar á un escritor, poco conocido entonces, y que luego se hizo célebre en Francia y en el mundo por sus críticas literarias, género del que posee el secreto como nadie. Era, y es, un heleno en toda la amplitud del concepto.

Se lamentó amargamente de que Mistral quisiera dar como título á un periódico provenzal el nombre prosaico, vulgar, ridículo, y hasta grosero, de *El aioli. Aioli*, es decir, ajo y aceite, lo que nosotros llamamos en catalán *all* y *oli.*

¡Titularse *aioli* el periódico literario á quien él, el gran Mistral, iba á prestar su apoyo y su influencia! *¡Aioli* el periódico que estaba destinado á dar batallas,

á sostener luchas y debates, á custodiar la bandera de los *felibres*, á ejercer el apostolado provenzal con todos los altos vuelos de la doctrina, del arte y de la ciencia! ¿Cómo un poeta del nombre, de la alteza y de la gloria de Mistral, había caído en este renuncio, aceptando título tan bajo para órgano de tan alta empresa? ¿Cómo él, el poeta de rústico perfume, el autor de *Mireio*, libro que huele á tomillo, el poeta dulcísimo y bucólico, había tenido el mal gusto de escoger para título *el aioli*, *el ajo* y *aceite?*

Defendíase Mistral como mejor sabía y podía, hasta que, por fin, apretado en sus últimas trincheras, y algo amostazado ya, exclamó:

—No hay que desdeñar tanto el *aioli*. Los griegos se lo daban á sus soldados para infundirles valor y aliento.

Con esta contestación y con el tono

que le comunicó Mistral, terminó el debate. No se insistió más.

¿Lo comprendió el crítico? No lo sé. Y esto que más tarde otro crítico, en uno de sus célebres artículos de *Le Temps*, hizo alusión á esta frase de Mistral, citándola con distinto motivo.

¿Lo comprendí yo? No lo sé tampoco. Si era el *aioli* el manjar que se daba á los soldados antes del combate, bien pudiera ser que Mistral aceptase la voz *aioli* como grito de guerra, como lema ó apellido de combate, para el periódico, que aún existe y se publica con este título, destinado á reanimar á Provenza y á lanzarla en busca de su ideal heleno.

Pudo ser esto, pero no diré que lo fuese.

Lo que sí diré es que más tarde, mucho tiempo después, ya recientemente, el año pasado, es decir, ayer mismo,

Pablo Arene, dirigiéndose al famoso autor de *La vida literaria*, Anatolio France, le decía:

—¿Queréis ser griego, griego del todo, griego en cuerpo y en alma? Venid á Provenza, y allí comprenderéis la *Odisea* cuando la leamos con Federico Mistral bajo los pinos negros de Maillane.

Y Anatolio France contestó:

—Tenéis razón, mi querido poeta. Provenza es Grecia todavía. Ofrezco ir un día á visitar vuestros Campos Elíseos, vuestros prados de asfódelos, vuestros bosques de pinos, y juntos buscaremos el Cytherón por entre las rocas de la Crau, contemplando

Arles, la belle greque aux yeux de Sarrasine.

Y mediando en la conversación P. Clairín, el profesor de griego en el Liceo *Luis el Grande* de París, decía á entrambos, Arene y France:

—Sí, hay que hacer el viaje á Provenza para comprender los autores clásicos. Por mi parte os aseguro que todos los epítetos homéricos de la mar, que me habían parecido vagos é indeterminados cuando estudiaba á Homero, pareciéronme luego muy verdaderos y clarísimos cuando viví en las costas de Provenza. Una roca aislada, cerca de la península de Giens, me hizo comprender el Philoctetes de Sófocles mejor que los comentarios de los más sabios autores.

El discreteo de estos tres hombres ilustres, así como la anécdota de Mistral antes referida, despiertan en mi memoria el recuerdo de una conversación que en Madrid, y en la Biblioteca del Congreso, sostuve á raíz de la revolución de Septiembre con un varón bajo todos conceptos patriarcal y venerable, literato catalán eximio y sabio profundo, ya falle-

cido, á quien Cataluña debe recordanzas, y palmas, y mármoles y bronces.

Me refiero á D. Antonio Bergnes de las Casas, el profesor de griego, que debió ser amigo de V. como lo fué mío. En aquella época la revolución triunfante, realizando un acto de justicia, acababa de nombrar rector de la Universidad de Barcelona al gran heleno.

Hablábamos del renacimiento catalán, que metía entonces mucho ruido, y de nuestros Juegos Florales.

—Temo que se aparten del buen camino, decía Bergnes de las Casas, de aquel camino que vosotros los que formasteis el primer Consistorio supisteis trazarles... de seguro inconscientemente. Cataluña es Grecia. Si el renacimiento catalán olvida esto, reniega de su origen, abandona su misión, y no irá á su fin. Si ha de seguir las huellas de la litera-

tura castellana y ha de ser sólo un pálido reflejo suyo; si todo lo que de árabe tiene la castellana no lo tiene de griego la catalana; si no se trata de estatuir en los campos ibéricos una literatura nueva, y con ella levantar una tribuna con su religión, su apostolado y su culto, entonces ¿para qué el renacimiento? Si no es esto, bien estamos entonces con la literatura castellana, que cumple magistralmente su misión, siendo una gloriosa literatura, y yo me quedo con ella. No soy sectario.

Precisamente en aquel momento acertaba á entrar en la Biblioteca Emilio Castelar que se acercó á nosotros, y en seguida se apoderó de la palabra y de los ánimos, como acaece siempre, explicando cuál era la misión de la literatura catalana... si había de tener alguna.

Y lo dijo con aquel su espíritu heléni-

co que todos admiramos en él y con aquella su grandilocuencia que Dios le ha dado, convirtiéndole en maravilla.

Lo que dijo entonces no se lo he de repetir á V., amigo mío, con mi pobre prosa. Lo repitió él mismo, y todo el mundo lo conoce, en aquel discurso monumental y admirable sobre literatura catalana, pronunciado el día que me dispensó el honor y la gloria de ser mi padrino en la Real Academia Española, y que más tarde, con escasas variantes y siempre con el mismo ideal, reprodujo ante los *felibres* de París que se agolparon á oir aquella su portentosa y sin rival palabra.

Todo esto, mi queridísimo artista y maestro, me ha recordado la lectura de las poesías de Tomás Estruch, que á usted debo, como hubo de recordármelo también, sin que entonces hallara oca-

sión para decirlo, la de las poesías de Juan Maragall, otro joven poeta, á quien yo reputo griego, que va por muy buen camino, y que llegará, si por él prosigue.

Y hora es ya ¿no es cierto? hora es ya de que diga á V. algo de lo mucho, y muy bueno, que pienso de nuestro joven autor. Porque es joven ¿verdad? No le conozco, pero debe ser joven. De todos modos, no importa. Cuando sea viejo, será joven también. Sus poesías me dicen que tendrá la eterna juventud del alma.

Antes debiera haber hablado de él pues que la lectura de sus versos me inspiró la idea de escribir esta carta, pero algo hay que permitir á los viejos, en quienes es característica la lentitud. De todos modos, no creo que esté de sobra lo que llevo escrito hasta ahora. Aunque no lo parezca, lo creo pertinente. No es

ciertamente gran poeta aquel que sólo da motivo para hablar de su rima. Hay que buscar en el poeta algo superior, algo que sea genio, espíritu, idea, algo que no se ve y que no asoma, pero que palpite en sus páginas y que el lector presienta y adivine para entregarse á la meditación hija de la lectura. Prefiero, á los poetas que deleitan, los que hacen sentir. Bueno es y necesario que haya la perfección de la rima; bellas son y precisas la sonoridad y la armonía del verso con la riqueza de lenguaje; pero no basta. Debe haber un alma en el fondo. El latido no es el corazón.

Yo quiero poetas que, como este de que hablamos, me obliguen á pensar y á concentrarme, á meditar... y hasta á divagar.

La primera obra que aparece en el libro de poesías que V. me remite es un

cuadro trágico, y se titula *Eróstrat*. Es cuadro completo y hasta representable. Pertenece al género de lo que yo llamo *Tragedias*, cuyo ensayo, quizá pudiera decir innovación, me aventuré á introducir en el campo de la literatura catalana en mejores y más felices tiempos para ella y para mí.

Leyendo el *Eróstrat* se comprende que quien lo ha escrito quiera ir de frente, y gallardemente, por el camino que á la literatura lemosina trazaban Emilio Castelar, Bergnes de las Casas, mi maestro y amigo del alma Luis Cutchet, Federico Mistral, Anatolio France, Pablo Arene, y otros con ellos, y yo con todos.

No se arrepienta el joven poeta de ir por esta vía. Va por camino sólido y seguro.

El cuadro, es decir la tragedia, no es una obra perfecta, en lo cual no hay na-

da que decir, pues así sucede con toda obra humana. Pudiera ser también más perfecta de lo que es, y alguno de esos señores críticos á quienes antes aludí, lo diría paladinamente... á riesgo de hacerla él más imperfecta, si la emprendiese. Aun yo mismo encontraría algo que oponer al cambio brusco de metro con que finaliza el parlamento de Eróstrato en la segunda escena, y á la rima usada por el autor en la escena tercera y comienzo de la cuarta; pero ¿qué significan estos y otros defectos, si son tales, ante la gallardía del pensamiento, el feliz atrevimiento de la idea, la firmeza de la concepción, la robustez de la forma y la galanura del desarrollo?

El que ha pensado y escrito el *Eróstrat* es un poeta.

Poéta el que comienza su obra introduciendo á *Túnsipa* en el bosque sagrado

que rodea el templo de Diana y que, al encontrarse en aquel sitio envuelta en la oscuridad, exclama:—*Aquí fué. ¿Me conocéis, tinieblas?*

Va ser aquí... ¿No 'm coneixeu, tenebras?

Con cuyo solo verso sabe ya el lector, ó el espectador, á qué va allí aquella mujer y quién es la que tiene el alma sumida en tinieblas eternas.

Poéta es el que así evoca la figura de *Tánsipa* y sabe luego pintar de mano maestra la desolación de aquella santa madre y los arrebatos y remordimientos de aquella impura hetaira.

Poéta, el que modela y esculpe la figura de Eróstrato de una manera magistral, haciéndole pedir á las nubes del infortunio y de la envidia que se deshagan para abrirle paso; haciéndole encararse con la gloria para exigir que le saque de la oscuridad en que vive; haciéndole de-

cir que no quiere ser polvo porque el polvo sólo se levanta para caer, y haciéndole exclamar que quiere escribir su nombre por medio de una constelación de estrellas para que siempre se recuerde y exista siempre.

Poéta, el que acierta en el reconocimiento del hijo y de la madre, y el que al final, cuando ya las llamas devoran el templo, cuando la multitud ruge en torno del incendiario, cuando el hijo ha ofrecido inútilmente su puñal á la madre para que le mate, cuando ya Eróstrato se suicida, cuando sucumbe más que al dolor de la herida á la pena de oir el decreto por el cual se prohibe pronunciar su nombre, hace decir á aquella madre sublime:

—Baja en paz á la laguna Estigia. Yo compraré al historiador que pueda hacer inmortal tu nombre en lo futuro.

Felicite V. de mi parte á Tomás y Estruch, autor del *Eróstrato.* No le conozco, ya lo dije, ni sé la cuenta que podrá tomar de mi felicitación: pero yo le saludo poeta.

De sus demás poesías poco he de decir porque sería prolongar mucho esta carta, ya por demás difusa. Todas son dignas de estima, todas merecen leerse y á muchas hay que tributar plácemes y aplauso. Se pudiera formar un exquisito ramillete de selectas y escogidas flores con *La Hija de Esparta;* con *La Poetisa y mujer*, dedicada á la buena y honrada memoria de aquella nuestra noble amiga María Josefa Massanés; con las que llevan los títulos de *La Gratitud*, *Los Dos tapices*, *Ruth*, la oda *Al Comercio*, y muchas más.

También tendrán sus defectos de forma; pero no los tienen, no, de fondo, de

pensamiento y de idea. Por esto las aplaudo; que yo, plagiando, con alguna variante, cierta frase que el poeta pone en boca de su Eróstrato, más aún que el dibujo y la perfección del ánfora, prefiero el agua dulce y cristalina que en ella se contiene.

Y aquí va V. á creer, amigo mío, que por fin terminé.

Todavía no. Algo que decir me falta aún.

Anunciáronme que esta carta que á usted escribo está destinada á ver la luz en el volumen de poesías de Tomás y Estruch, apareciendo en él como prólogo. Quiero por lo mismo anticiparme á la crítica que de seguro no dejará de hacérseme por escribir un prólogo en castellano para libro escrito en catalán.

No faltó quien en *El Somatén* de Reus me increpara, hace poco, por haber leí-

do un discurso castellano en los Juegos Florales de aquella ciudad inmortal, aun siendo como era aquel certamen castellano y catalán á un tiempo. Me lo dijo con franqueza verdadera, franqueza reusense; pero le debo aplauso y gratitud por su talento, que demuestra tenerlo, y por sus consideraciones y respetos para mí.

Es un error de los modernos catalanistas, que así se titulan, creer que sólo se puede ser catalanista escribiendo en catalán.

No basta escribir en catalán para serlo. Una frase, una poesía, un artículo, un discurso, un libro en catalán, no dan personalidad catalana al autor. Tanto valdría entonces traducir cualquier obra del castellano. No; se necesita algo más que todo esto.

Dicen y sostienen que los que escri-

ben en castellano no hacen catalanismo.

¡Ah! ¿No *hacen* catalanismo?

Pues he aquí una cosa que se ha olvidado, de que nadie habla, y que voy á recordar.

El renacimiento catalán se hizo por los catalanes que escribieron en castellano. No existiría de seguro si no hubiesen escrito en castellano sus obras Capmany, Piferrer, Cortada, Próspero Bofarull, Jaime Tió, Antonio Ribot Fontseré, Luis Cutchet, Pers y Ramona, Torres Amat, Pedro Mata y muchos otros. No existiría si no se hubiesen escrito en castellano la *Historia de Cataluña*, las *Leyendas del Montserrat* y los *Cuentos de mi tierra.*

Desconocer esto, y dar como origen al renacimiento catalán el de unas poesías catalanas, cuyo alto mérito no niego, y á cuyo autor admiro, pero que no ejer-

cieron influencia alguna en el renacimiento, es desconocer el origen, el génesis, la índole, el carácter, la vida y hasta la savia de nuestra literatura, que no es catalana sólo por estar escrita en esta lengua, sino por otras razones que debieran saber los críticos y los autores de historias literarias de Cataluña, y que, por lo mismo que no lo saben ó no lo quieren decir, yo le diré otro día.

Y ahora sí que concluyo, amigo mío, esta larga epístola, ofreciéndome de usted su siempre admirador y amigo.

LA CASA DE MONCADA

CARTAS

Á LA EXCMA. SRA. D.ª ANGELA MARIA,

DUQUESA DE MEDINACELI

PRIMERA CARTA

Excma. Sra. D.ª Angela María, Duquesa de Medinaceli y de Cardona, de Moncada y de Denia.

Pau 8 de Julio.

Ofrecí escribir á usted, señora mía y amiga muy bondadosa, para darle cuenta de mis excursiones veraniegas; y disponíame á hacerlo desde Zaragoza, en donde á la sazón me hallaba, cuando hube de venir precipitadamente á esta bella y antigua comarca de Bearn en busca de ciertas noticias relativas á la familia de Moncada que necesitaba para complemento de mis trabajos históricos y literarios.

Ya una vez aquí, y dueño ya de mis notas y apuntes, me dispuse á cumplir mi oferta, que si era deber ineludible por ser empeño de palabra dada, era también regocijo del alma y gloria del deseo por ser postulante manera de solicitar recuerdos para el amigo ausente. Y con la codicia de obtener mayor éxito en mi presuntuosa aspiración, parecióme entonces que el medio mejor de dar interés á mi pobre prosa era el de reunir en haz todas las noticias de los Moncada aquí recogidas para allegarlas á otras de anteriores estudios, y ofrecerlas todas juntas, en ramillete de honor, á la dama ilustre que lleva entre sus gloriosos títulos el de aquella nobilísima familia catalana.

Y así como lo pensé, así comienzo á practicarlo en esta mi primera carta, que va en demanda de exploración, y que es

mensajera encargada de rendir homenajes de respeto y obligaciones de amistad á los pies de la dignísima señora que, por sus títulos y alcurnia, enlaza y une á Castilla y á Cataluña en estrecho y amante vínculo de patria española:

Á la hija adoptiva de Barcelona que por su alteza castellana recuerda á los próceres ilustres que fueron prez y timbre en la corte de los Reyes Católicos, siendo patronos y favorecedores de Cristobal Colón y de su empresa; y por su linaje catalán evoca la memoria de aquellos barones de Moncada que fueron los primeros en la reconquista, y de aquellos otros, señores de Cardona, que se apellidaban sencillamente, y así lo escribían en sus blasones y en sus tumbas, condes entre los reyes y reyes entre los condes:

Á la amiga leal y constante que es amparo de todo el que sufre, consuelo

de todo el que llora, y égida protectora de todo el que honradamente se eleva en alas de su ingenio y de su talento; insigne y gentil dama en quien la belleza es timbre, y la cortesía espejo, y la nobleza virtud, y el alma gallardía.

Dije á usted antes, señora mía, que aquí vine precipitadamente. Y así ha sido en efecto. Aquí llegué, sin detenerme apenas, después de cruzar como un rayo, en brazos del vapor y del fuego, el Aragón, la Navarra y las provincias vascas, viendo huir la tierra bajo mis plantas en espantosa rapidez, y asomándome de continuo á la ventanilla del coche para contemplar los admirables paisajes de un camino que posee todos los horrores de la belleza terrible junto á todas las esplendideces de la belleza risueña.

Así, y sin ni siquiera pensar que puede correrse el menor peligro, la potente

locomotora arrastra al pasajero desde Alsasua, á través de los Pirineos, por entre peñas gigantes, cruzando túneles inmensos, bordeando espantosos abismos y venciendo peligrosas pendientes: así, y sin tiempo apenas para fijarse en ello, se pasa por junto á Tolosa y Hernani, de admirables alrededores; por junto á San Sebastián, que es el Biarritz de nuestra Reina Regente; por junto á Pasajes, que se mira en el espejo de su lago eternamente tranquilo y eternamente azul; por junto á Biarritz, que recuerda aquella nuestra bella compatriota, la infortunada emperatriz de los franceses, y por junto á San Juan de Luz, Guetaria y otros sitios que atraen y fascinan.

Sólo me detuve algunas horas en Bayona, la ciudad que tiene por divisa *Nunquam polluta*, siempre virgen y sin tacha, divisa que sin embargo hubo de

desmentir el rey de Aragón Alfonso *el Batallador*, al apoderarse de esta plaza por los años de 1131.

Pau, que todavía conserva su nombre catalán convertido en *Po* por la pronunciación francesa, culpable también de haber convertido en *Fuá* nuestro catalán Foix, Pau es una ciudad de encantos y deleites. Lamartine dijo que Pau es la más hermosa vista de tierra como es Nápoles la más hermosa vista de mar; y otro poeta, el popular Jazmín, dijo de ella en versos admirables lo que yo, coincidiendo con él y sin sospecha de plagio, dije un día en mala prosa de Pontevedra, á saber, que deseaba retirarme de ella andando hacia atrás, y de espaldas, para más tiempo poder verla y gozar de sus encantos más tiempo.

En efecto, bella es Pau, y encantadora, con sus magnificencias de paisaje; con

sus ricas y graciosas colinas, sembradas de innumerables casas de campo, todas caprichosas y artísticas; con su vegetación exuberante; con su templado clima, al cual vienen en busca de salud los enfermos de todo el mundo; con su parque de centenarios árboles, que forman una bóveda impenetrable á los rayos del sol; con sus esplendentes horizontes, y con su *mult bel castel* de Gastón Febo, grande y magnífico castillo de la Edad Media, perfectamente conservado, y del cual se dice en lenguaje bearnés, tan parecido al catalán, como de él nacido:

Qui n'ha vist lo castel de Pau,
jamai non n'ha vist u tau.

Lleno está el castillo de grandes recuerdos históricos. Cicerones oficiales enseñan al viajero todo lo que se permite ver del edificio: la antigua cámara

de los reyes de Navarra, convertida hace algunos años en habitaciones de Napoleón III y de su esposa nuestra condesa Eugenia de Teba y de Montijo; La cámara y oratorio de Juana de Albret, reina de Navarra; los aposentos de la princesa Margarita, aquella que nació de una perla que se comió su madre, según cuentos de los poetas, quienes la llamaban Margarita de las Margaritas, la cuarta de las Gracias y la décima de las Musas; la cámara de Henrique IV, donde se guarda la cuna en que fué mecido y la cama en que dormía aquel monarca tan entrañablemente querido de los bearneses; los aposentos donde estuvo preso Abd-el-Kader, y las estancias que ocupó Isabel II cuando emigró á Francia, arrojada de su trono por la revolución triunfante.

Pero yo buscaba otros recuerdos his-

tóricos, no menos interesantes y bellos, y gratos siempre para los que hemos visto la primera luz del día al pie de las inolvidables sierras del Montserrat y del Monseñ. Yo buscaba el recuerdo de los Moncada, de aquellos nobles varones venidos de Cataluña para fundar en el Bearn la gloriosa dinastía de los Gascones; de aquellos estrenuos y emprendedores caballeros que vinieron á fundar aquí una raza de reyes, á la que dieron por divisa el blasón de sus armas con el arrogante mote de *Tocquoy si gauzes* (tócale si te atreves), que Gastón Febo hizo esculpir á la puerta de todos sus castillos; de aquella raza de águilas montañesas, nacida en el picacho que se eleva como centinela vigilante del Vallés y del llano de Barcelona, y que aquí vino á formar una dinastía, con una dinastía un pueblo, con un pueblo una

lengua, con una lengua una literatura, y con todo ello una nación poderosa y emprendedora.

Estos eran los recuerdos que yo buscaba en Pau, pero no hay que buscarlos aquí. Se encuentran á poca distancia de esta ciudad encantadora, en la villa de Orthez, capital del Bearn antes que Pau viniera á robarle esta categoría. Á Orthez hay que ir á recogerlos, al pie de la torre que todavía conserva el nombre de Moncada, y que es la sola que ha sobrevido á las demás construcciones, ya desaparecidas, del antiguo castillo de los señores del Bearn; la única que tuvo fortaleza bastante para mantenerse en pie á través de los siglos y de las tempestades, en medio de aquel montón de ruinas, como si su nombre glorioso de Moncada le impusiera el deber de conservarse, secular centinela, para ir trans-

mitiendo, de generación en generación, en estos hoy extranjeros lugares, la buena memoria de la noble familia catalana.

Pero de Orthez y de su torre me ocuparé otro día y en otra carta, ya que hoy es preciso terminar ésta, señora mía, para no abusar de su atención y robarle su tiempo.

SEGUNDA CARTA

Á LA SRA. DUQUESA DE MEDINACELI

Pau 12 de Julio.

¿Recuerda usted, mi buena y excelente amiga, la Exposición universal de Barcelona, cuando todas las naciones se congregaron en aquel teatro del arte y de la industria, citándose en solemne y espléndido concurso de la paz?... cuando la mar se vencía bajo el peso de tantas escuadras extranjeras como acudieron á su puerto, venidas de todas las partes del mundo, para con su pabellón y sus cañones rendir homenaje á la Reina Regente?... cuando aquella ciudad siempre in-

signe daba fastuosa hospitalidad á cuanto brilla, florece y gallardea en nuestra España?... cuando, finalmente, las moradas de sus ciudadanos, y los palacios de sus próceres, y sus Ramblas históricas, ardían en músicas, en suntuosidades, en fiestas, y usted en ellas?...

No es posible, no, que lo haya olvidado. Fué entonces cuando cruzó usted en triunfo por la ciudad de los condes para ir á recoger en su Capitolio el título de hija adoptiva que le entregó aquel ciudadano ilustre, presidente del Consistorio, llamado Francisco Rius y Tanlet, á quien ya la muerte robó de entre nosotros y á quien Barcelona agradecida no tardará en consagrar, como debe, un glorioso recuerdo.

Más de una vez, entonces, mi noble amiga, hallándose en Barcelona, más de una vez debieron fijarse sus miradas en

un gran montón de piedras tostadas por el sol de diez siglos que asoma en la cumbre de un monte vecino. Es lo que resta del castillo de Moncada, castillo célebre y famoso en la historia de Cataluña. Todavía mantiene en pie algún lienzo de sus murallas; todavía se alza una de sus torres fijando sus ojos de piedra en la ciudad que yace á sus plantas; todavía viven las románticas consejas y curiosas tradiciones que de este castillo se cuentan; pero ya no existen aquellos soberbios varones que tanto dieron que hablar y que escribir á las crónicas y leyendas; ya no despierta los ecos de la montaña el grito de guerra de *Desperta ferro* y *Sant Jordi* que lanzaban huestes valerosas al aprestarse al combate; ya en su torre del Homenaje no se despliega al viento la bandera de grana con los siete panes milagrosos. El

silencio de la muerte reina hoy en torno de las ruinas.

Era hereditario en los Moncada el título de senescal de Cataluña, y servían á los condes de Barcelona, más que como súbditos, como aliados, siendo frecuentes en la historia las ocasiones en que por agravios recibidos se les ve levantar pendones contra los condes, sus señores, y luchar abiertamente con ellos, corriendo sus tierras y negándoles pleito homenaje.

Porque los Moncada, amiga mía, siempre y en todas ocasiones estuvieron propensos á la rebeldía. Hay que decir las cosas por su nombre: eran á menudo rebeldes, gloriosos, sí, pero grandes rebeldes.

Cuando Otger Katalón, capitán que había sido de Carlos Martel, según cuentan las tradiciones, emprendió la recon-

quista de Cataluña arrebatándola á los moros, nueve estrenuos varones ó capitanes acometieron con él la empresa, siendo por tan heroica resolución apellidados *los varones de la fama*, que no los *barones*, como luego se consignó en historias y crónicas. Entre estos nueve varones figuró como el primero un Naufer, Napifer ó Dapifer de Moncada, que era, según parece, de la familia de los duques de Baviera.

De él tuvo origen la casa de Moncada en Cataluña. Los Moncada comienzan, pues, á figurar en el primer período de nuestra historia, en el primer albor de nuestra independencia. Más antigua es en Cataluña su casa que la misma de los condes de Barcelona. Dapifer es una grandiosa y escultural figura de los tiempos de la reconquista, y cuando Otger Katalón exhaló su último suspiro

ante las murallas de la sitiada Ampurias, legó á Dapifer la continuación de su empresa y de su venganza. Tomó entonces Dapifer el mando de la hueste, y fué, de hazaña en hazaña, de gloria en gloria, á clavar el pendón triunfante de la cruz sobre los torreones de la subyugada Urgel.

Debía aún nacer, señora, el fundador de la casa de Barcelona, cuando estaban ya cansados los Moncada de conquistar fortalezas y sujetar reyes moros.

Tal fué el origen de esta casa de egregios varones catalanes. Permítame usted ahora que le diga algo sobre el origen de su apellido, acerca de lo cual hay varias opiniones.

Dicen unos que Dapifer tenía su campamento en uno de los peñones del Pirineo, y que, como era entonces costumbre, cada noche se cerraba este cam-

pamento por medio de una cadena que servía como de muro, empalizada ó palenque entre los cristianos competidores y los moros enemigos. Supónese que con motivo de esta cadena se empezó á llamar al cerro de los Pirineos, donde Dapifer tenía su campo, *monte catenato* y al señor de aquel campamento *el capitán de Montecatenato*, ó *Montecateno*, y también Dapifer de *Montecateno*, cuyo nombre, corrompiéndose, se transformó en *Moncada* andando el tiempo.

Otra opinión, que no se aparta mucho de la anterior, asegura que Dapifer tenía su campo fortificado en la montaña de Canigó, en aquellos tiempos llamada *Canaco* ó *Caco*, viniendo de ahí el llamársele Dapifer de Montecaco ó Montcaco, nombre que, alterándose, se convirtió en Moncada.

Cuando la conquista de Barcelona por

Ludovico Pío, á principios del siglo IX, un hijo ó nieto de Dapifer, al frente de un puñado de cristianos, tomó á los moros una torre ó atalaya que tenían sobre el que luego se llamó *Coll de Moncada*, y en aquel sitio echó los cimientos del que hubo de ser con el tiempo fortísimo castillo y ciudadela inexpugnable. Sobre esta fundación se creó la baronía de Moncada en tiempo del conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, y entonces fué cuando, según opinión de otros, tomó nombre la casa de Moncada, recibiéndole del monte y del castillo, en lugar de dárselo.

Lo cierto es que desde entonces fué aquella la mansión señorial de los Moncada, su *casa pairal*, como decimos en Cataluña, su casa solariega, como dicen en Castilla, y allí, en la cumbre del monte que se alza como centinela gigante en

la linde de las llanuras de Barcelona y del Vallés, comenzaron á anidar aquellas águilas caudales de la nobleza catalana, y á reproducirse aquella familia, siempre turbulenta y siempre independiente, que había de enlazar con los príncipes y señores más poderosos de la tierra, que había de dar tan grandes capitanes á la patria, tantos nombres ilustres á la historia, tantos caudillos á los bandos, tantos héroes al drama, y que había de prestar, finalmente, asunto interesante á los trovadores para sus más románticas leyendas.

Y aquí termino por hoy, señora mía, mi carta, esperando que mañana, en otra más extensa, le pueda trazar á grandes rasgos la historia de este castillo.

TERCERA CARTA

Á LA SRA. DUQUESA DE MEDINACELI.

Pau 14 de Julio.

Y vamos en esta carta, señora mía y amiga, á la historia del castillo de Moncada.

Corría el año 985 de nuestra era, el 374 de la hégira de los musulmanes. Almanzor, el victorioso, el invencible, el terror de los cristianos, que todos estos nombres le daba su corte de poetas, decidió un día apoderarse de la *Marca hispánica* y sujetar la fiereza de los bravos catalanes, que tanto daban que hacer por cierto á las armas de los muslimes. El 5 de Mayo de dicho año salió

de Córdoba al frente de un ejército tan poderoso, que bajo sus pies se estremecía la tierra, y pasando por Granada, Baza, Lorca, Murcia, Valencia, Tortosa y Tarragona, recogió en todas estas ciudades nuevas tropas que juntó á las suyas, ínterin su escuadra iba siguiéndole por la costa, con rumbo hacia Barcelona. Salvadas las fronteras cristianas, atravesó el Llobregat por el puente romano de Martorell, y siguiendo la antigua vía romana, entró en el Vallés á sangre y fuego y se detuvo al pie del *Castrun Octavianum* (San Cucufate del Vallés).

El conde Borrell de Barcelona esperaba al ejército enemigo en la llanura de Matabous, al pie del castillo de Moncada. La tradición dice que sólo 500 caballeros acompañaban al conde, y que después de hacer prodigios de valor sucumbieron todos, cortándoles los moros

las cabezas y arrojándolas luego por encima de los muros de Barcelona. Sin embargo, por bella y poética que sea esta tradición, la historia, severa siempre, la rechaza. Es fama, sí, que el ejército que mandaba el conde Borrell peleó con denuedo y bizarría en la malhadada llanura de Matabous; pero no quiso Dios aquella vez acudir en auxilio de los que empuñaban las armas en su nombre, y el conde, con los pocos de los suyos que escaparon á la rota del ejército catalán, hubo de refugiarse en Barcelona, á la cual pocos días después se veía obligado á abandonar, pudiendo afortunadamente evadirse por mar sin ser notado de las naves enemigas. Verdad es que si el conde abandonó por un instante á Barcelona, fué para volver sobre ella poco tiempo después, al frente de un ejército de valientes caballeros reunidos en las

alturas de Manresa, y arrancar á los moros su conquista, de la que apenas habían gozado cuatro meses.

Durante esta corta, pero terrible invasión de los árabes, Cataluña toda fué sometida al implacable vencedor. Sólo en dos castillos continuó tremolando victorioso el pendón de la cruz: uno de ellos fué el de Moncada, el otro el de Cervelló. Mientras la llanura de Barcelona aparecía devastada por el torrente asolador de la morisma; mientras la noble capital del Principado veía convertidos sus templos en mezquitas y los palacios de sus señores en serrallos; mientras el árabe muezín llamaba á la oración á los creyentes, la campana de la capilla de Moncada continuaba cada día cantando himnos de gloria á María, y á sus sones melancólicos se reunían cada noche en el templo los catalanes refugiados en el

castillo, para implorar de Dios que socorriese á sus defensores, devolviendo la victoria á las armas catalanas.

El castillo de Moncada, solo, aislado en los alrededores de Barcelona, desafió entonces todo el poder reunido de la morisma, como más tarde debía desafiar en dos distintas ocasiones el poder de los franceses. Este castillo guardará siempre en las páginas de la historia, como glorioso recuerdo, el de no haber sido nunca tomado por los enemigos de Cataluña en tantos y tan diversos sacudimientos como ha experimentado aquel país.

Y prosigo la historia de esta fortaleza.

Por los años de 1134 el senescal don Guillén ó Guillermo Ramón de Moncada, mandó destruir la acequia y acueducto que proporcionaba el agua del Besós á los molinos del conde de Barcelona,

por ser en grave daño de los que él tenía. Irritado el conde D. Ramón Berenguer IV, trató de castigar la audacia del Senescal, pero éste se atrincheró en su castillo, haciendo fortificar también uno que tenía en el monte de San Lorenzo cerca de Tarrasa, negando el vasallaje á su señor, y declarándose independiente. Hubo sin embargo de cansarse sin duda el de Moncada y experimentó quizá también algunos reveses, pues que de pronto abandonó su castillo y su empeño, refugiándose en Aragón, donde pudo prestar más tarde un señalado servicio á Cataluña negociando el enlace del conde Berenguer con doña Petronila, y volviendo completamente á la gracia de su señor.

Con referencia á las mocedades de este D. Guillén existe una leyenda que he de contar á usted en otra carta.

El rey más grande que ha tenido Aragón, el Almanzor de los cristianos, el hombre que parecía haber nacido para todo subyugarlo, para conquistarlo todo, el rey héroe á cuyas plantas se debían postrar sumisas las Baleares, Valencia y Murcia, D. Jaime *el Conquistador*, en una palabra, intentó un día apoderarse del castillo de Moncada; pero en vano. Por espacio de tres meses resistió esta fortaleza al vencedor de Mallorca, y vióse por fin obligado á ceder en su empeño y á levantar el cerco, él, el hombre que más tarde con sólo su nombre desbandaba ejércitos enteros y con sólo desnudar su espada conquistaba reinos.

Fué en 1243. D. Guillén Ramón de Moncada, Senescal de Cataluña y señor de Bearn por su enlace con la condesa Garsenda, señora del vizcondado de Bearn, ayuntó un día, como dice el cro-

nista Zurita, mucha gente de sus parientes y amigos en Cataluña para entrar á correr el condado de Rosellón y, hacer guerra en las tierras del conde D. Nuño Sánchez, de quien al parecer tenía que reclamar agravios. Quejóse al rey el conde del Rosellón, y D. Jaime, habido consejo en Cortes, mandó requerir á D. Guillén de Moncada para que desistiese de proseguir su pretensión por aquella vía, si no quería que de ello le pesara. Era D. Guillén demasiado soberbio de raza para ceder al requerimiento del monarca. Lo que éste consiguió fué sólo que apresurase su proyecto.

Curóse poco ciertamente de lo que el rey mandaba, y á principios del 1243 entró en el Rosellón con los barones y caballeros de su linaje, talando la tierra, tomando por combate el castillo de Alvari y apoderándose de Perpiñan.

Gran enojo hubo el rey de la desobediencia del D. Guillén, y declarándole rebelde, reunió toda su gente en Aragón y cayó sobre las tierras del de Moncada y de los de su linaje y valedores, tomando 130 fortalezas entre torres fuertes y castillos de homenaje. En seguida, comenzado ya el mes de Agosto, puso cerco al castillo de Cervelló que, á pesar de ser muy enriscado y fuerte, fué ganado en 14 días, y corrióse á poner sitio al mismo castillo de Moncada en el cual estaba ya D. Guillén de vuelta de su excursión á las tierras de D. Nuño. Cuatrocientos caballeros iban con el rey; 130 se habían encerrado en el castillo con D. Guillén.

Llegado á las puertas de la fortaleza, D. Jaime mandó requerir al de Moncada para que le acogiese en su castillo, pero respondió, según dicen las crónicas, «que de buena voluntad le recibiera si

se lo demandara de otra manera, mas visto que el rey había hecho tanto daño en su tierra é iba con ejército contra él, no era obligado de entregarle el castillo».

Al recibir esta contestación, formalizó D. Jaime el cerco, y cuéntase que aunque era entonces muy mozo, pues no tenía más de 14 años, manifestó en todo aquel sitio grandes conocimientos militares, tomando muy acertadas disposiciones y acudiendo á todo lo necesario, pero esto no impidió que en los asaltos que diera á la fortaleza viese sucumbir la flor de sus caballeros. Esto y el que, según sienta Zurita, muchos caballeros del mismo ejército del rey, á quienes desplacía mucho que recibiesen daño D. Guillén de Moncada y los que con él estaban, proveían de vituallas á los cercados, desalentó á D. Jaime, que viendo que perdía tiempo en aquella por-

fía, mandó por fin alzar el cerco volviéndose con los suyos á Aragón.

Más tarde arregláronse los bandos, volvió á la gracia del rey D. Guillén y sirvióle leal y valerosamente en la empresa contra Mallorca.

En tiempo de D. Pedro *el Grande*, y cuando el Papa por supuestas quejas de D. Pedro dió el reino de Aragón á Carlos de Valois, realizándose aquello de que á quien no ha ganado reinos poco le cuesta darlos, un numeroso ejército francés quiso venir á sentar al de Valois en aquel trono tan fácilmente dado. Poco esperaban el Papa y los franceses la lección severa que entonces había de darles Cataluña levantándose indignada y arrojando de su territorio á aquel ejército y á aquel rey de nuevo cuño, á quien los catalanes llamaban por irrisión *el rey del chapeo (lo rey del xapeu)*. Sin em-

bargo, antes que esto sucediera, cuentan nuestras crónicas que á la entrada de los franceses, desde los Pirineos hasta el castillo de Moncada, quedaron desiertas todas las comarcas, hallándose á duras penas un miserable villorrio en que ondease el pabellón catalán. En el mismo Vallés sólo tres castillos se mantuvieron por D. Pedro. ¿Hay que decir á Usted, señora mía, que uno de ellos fué el de Moncada?

En tiempo de D. Juan II, este castillo, que era ya de posesión y dominio de la ciudad de Barcelona, tremoló en su torre la bandera llamada de rebelión catalana y que no era sin embargo sino una bandera de lealtad, amor y fidelidad á las santas y venerandas instituciones de un país libre; en la guerra de Cataluña contra Felipe IV, ó mejor contra su privado el Conde-Duque, perma-

neció fiel esta fortaleza á la causa catalana; y por fin, cuando en 1697 un ejército de Luis XIV, rey de Francia, entraba por capitulación en Barcelona después de 73 días de horroroso sitio, el castillo de Moncada, inexpugnable siempre, continuó tremolando el pendón español á los ojos mismos del francés, que no se atrevió á subir á aquellas alturas.

En la guerra de Sucesión, Moncada siguió la suerte de toda Cataluña, y en nuestro mismo siglo, en la guerra de la Independencia, sabido es que las alturas coronadas por esta fortaleza eran nido de los bravos somatenes que muy á menudo descendían al llano persiguiendo á los franceses hasta las puertas de Barcelona.

Tal es, señora, la historia de este castillo.

CUARTA CARTA

Pau 15 de Julio.

En una de mis anteriores hablé á Usted de la bandera de grana con los siete panes milagrosos, izada en la torre del Homenaje de Moncada.

No sé si Uste dconoce, aunque sí debe conocerla, la hermosa leyenda que existe sobre el origen de esta bandera.

Las armas de Baviera, de uno de cuyos duques debió ser hijo el Dapifer que entró en Cataluña con sus compañeros *los barones de la fama*, hubieron de ser por mucho tiempo el blasón de

los Moncada, y éste era el que usaban los caballeros de esta familia que con el rey D. Jaime partieron á la conquista de Mallorca.

Cuatro fueron los Moncada que acompañaron al rey en esta conquista, hijos los tres y nieto el otro de D. Pedro de Moncada, casado con doña Brígida Pinós, la más hermosa dama de la Marca Hispánica, la de cabellos dorados como madeja de oro, según dicen crónicas del tiempo, la misma á quien fueron los bearneses á pedir un hijo para la infortunada vizcondesa del Bearn que deseaban enlazar con un caballero de la estirpe de Moncada, según iremos viendo, señora mía, en cartas sucesivas.

De los cuatro Moncada que partieron con el Conquistador, los dos murieron á poco do haber pisado el suelo de Mallorca, dando lugar con su heroica muerte á

uno de los más dramáticos episodios de aquella conquista, para siempre memorable, y á una de las páginas más bellas de la crónica escrita por el mismo D. Jaime. Los cadáveres de ambos caballeros se trasladaron más tarde al monasterio de Santas Creus, en Cataluña, donde se les dió honrosa sepultura junto á los restos del rey Pedro *el Grande* y también junto á los del almirante Roger de Lauria, una de las mayores glorias que alcanzaron á ver los mares. Pero un día, ya en nuestros tiempos, las turbas invadieron el cenobio de Santas Creus, y el sepulcro ó panteón de los Moncada fué profanado en busca de imaginarios tesoros. Abandonadas y rotas yacían en un rincón las sepulturas de aquellos dos héroes, cuyas cenizas hubieran acabado por ser esparcidas al viento, si una dama ilustre, si Usted, señora mía, con mano

pródiga, no se hubiese apresurado á recoger aquellos restos preciosos, que hoy se conservan por fortuna, gracias sean dadas á Usted, en modesto y artístico sarcófago.

Muertos los dos Moncada en uno de los primeros combates, y muerto también otro más tarde, sólo quedaba uno de aquella familia, D. Hugo, á quien la historia encuentra en el sitio de la cueva de Artá, donde se había refugiado gran número de infieles. Allí estaba combatiendo valerosamente y dirigiendo las operaciones del sitio, cuando cierto día, inopinadamente, se presentó en su tienda el rey D. Jaime.

Hacía ya dos días que en el campamento de los cristianos faltaban casi completamente los víveres, pero sabedor el monarca aragonés de que había pan en la tienda de D. Hugo, se dirigió á

ella con Nuño Sánchez y más de cien caballeros. En cuanto D. Hugo tuvo noticia de la llegada del rey, apresuróse á salir á recibirle, y enterado del motivo que allí conducía al monarca, quitóse la capa de grana que llevaba puesta y la tendió en el suelo colocando sobre de ella siete panes solos que tenía, los cuales ofreció hidalgamente al rey y á su comitiva, siendo tanto el milagro, dice la leyenda, que de los siete panes comieron mas de ciento cincuenta caballeros.

En memoria de este hecho tomaron los Moncada por armas siete panes de oro en campo de grana, abandonando las armas de Baviera que hasta entonces habían usado.

Y esta es la leyenda que como me contaron cuento.

Por lo demás, y volviendo ahora al principal asunto, la familia de Moncada

figuró siempre con gloria inmarcesible en los anales de nuestra Cataluña. Larga tarea sería la de reseñar las glorias todas de esta raza. Me limitaré á contar á Usted algunos hechos principales.

Dejemos á un lado al capitán Dapifer tronco de esta familia, el primer varón ó *barón de la fama*, según le llaman las crónicas, que ganó á Urgel y rindió tres reyes moros: no hablemos tampoco de aquel Moncada que, según poética leyenda, montó á la grupa del caballo de San Jorge, trasladándose por los aires desde Antioquía á la llanura de Alcoraz, y tomando parte el mismo día y á la misma hora en dos batallas; y demos al olvido la leyenda de aquel otro Moncada, que agraviado por un arzobispo de Tarragona, esperóle al paso una noche y le mató, fundando luego el monasterio de Santas Creus en penitencia de su crimen. Por

bellas que sean estas tradiciones, que sinembargo he de referir á Usted en otra carta, la crítica histórica las rechaza, y la familia de que hablo no tiene afortunadamente que recurrir á la fábula para buscar dramáticos episodios y hazañas caballerescas realzadas por la poesía de la gloria.

Ninguna expedición contra moros, ninguna empresa grande tomaron á su cargo los condes de Barcelona, que no fuera contando con alguno de los Moncada entre sus más valientes y atrevidos capitanes. Esta noble familia, cuyas glorias van unidas á todas las de aquellos tiempos, figura por medio de dignos representantes y esforzados varones en la expedición de los catalanes á Andalucía, á comienzos del siglo XI; en la reconquista de Barcelona por el conde Borrell; en la empresa contra las Baleares,

llevada á cabo por el conde D. Ramón Berenguer III; y en las conquistas de Lérida y de Fraga, venturosamente realizadas por D. Ramón Berenguer IV. En la toma de Tortosa, tan señaladamente se distinguió un Moncada, que el conde le dió en feudo la tercera parte de la ciudad por sus servicios; á este mismo Moncada se debió muy principalmente el enlace del conde D. Ramón Berenguer con doña Petronila, lo cual trajo la unión de Cataluña y Aragón; y mientras un Moncada se enlazaba con una hija del monarca aragonés, D. Pedro *el Católico*, otro tomaba por esposa á la vizcondesa del Bearn, emparentando así con dos casas reales.

Dos Moncada yendo en la escuadra de D. Jaime, son los primeros en tomar tierra en Mallorca y los primeros que riegan con su sangre aquellos campos,

abriendo paso su muerte á las huestes del *Conquistador*, quien detiene todo un día su victoria para consagrarlo á llorar sobre sus cadáveres y á rendir fúnebres honores á aquellos dos heraldos de la conquista: los Moncada, senescales perpetuos de Cataluña, pasan á ser también procuradores generales de Aragón: una hembra de su familia, doña Constanza, enlaza con el príncipe D. Alfonso; como más tarde otra, doña Guillerma, ha de enlazar con el príncipe D. Pedro; como otra, doña Elisenda, ha de ser, andando el tiempo, mujer de Jaime II, reina de Aragón, y, muerto su esposo, fundadora y primera abadesa del monasterio de Pedralves; y como, finalmente, otra doña Guillerma, émula de la varona castellana María Pérez, es ilustre capitana, monta á caballo, pone cerco á castillos, entra á saco ciudades, y, tan esforzada en armas

como diestra en letras y en leyes, debate con los monarcas y los prelados, discute ante todos los tribunales, y con arrolladora elocuencia truena contra todas las tiranías y todas las injusticias.

Un Moncada es gran almirante de Aragón en tiempo de D. Pedro IV, vence en Estepona á una armada de moros, socorre á los aragoneses y catalanes de Sicilia, y es almirante de la escuadra que el monarca aragonés envía contra Mallorca y su rey D. Jaime: otro es condestable del reino, y en Sicilia caballeroso defensor de la reina doña María: otro es gobernador general de Cerdeña y Córcega primero, de Mallorca después, y brilla lo mismo en el campo de batalla, donde es el primer héroe, que en los Parlamentos, donde es el primer orador: otro toma parte en los bandos de Aragón antes del Parlamento de Caspe y figura en

las asambleas de Mequinenza y de Tortosa: otro libra á la reina doña Blanca de Sicilia, cercada en el castillo de Marqueto, socorre á la reina doña Juana de Nápoles, se señala en la guerra de Córcega y pelca valerosísimamente en Nápoles con Sforza: otro conquista á Argel: otro defiende á Puigcerdá: otro es el capitán de más fama del duque de Valentinois: otro deja nombre eterno en Calabria, de donde es gobernador; y por fin, otro, Hugo de Moncada, á quien llaman las crónicas el *Neptuno catalán*, es virrey de Sicilia, corre las costas de Berbería y vence y sojuzga á la indomada Trípoli.

Tal fué esta casa, señora.

Y mucho falta que decir aún.

Pero vamos ya, y esto haré en mi próxima carta, vamos ya, que es hora, á los Moncada del Bearn, cuyas noticias

vine á buscar en estos pintorescos sitios y dieron origen á las cartas que me permito escribir á Usted, esperando que sean acogidas con benevolencia, aunque sólo sea por referirse á nuestra Cataluña, á esa noble tierra española tan digna de ser más conocida, como es digna de ser más amada.

CARTA QUINTA

Pau 17 de Julio.

Hice mi excursión á Orthez, y regresé con mi cartera llena de notas y apuntes.

Fué una excursión muy agradable, y me dejó recuerdos que no se borrarán tan fácilmente.

Sola se eleva la torre llamada aún de Moncada, en medio de las vastas ruinas del castillo de Orthez. Una grande hendidura que se observa á mitad de ella, á causa de grandes piedras desprendidas de su centro, la hace aparecer como inclinada. Diríase que se encorva, más que bajo el peso de los siglos, bajo el de los recuerdos, y que se inclina melancólica-

mente para contemplar aquellos escombros que para ella existen, que para ella brillan, que también para ella guardan peregrinos recuerdos de días llenos de esplendor y de gloria. Como asombrada de verse sola en una tierra donde ya es extranjera la lengua catalana, la torre de Moncada se eleva solitaria y triste, sombrío centinela de unas ruinas donde reina la paz de los sepulcros, y sobre las cuales se ha tendido ya el manto del olvido; pero así y todo, ruinosa y vieja como se halla, aislada y caduca, aún alza su esbelta corona de almenas sobre la antigua capital del señorío de Bearn que yace á sus plantas. No parece sino que los siglos la respetaron sólo para guardar y mantener vivo el recuerdo de la familia catalana sentada en el trono de Bearn á fines del siglo XII. La torre de Moncada, apareciendo elevada y solita-

ria sobre el grupo de modernos edificios que constituyen hoy la graciosa villa de Orthez, es como un trofeo glorioso, como una columna de honor, como un monumento triunfal que recuerda la era belicosa y legislativa, inaugurada por una revolución bienhechora para el país, que tuvo la buena suerte de cambiar la carcomida dinastía de los Céntulos por la nueva de los Moncada, llena de vigorosa savia y robusta vida.

Hablaré primeramente de la torre y del castillo; luego hablaré de sus señoriales barones.

La plataforma ó promontorio que le sirve de base, se halla rodeado de profundos barrancos por la parte del Sur, del Norte y del Poniente. Sólo es accesible por el lado del Este. Sobre este punto se alzaban al parecer las barbacanas del triple recinto, y detrás de estas obras

avanzadas, en el centro de una plataforma que tiene gran extensión, se eleva todavía la torre de Moncada, cuya corona de almenas derribada durante la revolución del 93, fué hace algunos años restaurada por Mr. Raymond Planté, *maire* y diputado de Orthez.

Formaría esta torre un cuadrilátero perfecto si la fachada del Este no presentara un ángulo muy agudo, destinado probablemente á ofrecer mayor resistencia á los ataques dirigidos hacia el punto accesible de la colina. La parte baja de la torre, consagrada á los calabozos, está desprovista de toda abertura; el primer piso no tiene más que dos aspilleras al Sur y otras dos al Norte; el segundo recibe luz por tres ventanas ojivales, y el tercero y último por otras tres cuadradas. Los aposentos, habitados durante mucho tiempo por los señores de Bearn

debían prolongarse al Oeste de la torre, que les escudaba contra los proyectiles enemigos; pero están hoy completamente derruídos y sólo los cimientos indican su extensión y forma. Un triple recinto de murallas rodeaba este palacio de los Gastones, y todavía, esparcidos acá y acullá, rotos y destrozados en mil partes, se ven algunos robustos fragmentos de murallones que muestran las saeteras de que estaban hendidos.

Y ahora que ya se habrá Usted hecho cargo del edificio, pasemos á sus antiguos moradores. Procuraré recoger en breve resumen sus recuerdos.

Se halla, en primer lugar, que, desde la época de Ludovico Pío, el Bearn era un estado independiente, y á su frente figuraba Céntulo Loup como conde hereditario. Á todos los descendientes de éste se les ve en estrechas relaciones

con los reyes de Aragón y Navarra, unidos en miras y en intereses, y corriendo su misma suerte en las batallas, hasta llegar á Céntulo V de Bearn, que perdió la vida como bueno en la funesta jornada de Fraga, al lado de Alfonso de Aragón *el Batallador*.

Como Céntulo V no dejó hijos, los obispos, gentileshombres y ciudadanos del Bearn se reunieron, y sentaron en el solio condal á una hermana de su difunto señor, llamada Guiscarda, viuda á la sazón del vizconde de Gabaret, y madre del que fué luego Pedro I, niño entonces de corta edad. Esto pasaba por los años 1134, precisamente cuando los aragoneses, privados también de su rey por la misma causa que los bearneses, se reunían en solemne asamblea nacional y acordaban sentar en el trono á Ramiro *el Monje*.

El conde del Bearn Pedro I casó con una parienta próxima de Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, su hermana según el parecer de autorizados historiadores, y murió, jóven aún, en un combate con los moros, confiando á la tutela de su esposa dos hijos de corta edad, Gastón y María. Su abuela Guiscarda debía también intervenir en la tutela, pero no tardó en morir (1154), y entonces los bearneses, no juzgando capaz á la joven tutora para empuñar sola las riendas del gobierno, dieron la administración del Bearn al conde Ramón Berenguer de Barcelona.

Éste se llegó entonces á la frontera de Aragón para tener una entrevista con los diputados bearneses. La conferencia se verificó en Campfranc, y el haberse celebrado esta reunión fuera del territorio del Bearn, hace creer fundadamente á los

historiadores de este país, que todo ello fué efecto de una conspiración aristocrática en favor de Ramón Berenguer. Asistieron á aquella asamblea varios altos dignatarios de la Iglesia, muchos señores, y también algunos jurados representantes de los valles de estos Pirineos.

Por el acta que se levantó en esta reunión consta que Ramón Berenguer fué nombrado señor y gobernador del Bearn hasta que los hijos del vizconde Pedro, recientemente fallecido, se hallasen en estado de reinar. Los bearneses allí presentes rindieron en el acto homenaje á Ramón Berenguer como príncipe regente del Bearn, y depositaron en sus manos á los dos niños Gastón y María, que fueron llevados á Barcelona para ser educados conforme á su nobleza y rango.

Pero las revoluciones que ensangrentaron los valles del Bearn no tardaron

en probar que el grave acuerdo tomado en la asamblea de Campfranc, distaba mucho de ser unánime por parte de los bearneses. Una importante parte de este condado se separó del conde de Barcelona y príncipe de Aragón para conservar su independencia y protestar con su retraimiento. Sin embargo, el espíritu de libertad no llegó aún entonces hasta el levantamiento del país, y los bearneses supieron esperar pacientemente á que llegase la mayor edad del joven Gastón, su señor, nacido del matrimonio de su conde con una princesa catalana.

CARTA SEXTA

Eaux Bonnes (Aguas buenas), 23 de Julio.

El calor sofocante que con destemplanza se ha dejado sentir en Pau estos días me obligó á venir á refugiarme, antes de tiempo, en estas pintorescas alturas, donde se disfruta de fresco y apacible ambiente, y adonde vienen á sanear con aire de primera mano y con aguas de primera calidad sus enfermos pulmones todos aquellos que, durante el invierno, están condenados á vivir del aire mefítico y de la corrompida atmósfera de las grandes capitales.

Continuaré enviando á Usted desde aquí, amiga mía, mis interrumpidos recuerdos históricos. Volvamos á la fami-

lia de los condes de Bearn, para llegar pronto á la de Moncada, sucesora de aquélla en el trono de estos poéticos valles y de estas seductoras sierras.

Por los años de 1162, cuando el conde de Barcelona, Ramón Berenguer fallecía en Italia, durante su viaje á Turín, el joven Gastón de Bearn, llegado á su mayor edad, se hallaba en sus estados, al frente del gobierno y de sus súbditos. Su tutor, el conde de Barcelona, no había descuidado nada para atraerle á sus intereses y exigirle nuevos juramentos de homenaje. Era gran político Ramón Berenguer, y, mirando á lo futuro, había procurado obligar al joven Gastón por lazos de gratitud, colmándole de dones, nombrándole ricohombre de Fraga y de Aragón, y facilitándole un matrimonio con una dama de su familia. Pero desde que hubo entrado en el Bearn,

quedando en cierto modo bajo el poder de sus súbditos, los bearneses procuraron ejercer en él una influencia completamente opuesta, y para alejarle en definitiva de todo enlace con la casa de Aragón, se apresuraron á casarle con una infanta de Navarra, enlazándole así con el enemigo más encarnizado de Aragón.

Sin embargo, le faltó tiempo á Gastón V para poner en práctica la política que tendía á romper la sujeción directa aceptada por la asamblea de Campfranc. Falleció á los veinte años sin dejar hijos, y su hermana María, que se hallaba aún en poder del monarca aragonés, pasó á ser entonces la señora del Bearn.

Ya entonces ocupaba el trono de los reinos unidos de Aragón y Cataluña, Alfonso llamado *el Casto*, hijo de Ramón Berenguer y Petronila. Presentósele ocasión propicia al astuto monarca arago-

nés de continuar, con respecto al Bearn, la política de su padre, y procuró que la vizcondesa María le firmase un acto de fe y de homenaje, enfeudándole el vizcondado con títulos que Aragón no había aún ejercido. Según este acto, la vizcondesa prometía homenaje y prestaba fidelidad á su primo el rey Alfonso de Aragón, por toda la tierra del Bearn y de la Gascuña que poseía ó estaba en derecho de poseer por herencia de su padre Pedro de Gabaret y de su hermano Gastón V; prometía por ella y su dinastía tener dichas tierras en dependencia del rey de Aragón y de sus sucesores, reconociéndoles como señores; y se comprometía á no tomar esposo sin su previo consentimiento.

Esta escritura fué firmada por varios bearneses principales, entre ellos los obispos de Olerón y de Lescar y los se-

ñores de Alaschun, Cadeillón y Morlaas; pero muchos otros protestaron contra aquel que llamaban acto de usurpación del monarca aragonés, á quien acusaron de haber abusado un poco de su poder con su joven pupila, retenida aún bajo su dependencia y no considerándola por lo mismo con libre voluntad en el momento de firmar la escritura. Esto hizo que el Bearn se dividiese en dos bandos, favorable uno á la independencia del país, y el otro á los intereses del rey de Aragón. Mientras tanto, Alfonso se apresuraba á escoger marido para la vizcondesa María y la enlazaba con un Guillermo de Moncada.

No aparecen muy claros los sucesos de aquella época; pero, sin embargo, se ve evidentemente que el país bearnés estaba en plena revolución, y que María y su esposo Guillermo de Moncada tenían

que habérselas con un pueblo insurrecto que se preparaba á defender briosamente su independencia.

Indignados los bearneses, proclamaron la destitución de María, y declarándose libres y soberanos para escoger al señor que mejor les pluguiese, fueron á buscar á un caballero de Bigorra llamado Céntulo, á quien sentaron en el trono vizcondal. No tardó el electo del pueblo bearnés en manifestarse altivo y tirano, pretendiendo violar los fueros del país, pero los estados del Bearn, congregados en Pau, le impusieron la condición de gobernar según las constituciones. Céntulo no hizo caso, y fué asesinado. Los bearneses entonces fueron á buscar á Auvernia otro caballero, también del nombre de Céntulo, y que, como el anterior, era oriundo de la misma antigua familia de los vizcondes del Bearn.

El nuevo vizconde Céntulo, llegado de Auvernia al llamamiento de los bearneses, juzgó como su predecesor que era muy difícil gobernar á hombres tan celosos de sus privilegios, con una Constitución que paralizaba toda su iniciativa. Quiso, pues, apartarse de ella; pero los estados bearneses, intratables en todo lo relativo á sus prerrogativas y libertades, le destituyeron y arrojaron del trono en 1173. Amenazado Céntulo de muerte, y temiendo el sangriento fin de su predecesor, apeló á la fuga, que no hubo de valerle. Fué nombrado un gobierno provisional que puso á precio su cabeza, y el infeliz soberano del Bearn fué asesinado por un oscuro montañes en el puente de Savanh, que separa el país de Bearn del de Soulé, en el momento en que iba á refugiarse en este valle.

En este momento de la historia del

Bearn es cuando vemos á la catalana familia de Moncada subir á su trono, no impuesta á la fuerza y por el derecho de la vizcondesa María, sino llamada libremente por la voluntad nacional en uso de su soberanía, que es el más antiguo y el más santo de todos los derechos.

Triunfante la revolución bearnesa, las Cortes del Bearn se juntaron en Pau para elegir nuevo monarca, pero antes de decir lo que en ellas se acordó, debo hacer constar la admirable concisión y característica sencillez con que los antiguos fueros de este país narran la historia de aquella revolución que terminó por un cambio dinástico. Escritos se hallan estos fueros en el lenguaje antiguo bearnés, y voy á copiar un fragmento de los mismos, conforme constan originales en este archivo, sirviendo asimismo esta copia para demostrar la identidad de aquel lenguaje

con nuestro antiguo idioma catalán, que era propiamente el que aquí se hablaba con corta diferencia, sobre todo después de subir á este trono los Moncada. Con la exaltación de esta familia, las relaciones entre el Bearn y Cataluña se hicieron más íntimas, y la lengua gascona, que tenía ya muchos puntos de contacto con el catalán, admitió la influencia y las modificaciones que nuestro idioma le trajo. Con los Moncada, el catalán fué la lengua oficial del Bearn: con ellos vino á este país, según creo ya haber dicho en una de mis anteriores cartas, una nueva dinastía, una nueva civilización, una nueva lengua, una nueva literatura, una nueva era en fin.

He aquí ahora la introducción del fuero general del Bearn, obra verdaderamente notable bajo el punto de vista histórico, y que hace enérgicamente resaltar

la Constitución independiente y democrática de este estado pirenaico.

Aquestz son los for de Bearn en los quaous se mentione que antiguements en Bearn no havé senhor, et en aquests temps audin laudar un cavaler en Begorre, et ananlo coelher, et fentlo senhor un an, et aprés non los bolo thier en fors ni en costums, et la cort de Bearn se amassá lasbetz á Pau, et requerírenlo qu'eus sthiencos en fors et en costumes, et eg no ho boló far, et lasbetz aucíronlo en la cort.

Item.—Aprés hom los laudá un prudhom cavaler en Aubernia, et ananlo coelher, et fentlo senhor dus ans, et en aprés eg se demostrá trop orgulhós que no los bolo thier en fors ni en costumes, et la cort lasbetz fetlo aucíder au cap del pont den Sarrach á un escuder, lo quaou lo ferí tan coop ne l'espint que darrer lo trigo.

Después de los anteriores párrafos, el

fuero de Bearn relata como, reunidas las Cortes generales en Pau, oyendo hacer grandes elogios de un caballero de Cataluña, que había tenido dos hijos gemelos de su esposa *(audin laudar ung cavaler de Catalonhe, lo quaou avé hagut de sa molher dus enfants en una bentrada)*, decidieron enviar dos *prudens homens* al Principado catalán para que eligiesen de entre los dos gemelos al que se debería alzar por señor del Bearn.

Ahora bien, ese noble caballero de Cataluña, del cual tantos elogios oyeron hacer las Cortes bearnesas, no era otro que Guillermo de Moncada, y los dos gemelos eran los hijos que había tenido en su matrimonio con aquella María, vizcondesa de Bearn, á la cual se había arrojado del trono de este país.

Cumplieron con su encargo los embajadores de las Cortes bearnesas; fueron á

Cataluña, llegaron al castillo de Moncada, y es curioso referir por su singularidad el motivo que les impulsó á elegir entre ambos hermanos.

Cuenta el fuero citado, y cuentan también acordes con él las crónicas catalanas, que á la llegada de los diputados bearneses al castillo de Moncada, los dos gemelos dormían en la misma cuna, teniendo el uno las manos cerradas y teniéndolas el otro abiertas. Los *prudens homens* bearneses creyeron que el cielo mismo quería determinar su elección, y eligieron al niño de las manos abiertas, prefiriendo un señor más bien dispuesto á ceder, que no un señor demasiado resuelto á retenerlo todo con avaricia. Su elección fué acertada. Gastón el de las manos abiertas fué un buen príncipe, y la posteridad le conoce por Gastón *el Bueno*, mientras que su hermano, el de

las manos cerradas, que le sucedió, justificó las prevenciones de los diputados bearneses, pues fué un príncipe indolente y poco apto, más dado á lo suyo que á lo del país.

Este paso dado por los bearneses con el señor de Moncada, parecía tener el carácter de una restauración, pues que el niño elegido era hijo de la vizcondesa María, anteriormente desposeída; pero los bearneses supieron aprovechar esta circunstancia solemne para hacer constar su independencia en una carta notable, que sometieron al juramento de su joven príncipe. Después de haber borrado los recuerdos de sus antiguos señores, hasta tal punto que hoy es muy difícil reconstituir su historia, recordaron en esta carta la muerte á que se habían hecho acreedores por violadores de las leyes, y declararon que al escoger á Gastón

de Moncada, entendían recobrar el ejercicio absoluto de sus derechos de elección, como los habían venido ejerciendo desde su origen. Esta declaración servía de prefacio á todos los fueros, cuya observancia estaban obligados á jurar los soberanos del Bearn. Con esta condición los ciudadanos del Bearn prometían fidelidad á sus señores, pero con la notable reserva de: *mientras las Cortes generales lo crean conveniente*, fórmula que equivalía para las garantías constitucionales al *si non*, *non* de las Cortes aragonesas.

Así fué como entró á reinar en el Bearn la dinastía de los Moncada, dinastía nueva, de vigorosa savia y de generosa iniciativa, llegando para el Bearn con ella días de esplendor y de gloria. Á Gastón *el Bueno*, que casó con Petronila de Bigorra, pero que no tuvo hijos de ella, sucedió su hermano Guillermo

Ramón de Moncada, aquel que fué acompañando á D. Jaime *el Conquistador* en la jornada de Mallorca, donde halló gloriosa muerte; y el sucesor de Guillermo fué su hijo Gastón VII *el Batallador*. Largamente hablan las historias de este hijo de Moncada. Belicoso y activo, emprendedor y entusiasta, durante su larga carrera no dió paz á la mano ni reposo al espíritu, y murió en 1286, después de haber mandado levantar ese formidable castillo de Orthez, que Froissard no cesa de admirar en sus crónicas, mansión más tarde del famoso Gastón Febo, tan renombrado y célebre en las historias y leyendas bearnesas.

Abandonadas yacen hoy las ruinas de este castillo; por entre sus escombros gime melancólicamente el viento, y morada son del trepador lagarto y del solitario buho; pero, según dije á Usted en

otra carta, todavía se alza majestuosa la torre de Moncada, único resto perenne de aquel castillo célebre, como si la Providencia hubiese querido dejarla en pie para que no se borrase en este país la memoria de la ilustre familia catalana.

SÉPTIMA CARTA

LAS OCHOCIENTAS MUJERES DEL MORO SUSA

Agnas Buenas 28 de Julio.

Como veo que mis pobres cartas no son para Usted molestas ni enojosas, según se sirve decirme con esa bondad exquisita que Dios le ha dado al darle tan hidalgo corazón, prosigo con ellas.

De todos modos, amiga y señora, terminada ya la parte histórica que, siempre, por su índole especial, reviste cierto carácter de aridez y seriedad, vamos á entrar en terrenos propios de la leyenda, y esto hará que mis escritos puedan serle más gratos si acierto á dar interés, amenidad y color á las tradiciones que

me propongo referir á Usted, completando de esta manera, así en lo histórico como en lo legendario, la reseña de la casa de Moncada, sólo por Usted y para Usted escrita.

Sea mi primera tradición una que se refiere al Dapifer cabeza y tronco de los Moncada, que recogí ha muchos años, cuando me había propuesto recorrer toda Cataluña en compañía de amigos queridísimos, por malaventura desaparecidos ya del haz de la tierra, como Francisco Camprodón el inspirado poeta autor de *La Flor de un día;* como Joaquín de Helguero, ingenio agudísimo y culto, que murió después de haber sido gobernador civil de Lérida y de Cádiz; y como Llano el marino, espíritu recto, y general de la mar, de quien hubo de separarme la suerte para sólo volverle á encontrar, pasados treinta años, en el

alcázar de nuestros reyes siendo jefe militar de su cuarto.

Corría el año de 1850 cuando con ellos hice una excursión al castillo de Monbuy, y allí recogí de labios de un anciano guía la leyenda, que jamás olvidé, y que gracias á mi memoria, todavía hoy puedo referir á Usted, señora mía.

En la época á que nuestra leyenda se remonta era señor del castillo, que aun no se llamaba de Monbuy, un adalid moro, hombre mozo, gallardo, audaz y valiente, á quien las historias llaman Susa, y de quien se cuenta que en su alcázar guardaba tesoros de gran cuantía y con ellos ochocientas mujeres, que formaban su serrallo.

El moro Susa de Monbuy gozaba de fama universal, siendo terror de los crisianos por su osadía y fiereza, ídolo de sus huestes por su generosidad y bravu-

ra, y amor de sus esclavas por sus galantes y gallardas prendas. Era señor del Panadés y del Vallés, ricas comarcas de Cataluña, y su celebridad hubo de llegar hasta Dapifer, el de Moncada, que siguiendo la obra de reconquista emprendida por Otjer Katalón, y dueño ya de la sierra pirenaica y de sus valles, se aprestaba á llevar sus aguerridas huestes hasta la misma Barcelona. Y como Susa era uno de los más principales y poderosos caudillos moros, y como sin vencerle á él nadie se hubiera atrevido á internarse en Cataluña, Dapifer envió una embajada á desafiarle, siguiendo las costumbres nobles y caballerescas de aquel tiempo, de que tan hermosa muestra debían dar más tarde las guerras memorables de Granada.

Susa se dispuso al combate, y Dapifer movió su campo. Próximo se hallaba

ya el caudillo catalán al lugar en que imperaba el señor de Monbuy, del Panadés, del Vallés, de los grandes tesoros y de las ochocientas mujeres, cuando recibió confidencial aviso de que los moros intentaban recibirle y atacarle de una manera singular, no con ballestas y saetas, con lanzas, picas y cimitarras, sino con bueyes.

Y esto debió saberlo Dapifer por un aliado de Susa, llamado Selim, moro poderoso también, que se había propuesto traicionar á Susa, según luego dieron á entender los sucesos.

Efectivamente, Susa había discurrido una manera original de acabar con los cristianos que avanzaban.

Hizo reunir todo el ganado vacuno y bueyes de la comarca, cuyo número pasaba de diez mil, é ideó que los catala nes fuesen atacados por aquel ejército

de nuevo género, al cual se obligaría á acometer instigándole con saetas, lanzas y aguijones.

Enterado de ello Dapifer, ideó á su vez la manera de resistir á tan salvaje acometida, y dió orden á su gente para avanzar en cierto orden de batalla, formándose, cuando el caso llegara, un escuadrón en figura triangular prolongada ó piramidal, teniendo buen cuidado de fijar las lanzas y picas en el suelo, lo propio que algunas largas entenas, para desviar el primer empuje de las fieras.

Llegaron á avistarse las dos huestes. Adelantó la almogavaría en la forma indicada, llevando su caballería apiñada en el seno del escuadrón, y lanzaron los enemigos sus toros y vacas que fueron avanzando, cercados de cinco mil jinetes quienes con las puntas de sus dardos, flechas y lanzas les obligaban á acelerar

el paso. Precipitáronse por fin los hostigados animales, pero operando entonces su movimiento la hueste catalana, presentó una verdadera muralla de hierro y de aceradas puntas á los toros que, no pudiendo vencer el obstáculo, quedaron atravesados por las gruesas y macizas lanzas de los cristianos. Murieron los primeros toros impidiendo con sus cuerpos el paso á los que seguían, y empezaron á llover las flechas y ballestas de los cristianos sobre los animales que habían quedado vivos, sembrando la muerte y la ruina entre ellos.

La falda del monte se cubrió de toros muertos, y desde entonces fue llamado aquel sitio monte del Buey ó de los Bueyes, *mons bobis*, de donde provino el nombre de Monbuy.

En aquella jornada murió el caudillo Susa, si bien es fama que su muerte se

debió á traiciones de los suyos ó de su aliado Selim, quien se presentó con gran fuerza para auxiliarle contra Dapifer, cubriendo con apariencias de amistad intentos de dolo y de falsía.

Selim recogió el cadáver de Susa, y uniendo á su hueste los restos de la del difunto, se retiró al amparo del castillo, al que no tardó Dapifer en poner cerco con sus compañías de almogávares, milicias que entonces estaban en su cuna, y que más tarde debían alcanzar gran fama en los campos de batalla, siendo terror del enemigo y apoyo señalado de los monarcas aragoneses.

Entrado que fué Selim en el castillo, reunió á las esposas del difunto Susa y les manifestó su resolución de hacerlas suyas, haciendo suyos también los tesoros de Susa, que al parecer tenían ellas en custodia. Selim había ya de antema-

no previsto la contestación, y por lo mismo les volvió la espalda en el momento mismo de comenzar ellas sus llantos y clamores, así como sus negativas y sus protestas de fidelidad al difunto.

Pero la noche trae consejo, según dice un refrán que nos viene de los moros y que, si es verdad que de ellos venga, pudo ser inventado en aquella ocasión; pues que las moras que tan mal habían recibido á Selim, llenándole de injurias y de improperios por fidelidad al difunto Susa, al día siguiente estaban ya consoladas y decididas. Así es que enviaron de común acuerdo á Selim un mensaje de respeto, sumisión y acatamiento á su voluntad.

Selim se sonrió. Era un sabio moro, y creía conocer á las mujeres.

Sólo una cosa le pedían las esposas de Susa, en cambio de entregarse ellas y con

ellas los tesoros. Que para consolarse de la pérdida dolorosa que acababan de experimentar, les permitiese vestir sus trajes de gala y festejar á su nuevo señor con un torneo en que ellas fueran las que corriesen cañas. Tan pronto y de tal manera se olvidaba al moro Susa.

Selim, el sabio moro, se sonrió de nuevo, acariciando su barba, al oir esta proposición que le hizo meditar profundamente en lo frágil y quebradizo que es el amor de las mujeres.

Aceptó, y permitió que le festejaran las ochocientas hermosas hijas de los verjeles africanos.

Todo, pues, se dispuso para la fiesta y para la zambra. Presentáronse las moras ricamente aderezadas y vestidas con sus alcandoras de seda, oro, piedras y aljófares de gran precio, luciendo al par que su tesoro de gracias, su tesoro de

joyas á los asombrados ojos de Selim y de los suyos.

Ya una vez en el palenque contiguo al castillo, donde apenas cabían, pidieron sus armas á los moros para jugarlas, y todos se apresuraron á cedérselas, despojándose de sus alfanjes y lanzas, gustosos de que sirvieran de recreo á manos delicadas y finas.

Entonces fué cuando, al són de los añafiles y trompetas, comenzó un vistoso torneo entre las mujeres, que con marciales ademanes y á guisa de prácticos guerreros blandían sus picas y sus aceros por los aires.

Pero de pronto, y en el instante que menos podía esperarse, la escena de fiesta y regocijo se trocó en escena de desolación y muerte.

Cuando más descuidados se hallaban el moro Selím y sus capitanes, atentos

sólo á las bélicas evoluciones de las damas moriscas, éstas, á una señal convenida de antemano, trocaron las cañas en lanzas, y revolviendo juntas contra los espectadores del torneo, á quienes sorprendieron desprevenidos, comenzaron los horrores de la lucha y de la matanza.

Recobrados de su primera sorpresa los moros, acudieron á resistirse con las armas que les quedaban, y trabóse una sangrienta batalla de la que salieron vencedoras las mujeres, aunque con pérdidas sensibles.

—No quedó ni un moro para un remedio, recuerdo que me dijo el guía que me contaba la escena como si la hubiese presenciado.

De aquella zambra que se armó entre los moros y las moras fué oportunamente avisado Dapifer, que estaba con su gente al pie del monte ordenando el

cerco. Y acudió en el acto con sus almogavares aprovechando el momento. Y así fué como Dapifer se apoderó del castillo, de los tesoros y de las ochocientas mujeres del moro Susa.

OCTAVA CARTA

La Copa de Honor

Y vamos hoy, señora mía, á una narración de muy distinto género.

Los Moncada, con perdón sea dicho de su ilustre apellido, se distinguieron siempre por su rebeldía, si es que pueda darse nombre de rebeldía al espíritu turbulento y á los desfogues patrióticos de aquellos independientes barones, que dieron que hacer más de una vez á los condes de Barcelona y reyes de Aragón, levantando, también más de una vez, encarnizados bandos en nuestra patria.

Creo haber dicho á Usted en una de mis anteriores cartas, y si no lo dije en

otra he de consignarlo en ésta, que por los años de 1134 se vió á los castillos de Moncada y de San Lorenzo alzar el pendón rebelde contra el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV. Dió motivo á esto la orden del Senescal Guillén Ramón de Moncada á sus vasallos, mandándoles destruir la acequia y conductos que proporcionaban el agua del Besós á los molinos del conde. Fundábase el Senescal en que teniendo origen dichos conductos en la acequia que se abría al pie del castillo de Moncada, se causaba gran daño y perjuicio al agua que tomaba el conde para sus molinos, quitándosela á los suyos.

Parece que de ello hubo gran enojo el conde, y entonces el de Moncada, objeto de las iras de su señor, recurrió á las armas y se amuralló en su castillo, haciendo también fortificar el de San Lorenzo, cer-

ca de Tarrasa, negando el vasallaje al conde y declarándose independiente.

Fué por aquel entonces cuando aconteció en el castillo de Moncada el drama que dió origen á la leyenda que voy á referir.

Lenvantado el pendón de rebeldía contra el conde de Barcelona, proclamando la guerra civil en Cataluña, Guillén de Moncada llamó en su auxilio á sus amigos y deudos que con armas, hombres y recursos corrieron á agruparse bajo su bandera, acudiendo entre los primeros Riambaldo de Baseja, Bernardo Guillén de Vezia, Pedro Udalardo, Bernardo Gilabert, Berenguer de Queralt y Guillermo de San Martín, noble caballero este último y entusiasta trovador, que más de una vez había cantado trovas de amores bajo las ventanas de doña Beatriz, antes de que la hermosa dama uniera

su suerte á la de D. Guillén de Moncada.

No ignoraba el castellano este detalle de los juveniles días de su esposa, y sintiendo renacer dormidos celos á la vista de su antiguo rival, recibió con las cejas fruncidas y la mirada sombría el juramento de fidelidad y pleito homenaje que le rindió Guillermo de San Martín.

Según uso y costumbre de la casa de Moncada, y también de otras casas de aquellos tiempos, al disponerse los nobles caballeros para alguna peligrosa correría ó aventurada expedición, celebraban un banquete en la sala de armas, y á sus postres se presentaba la castellana de Moncada con la copa de honor, que, llena de sabroso vino, ofrecía á uno de los huéspedes, dando con esto á entender que el así favorecido quedaba nombrado jefe de la expedición.

El Senescal había dispuesto correr las

tierras de algunos caballeros adictos al conde de Barcelona, y quería principiar por las de Ramón Bernardo de Ripollet, su particular enemigo. Para tratar de esta expedición celebróse el banquete de costumbre, y las antorchas clavadas en los garfios de la pared iluminaban ya los rostros de los convidados á quienes la noche había sorprendido en el festín, cuando se abrieron las puertas de la sala para dar paso á la hermosa Beatriz de Moncada, que, precedida de sus pajes, penetró en la estancia.

Uno de los pajes llevaba el artístico jarro lleno de espumoso vino y la cincelada copa de honor que Beatriz debía ofrecer al futuro jefe de la expedición; y aun cuando su esposo le había ya indicado quién era el elegido, la dama de Moncada se detuvo unos momentos en los umbrales, como para escoger con los

ojos al noble caballero que debía trocar en venturoso capitán.

Entonces fué cuando, en medio de aquellos guerreros de moreno rostro y marcadas facciones, vió destacarse la á un tiempo varonil y dulce fisonomía del apuesto galán que tantas veces la requiriera de amores antes de su boda. Claváronse sus ojos en aquel rostro que le sonreía como un grato recuerdo de su infancia, y, olvidada del encargo que su esposo le diera, atraída por uno de esos impulsos que son superiores á la misma voluntad, adelantóse resueltamente hasta llegar ante Guillermo de San Martín, y á él presentó la copa de honor que estaba destinada á Riambaldo de Baseja.

Hubo un murmullo de asombro al ver que se fiaba la suerte de la futura y aventurada expedición al más joven y mozo de aquellos caballeros, á quien faltaban

nombradía y experiencia; pero nadie abrió los labios, sujetándose todos á la voluntad de la dama, según sagradas prácticas de cortesía y respeto de los tiempos.

La copa, luego de haber mojado en ella sus labios el elegido, debía correr á la redonda para que, á su vez, apurándola ó templando también en ella sus labios los presentes, manifestasen con este mudo asentimiento su voluntad de aceptar como jefe de la expedición al nombrado por la dama del castillo.

Cuando la copa, después de haber circulado en torno á la mesa, llegó á manos de Guillén de Moncada, éste la arrojó al suelo con desdén y con furia, y levantándose repentinamente, dió por terminado el festín y por aplazada la expedición que á tierras del de Ripollet se proyectaba.

Pasaron días después de esta escena. El Senescal no tardó en tener nueva ocasión de reunir á sus aliados, y al congregarse éstos, vió lucir en el pecho de Guillermo de San Martín una banda con los colores de Beatriz. Precisamente por una doncella de ésta tenía noticia el de Moncada que su esposa se había ocupado aquellos días en bordar una banda. Bastó esta imprudencia del joven caballero para que tomaran incremento en el alma del Senescal los celos, y más que todo, los recelos que de él se habían apoderado.

Conjeturas, sospechas, indicios, temores, todo pasó á ser desde entonces una realidad para D. Guillén; y creyéndose ofendido en lo más caro de su honor, determinó tomar pronta y cumplida venganza. Por esto aquella misma noche mandaba encerrar á doña Beatriz en

una profunda cueva del castillo, y al amanecer del siguiente día se encaminaba al aposento de Guillermo de San Martín, acompañado de Bernardo Gilabert y Pedro de Udalardo.

Despertó sobresaltado el mancebo al ver entrar en su habitación, tan á deshora, aquellos inesperados huéspedes, y más hubo de sorprenderse todavía al ver cómo el Senescal, recogiéndole su espada que descansaba junto á su cama, se la presentó por el puño invitándole á vestirse prontamente para liquidar entre ambos una deuda de honor á presencia de los dos nobles testigos que en su compañía habían venido.

Guillermo de San Martín se negó á batirse, y no le pudieron obligar á ello ni las observaciones de los testigos ni las injurias del Senescal, que se las prodigó sin cuenta.

Entonces el de Moncada, exasperado por aquella obstinada negativa, viendo que nada era capaz de moverle, decidió tomarse la justicia por su mano, y llamando á los hombres á quienes diera el encargo de encerrar á doña Beatriz, les mandó que se apoderasen de Guillermo de San Martín y lo bajaran á la misma cueva donde ella estaba, para que allí muriesen ambos de sed y de hambre.

Y en efecto, luego de cumplida su voluntad, sin resistencia por parte de Guillermo de San Martín, la entrada de la cueva fué tapiada con enormes piedras, de modo que fuese imposible á los cautivos no sólo la salida, sino toda esperanza de salvación.

Don Guillén de Moncada ignoraba una cosa, sin embargo, ó al menos la olvidó totalmente.

La cueva, atravesando por debajo del

río Besós, iba á salir á orillas del mar, y esta circunstancia, olvidada por el Senescal, salvó á aquellos dos infelices cautivos que corrieron á ampararse del conde de Barcelona, quien, poco tiempo después, influía con el Papa para hacer anular el matrimonio del Senescal con doña Beatriz, y casaba á ésta con Guillermo de San Martín.

Todavía existe la cueva por donde escaparon los dos amantes. Todavía existe, en todo ó en parte, señora mía. Quien visite las ruinas de este castillo, podrá ver cómo se abre hacia la parte de Oriente la boca de una negra caverna, pero guárdese de entrar en ella, pues, según dice Pablo Piferrer el cronista, «es fama que cruzan sus oscurísimas y profundas galerías, altas y blanquecinas visiones, y percíbese á lo lejos el sordo murmullo de un lago misterioso que rue-

da sus turbias olas por entre aquellas peñas que nunca vieron la luz».

Y es así. El vulgo cree habitada esta cueva por espectros y fantasmas, y aun cuando alguna vez intentaron penetrar en ella para explorarla hombres despreocupados y valerosos, nunca pudieron recorrerla en toda su extensión, á causa de haberse encontrado con aguas embalsadas, con desprendimientos y ruinas que hacen hoy imposible su paso. De todos modos, lo que parece realmente cierto, y pude averiguar yo por mí mismo cierta vez que subí á visitar los restos del célebre castillo de Moncada, es que la entrada de la cueva existe aún, y puede penetrarse en ella largo trecho, hasta llegar á un punto donde el camino se interrumpe. Todo parece hacer creer que esta cueva era antes una larga y profunda galería que bajaba des-

de lo alto del monte al llano, pasando por debajo del río Besós, y que rozando los cimientos de Santa Coloma de Gramanet y San Adrián, se abría paso por entre unas peñas á orillas del mar. Entre Badalona y Mongat me enseñaron un día el agujero que decían haber sido la salida ó la otra boca de esta misteriosa caverna.

Y en efecto, como todo induce á creer, la grandiosa cueva de Moncada tenía comunicación con la orilla del mar, cosa que concuerda perfectamente con la tradición de Beatriz de Moncada y Guillermo de San Martín. Así se explicaría la fortaleza y resistencia de este castillo, que pudo ser abastecido por un medio ignorado de los moros que consumieron inútilmente largos años y mucha gente en su cerco.

Terminaré diciendo á Usted que el

pueblo llama á esta caverna *la cova de Madona Guilleuma*, la cueva de doña Guillerma, sin duda como recuerdo de aquella célebre doña Guillerma de Moncada, de quien hablé en una carta anterior, y que acaso mandaría ensanchar ó reparar la obra verdaderamente portentosa de este profundo subterráneo.

NOVENA CARTA

Los bandos de Cataluña

Aguas Buenas, 27 de Julio.

Dejé de escribir á Usted estos últimos días, mi cariñosa amiga, atraído y solicitado por la excursión que hice á sitios cercanos que deseaba ansiosamente visitar con el fin de recoger oxígeno para mis pulmones, fuerzas para mis luchas, poesía para mi alma, impresiones para mis estudios.

¡Qué hermoso es el Pirineo ¿verdad...? ¿Hay algo en el mundo que pueda ser superior...? ¡Qué exuberancia de vida, qué poder de naturaleza, qué grandiosi-

dades de espectáculos, qué encantos de paisaje, qué riquezas de luz y de colores, qué deleites de poesía, qué solemnidad de historia, qué belleza de leyendas, y qué silencios, qué ruidos, qué soledades, qué calmas, qué tormentas, y qué maravilla y qué asombro de templo para orar, para bendecir á Dios, y para creer en él...!

¡Ah! Los Pirineos! Yo los he visto en todo su esplendor, y creo sentirlos. Creo también, Usted lo sabe, haber escrito un libro en que intenté reflejarlos, y haber ideado un personaje que pudiera encarnarlos en toda la grandeza de su historia y en toda la esplendidez de su leyenda. Pero es posible, y quizá seguro, que me habré equivocado. No sería en todo caso la vez primera. De todos modos, error ó acierto, realidad ó fantasía, éxito ó fracaso, quisiera que Dios me

concediera la fortuna de ver vivir en el teatro la figura que yo creé. Entonces, á solas con mi conciencia, tengo la seguridad de que sabría juzgar, porque yo formo exacto juicio de lo que veo, no quizá siempre de lo que siento.

En mi excursión he recogido una bellísima leyenda, que deseo contar á Usted..., pero no quiero, no, hacerlo ahora, ni seguir por este camino de digresiones que me llevaría muy lejos, obligándome á separarme del objeto que puso la pluma en mi diestra para dirigirme á Usted.

Nos espera todavía el castillo de Moncada, y hoy me importa narrar á Usted un episodio que creo rigurosamente histórico, dadas las fuentes en que lo recogí, aun cuando la crítica no lo acepte.

Se refiere á época lejana, cuando Cataluña ardía en bandos, si bien yo no sé

cuándo ha dejado de arder en ellos ni de estar abanderizada, pues es bien sabido que en todos tiempos fué teatro de luchas y contiendas, promovidas las más de las veces por desunión entre sus naturales. No en vano dijo en cierta ocasión Fernando *el Católico* que consideraba tan imposible desunir á los aragoneses como unir á los catalanes.

Pero dejemos también esto, que me llevaría muy lejos, y vamos al episodio.

Acababa apenas de llegar D. Ramón de Moncada del sitio de Tortosa, donde brillantemente había combatido y de la cual se había apoderado por asalto en nombre de su señor el conde de Barcelona, en 1148.

Por aquel tiempo Cataluña estaba dividida en dos bandos, Castellvines y Cervellones, deudos estos últimos de los Moncada.

Durante la ausencia de D. Ramón Berenguer, que con gran séquito de caballeros y hombres de armas había ido á poner sitio á los moros en Tortosa, los dos bandos hicieron tan rápidos progresos, que el conde de Barcelona se volvió á su tierra precipitadamente, dejando la dirección del sitio á D. Ramón de Moncada, quien se dió tan buena maña, que se apoderó de la ciudad al poco tiempo, mereciendo que el conde le cediera gran parte de ella y la mitad del castillo en señorío.

Acababa pues de llegar el de Moncada de vuelta de su gloriosa expedición, y con el apoyo decidido que prestó á los Cervellones, volvieron á despertar las iras de los bandos, apaciguados algún tanto por la mediación del conde, mientras estaba el Senescal D. Ramón combatiendo á Tortosa.

El Senescal, como ya sabemos, ¿no es verdad?, pertenecía á una raza de héroes turbulenta y decidida, á una raza de ilustres aventureros, siempre pronta á empuñar la lanza del combate, á vestir la armadura de batalla, ó á levantar el pendón de la discordia.

Por lo mismo, no sólo apoyó la razón que pretendía tener el bando de los Cervellones, sino que se puso á su frente y lo reforzó con sus gentes y castillos.

Aunque tal refuerzo en el bando contrario hizo secretamente temblar á los Castellvines, su alarma sin embargo no se manifestó en sus actos, y, decididos á todo, y por todo arrostrando, resolvieron librarse á toda costa del poderoso enemigo que acaso con el solo nombre de sus mayores iba á dar la victoria á sus contrarios.

Tuvieron al efecto una reunión en el

castillo de Rosanes cerca de Martorell, y aunque fueron tratados varios medios de apoderarse de D. Ramón de Moncada, sin embargo, el consejo de D. Berenguer de Vilademuls, arzobispo de Tarragona y deudo de los Castellvines, fué el que prevaleció como el más acertado y prudente.

Era muy sencillo, y en aquellos tiempos muy corriente.

El Senescal, como hombre de gran valor, acostumbraba muchas noches á salir á deshora del palacio de los condes de Barcelona, y atravesaba solo, con su caballo, el camino desierto y solitario que desde la ciudad conducía á su castillo.

Debíase pues tratar de esperarle, echarse sobre él, aprisionarle, y conducirle al castillo de Rosanes para tenerle allí á buen recaudo.

D. Guillén de Pinell fué el primero en aprobar el consejo, y propuso que desde aquella misma noche fueran á apostarse seis hombres valientes y decididos en el camino del Senescal.

—No, seis no, dijo el arzobispo, doce; matará á seis y los otros seis restantes se apoderarán de él.

Lo que predijera el arzobispo pasó al pie de la letra. Doce hombres fueron apostados por los Castellvines en una encrucijada del camino, y al ver llegar á D. Ramón de Moncada, solo como de costumbre, se arrojaron repentinamente sobre él. Moncada no mató á seis, mató á cuatro, y los otros se apoderaron de él.

Fué llevado al castillo de Rosanes y encerrado allí en un oscuro calabozo, puestos los pies en un cepo.

Hacía ya algunos días que permanecía de aquel modo, cuando una noche bajó

á visitarle el mismo arzobispo, D. Berenguer de Vilademuls.

En cuanto el de Moncada le vió, le dijo con arrogancia que no era aquella prisión para un hombre como él, y se la aliviase por lo tanto.

Entonces el arzobispo con gravedad estudiada volvióse hacia un secretario suyo que le acompañaba, pidió un cuchillo de cortar plumas, y llegándose al cepo, cortó de él una arista.

En seguida, dirigiéndose al Senescal, que con asombro le había mirado hacer:

—Servido estáis ya, D. Ramón, le dijo, pues no tiene tanta madera el cepo, y debe seros por lo mismo más liviana la prisión.

Á semejante afrenta, la cólera encendió el rostro del Senescal, que exclamó con voz entrecortada por la ira:

—Pedidle á Dios, Don Arzobispo, pe-

didle á Dios que no salga jamás de esta cárcel, pues en saliendo, os lo prevengo, sea cara á cara ó á traición, como vos hicisteis conmigo, juro á Dios que me la habéis de pagar. Id, ya estáis avisado; no podéis quejaros por lo mismo. Hago firme juramento de tomar venganza de vos, y nunca un Moncada faltó á su juramento.

El arzobispo salió del calabozo sin proferir más palabra, y el Senescal quedó entregado á su ira y saña, que le hacían trazar mil planes de venganza, los cuales bien pronto venía á destruir la idea de su acaso eterna prisión en aquel castillo.

En el calabozo en que los Castellvines pusieran al de Moncada, había existido en otro tiempo una gran ventana, que fué tapiada para abrir una claraboya en el techo por donde pudieran penetrar la luz y el aire.

Una noche, el Senescal oyó golpes repetidos en el sitio donde había estado la ventana, pero golpes dados con cierto misterio y prudencia, como si aquellos que los daban temiesen ser oídos.

Dirigió D. Ramón la vista al punto que le fué denunciado por el ruido, y no tardó en ver caer hecho añicos el tabique de piedra que tapiaba la ventana, apareciendo en la abertura Pedro Alemán de Cervelló, que se precipitó en el calabozo y en sus brazos.

Al saber los deudos del Senescal su prisión, habían propuesto á los Castellvines diferentes medios de rescate, que fueron todos rehusados, sin embargo de ser todos atendibles.

Entonces, los que á toda costa querían libertar á Moncada, compraron tres hombres de armas del castillo de Rosanes, uno de los cuales había antes ser-

vido bajo las banderas de D. Ramón, y pudieron fácilmente por este medio llegar á su prisión, derribando la ventana que les fué indicada y por la cual recobró su libertad el Senescal.

Al verse libre y fuera del poder de sus enemigos, el de Moncada no pensó más que en los medios de llevar á cabo la venganza proyectada contra el arzobispo de Tarragona. y convínose con el almirante Galcerán de Pinós, Ponce, vizconde de Cabrera, y Pedro Alemán, para el modo como podía y debía llevarla á cabo.

En esto, llegó á oídos del conde de Barcelona la trama que contra el arzobispo D. Berenguer combinaban el de Moncada y sus deudos.

Con objeto pues de evitar una escena sangrienta que llenase de luto á los Castellvines y empañase el esplendor de los

Moncada, dispuso enviar al arzobispo á Roma por su embajador cerca del Santo Padre.

D. Berenguer de Vilademuls aceptó la comisión y partió para Roma, pero había apenas salido de Barcelona y atravesaba el llano de Matabous, cuando presentándose de improviso varios caballeros, pusieron en fuga á la escolta, y apoderándose del arzobispo subiéronle al castillo de Moncada, y le hicieron comparecer ante un tribunal formado de D. Ramón de Moncada, Galcerán de Pinós, Ponce, vizconde de Cabrera, Pedro Alemán de Cervelló y Guillén de Anglesola.

—Nunca un Moncada ha faltado á su juramento, Don Arzobispo, le dijo el Senescal en cuanto le vió; se ha seguido con vos el proceder que conmigo usasteis, sólo que al llegar al castillo de Ro-

sanes encontré yo un cepo, y vos halláis aquí un tribunal dispuesto á juzgaros.

—No reconozco tribunal que pueda juzgarme más que el de mi señor el conde de Barcelona, contestó el arzobispo.

—Yo no soy conde de Barcelona, arzobispo, dijo entonces temerariamente el de Moncada, porque no quise; pero soy más que él porque mi nobleza es más antigua y valedera que la suya.

Entonces, en el vasto salón de armas, cobijados por las primeras é inciertas sombras de la noche, que á toda prisa acudieron cual si quisieran cubrir con su manto la escena que iba á pasar; entonces, digo, aquellos hombres cuyas varoniles frentes ceñían todas la corona de la gloria, recapitularon las ofensas hechas al de Moncada por el arzobispo, y por voto unánime lo sentenciaron á muerte.

Pasada una hora, la sentencia estaba cumplida, y acaso también con el vespertino crepúsculo, envuelto en los oleajes de su índiga luz, oculta la frente con su flotante manto, abandonaba las torres de Moncada el ángel protector de la familia.

Pocos días después, huyendo la justa cólera del conde de Barcelona, pasaba D. Ramón de Moncada á Aragón, en donde permaneció hasta que, por causas y sucesos posteriores, volvió á conquistar la gracia y afecto de su señor.

No sólo éste le devolvió entonces sus feudos y castillos, sino que le alcanzó el perdón del Santo Padre, que en penitencia le mandó fundar y dotar el famoso monasterio de Santas Cruces, ó sea de Santas Creus, como le llamamos nosotros.

DÉCIMA CARTA

PALABRA DE ALMOGAVAR

Sería no acabar nunca, ó, por lo menos, prolongaría mis cartas más de lo debido, si quisiera narrar á Usted todo lo que de consejas, de historias, de tradiciones y de leyendas se cuenta con referencia á la casa y castillo de Moncada. No puedo ni debo hacerlo; sería abusar de su bondad para conmigo, y no me perdonaría nunca, por otra parte, el castigo dado á su cariñosa atención y el tormento impuesto á sus bellos ojos obligándoles á descifrar esta mi mala letra, que fué siempre mala, pero que hoy lo es rematadamente, desde que mis años

y mis nervios se han ido solevantando á causa de crecer los unos y enfuriarse los otros con tanta contrariedad y tanta maleza y tártago como nos vemos precisados á soportar los que vivimos en la incesante lucha del anfiteatro, lucha para la cual yo confieso que me hallara ya sin ánimos, á no contar con alguna consideración y algún cariño de aquellas personas que como Usted, señora, me honran con su amistad y me alientan con su afecto.

Decía, pues, que voy á dar ya por terminadas mis cartas y con ellas la historia y la leyenda de esa nobilísima familia que vino por la sucesión de los tiempos á enlazar con las no menos altas y no menos ilustres que Usted representa, juntándose tantas casas y tantos títulos como para rodear á Usted de un nimbo de luz y encerrarla en un casalicio de glo-

ria, viniendo á ser hoy Usted, como hija adoptiva de nuestra excelsa Barcelona, lazo de unión y ángel de paz entre Cataluña y Castilla, por lo que de aquélla guarda con sus títulos de Moncada y de Cardona, y por lo que de ésta tiene con sus timbres de Medinaceli y de Tarifa.

No he de terminar, empero, sin narrar á Usted la última leyenda, que cerrará mi última carta.

Y es curiosa leyenda por cierto.

La recordé en mi visita á las ruinas de Poblet, el Escorial catalán, cuando me enseñaron el sepulcro donde yace el D. Hugo Guillén de Moncada, que es personaje principal en la historia que voy á referir.

El hecho debió ocurrir en una fría noche de Noviembre de 1268, á corta distancia de Santa Coloma de Gramanet y

en un sendero que bajaba al río Besós desde el castillo de Moncada.

Un hombre envuelto en una manta pardusca, según usaban los almogavares, se hallaba sentado en el suelo con la cabeza apoyada en un árbol. Hubiérase dicho que dormía. Nada de esto sin embargo. No dormía; escuchaba.

Cualquiera que hubiese podido observarle á través de la oscuridad que reinaba, hubiérale visto de pronto incorporarse bruscamente, avanzar la cabeza en ademán de interrogar los ruidos de la noche, buscando entre todos uno que le fuese familiar, y después, como si este examen no le hubiese dado el resultado que esperaba, bajarse hasta tenderse en tierra y aplicar á ella el oído, permaneciendo así más de un minuto inmóvil, á manera de estatua yacente.

Al cabo de este tiempo se levantó sa-

tisfecho, y abandonando el árbol junto al cual había hasta entonces permanecido, fué á situarse en mitad del camino.

Unos minutos después un ruido comenzó á dominar los rumores de la noche. Era el trote de un caballo. Acercándose fué poco á poco hacia el sitio donde estaba nuestro hombre misterioso, y bien pronto vió éste surgir de entre las sombras la silueta de un jinete. Sin duda el que avanzaba vió también, á favor de la escasa claridad de las estrellas, dibujarse una sombra en mitad del camino, pues que inclinándose sobre el cuello del caballo, gritó con voz ronca y varonil:

—¿Quién anda ahí?

—Un hombre que desea hablaros,— contestó el de la manta.

El jinete tiró de la rienda y detuvo su caballo; pero al propio tiempo que se inclinaba de nuevo, como para descu-

brir mejor al que acababa de hablar, su mano derecha buscaba, bajo la pellica en que iba envuelto, el puño de la daga, compañera inseparable entonces de los caballeros, daga pequeña y de agudísima punta que servía de arma arrojadiza á quienes, como el jinete de que hablamos, sabían dispararla con certero tino y á gran distancia. Quizá el de la manta se apercibió de este manejo, pues hizo un movimiento como para adelantarse, deteniéndole sólo la voz del jinete.

—Di cuanto quieras sin avanzar un paso, ó te arrojo mi daga; y por la sangre de Cristo Nuestro Señor, que no erraré de una pulgada tu corazón.

El desconocido, que había dejado caer el embozo de su manta, se cruzó de brazos, y dijo, mientras una sonrisa indefinible asomaba en sus labios:

—¿D. Hugo de Moncada tiene miedo?

—¡Villano!—gritó el jinete.—¿Cuándo has visto ó has oído decir que hubiese temblado un Moncada? Te perdono tu insolencia en gracia de que me digas pronto lo que de mí deseas: pero antes de todo, comienza por decirme tu nombre ya que sabes el mío. ¿Quien eres?

—Soy Farech el almogavar.

—¿Y qué es lo que quiere Farech el almogavar á Hugo de Moncada?

—Una sola cosa... Su vida.

D. Hugo se irguió sobre la silla de su caballo, y sus ojos centellearon en la oscuridad.

—¿Mi vida dijiste, perro almogavar...? ¡Mi vida! ¿Y para qué necesita mi vida un miserable como tú?

—Porque la palabra de un villano vale la de un caballero, y prometí mataros.

—¿Y á qué perro judío ó moro has prometido la vida de un Moncada?

—Al vizconde de Rosanes.

Al oir Moncada el nombre de su enemigo capital y encarnizado, lo comprendió todo. El hombre que tenía delante era uno de esos, nacidos en la hez del populacho, que en aquella época alquilaban su brazo y su puñal á los caballeros para desembarazarles de cualquier enemigo demasiado poderoso ó demasiado temible para atreverse con él ellos mismos: así es que, en cuanto D. Hugo oyó el nombre de su enemigo, instantáneamente, con la rapidez del rayo, desenvainó su daga y la arrojó con ímpetu al almogavar, clavando al mismo tiempo, con furia, el aguijón en los ijares de su caballo para hacerle saltar por sobre el cuerpo del asesino.

La daga partió, en efecto, disparada por la mano de D. Hugo, pero fué á clavarse en el árbol en que antes se apoya-

ra Farech; el caballo saltó, en efecto, por encima de un cuerpo, pero no de un cadáver.

También el almogavar lo había comprendido todo á su vez, y con la misma presteza que en la acción puso D. Hugo, se tiró al suelo para evitar la daga y dejar pasar el caballo, que, á mantenerse en pie, le hubiera derribado de seguro. Fué, sin embargo, tan instántaneo el saltar D. Hugo por encima de su cuerpo, como el ponerse de pie el almogavar, emprender tras del caballo, montar en grupa de un bote, y ceñir al jinete con una de aquellas correas de que iban siempre provistos los almogavares para sujetar sus azconas ó aprisionar á sus enemigos, teniendo algunos de ellos la habilidad, y Farech era de este número, de arrojarlas como un lazo.

Cuando D. Hugo quiso hacer un mo-

vimiento de resistencia, estaba ya atado.

El almogavar paró el caballo, apeóse, levantó á D. Hugo de la silla con la misma facilidad que lo hubiera hecho con un saco de pluma, y lo depositó en el suelo.

El asombro por un lado, y por otro la rapidez de la ejecución, habían paralizado la lengua del caballero.

—D. Hugo, os dije que los villanos al dar una palabra saben cumplirla. Sois mío ya. Rezad vuestras oraciones y poneos bien con Dios. Vais á morir.

No le espantaba la muerte al de Moncada. La había visto muy á menudo y muy de cerca en los campos de batalla. Una idea cruzó, sin embargo, como un rayo por su mente, y mirando cara á cara al almogavar,

—Farech,—le dijo,—¿cuánto te dieron por mi vida?

—Me han llenado de morabetines el casco [1].

—!Torpe! Te lo hubieran llenado cinco veces lo menos, si hubieses sabido hacerte valer. Yo te lo llenaré estas cinco veces como me salves la vida.

—No puede ser, D. Hugo. Dí mi palabra, y me han pagado anticipadamente.

—Te lo llenaré seis, diez veces.

—Aunque fuesen ciento; aunque me dieseis, construído de oro macizo, el castillo de vuestro hermano el Senescal que asoma allí arriba.

D. Hugo comprendió que no había dado con un asesino vulgar, y se dispuso á morir.

La frente del almogavar se había, sin embargo, nublado. El caballero siguió en los ademanes de Farech la impresión de sus sentimientos, y esperó.

(1) Cada morabetin equivalía á unos cuatro reales.

—No,—dijo al cabo de un instante el almogavar:—no puedo dejar de mataros porque sería deshonrarme. He recibido la paga, y he dado mi palabra; pero puedo hacer otra cosa.

—¿Cuál?

—Matar al vizconde de Rosanes luego de haberos matado á vos.

Un rayo de gozo iluminó el semblante de D. Hugo. El placer de la venganza le hacía grata su misma muerte. Los hombres de aquel siglo eran de este temple.

—Que me place,—dijo.—Hubiera querido, bien lo sabe Dios, matarle por mi propia mano y en singular combate; pero ya que esto no puede ser, acepto tu oferta. Te llenaré cinco veces tu casco de morabetines.

—No sería justo tampoco, y me deshonraría también,—contestó con cierto tono de hidalguía el almogavar, que por

lo visto entendía el honor á su manera.
—Os cobraré sencillamente por su vida lo que me dió por la vuestra; y sale ganando, que no vale lo que vos. ¿Os acomoda el precio?

—Me acomoda. Falta ahora arreglar las condiciones del contrato.

—Son muy sencillas. Vais á darme vuestra palabra de honor de volver á este sitio dentro de dos horas, solo y sin armas. En seguida os soltaré la correa, montaréis en vuestro caballo, os llegaréis al castillo del barón vuestro hermano, y volveréis con el precio convenido. En cambio, yo os daré á mi vez la palabra de que antes de tres días habrá muerto el vizconde de Rosanes.

—¿Puedo estar seguro de que cumplirás tu palabra?

—Como yo lo estoy de que vos, don Hugo, cumpliréis la vuestra, volviendo

á este sitio dentro de dos horas, solo y sin armas.

—Mi palabra tienes, almogavar. Desata la correa.

—Y vos tenéis la mía, D. Hugo. Id en paz.

Farech aflojó la hebilla de la correa que sujetaba al caballero, y ya ni uno ni otro se dijeron más palabra.

Extraño contrato, ¿no es verdad?

Y sin embargo uno y otro de los contrayentes lo cumplieron al pie de la letra.

Á las dos horas estaba de vuelta don Hugo con el precio estipulado: á los pocos instantes había dejado de existir, y tres días después de esta muerte, los servidores del vizconde de Rosanes, que tenía su castillo cerca de Martorell, viendo que su señor tardaba en volver de la caza á que partió muy de mañana, fueron á registrar el bosque y le hallaron baña-

do en sangre, cadáver al pie de un grupo de álamos. Junto á el recogieron una ensangrentada azcona de almogavar.

———

Y aquí doy fin, ilustre amiga, á estas cartas escritas al calor de la amistad, aunque al volar de la pluma. Podrán por deficientes no corresponder á su pensamiento creador, que nunca el éxito respondió al deseo y raras veces la realización á la voluntad; ni darán tal vez idea exacta de lo que fué aquella casa poderosa, que á tan alto hubo de llegar en Cataluña y en su historia. No las acepte pues, por lo que son y lo que valen: acéptelas, sí, tan sólo por estar encargadas de rendir tributo y homenaje á la

dama esclarecida, espejo de finas amistades, protectora insigne de las artes y las letras.

De todos modos, bastante fortuna tuvieron ya con llegar á sus manos y recoger sus miradas. Mayor no podían desearla.

LA CUNA DE CRISTÓBAL COLÓN

(Carta dirigida al Académico Excmo. Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.)

Casa Santa Teresa, 30 de Agosto de 1892.

No, ciertamente, mi ilustre amigo y compañero, no estoy todavía convencido. Es realmente curioso, interesante, y merece todo pláceme el libro recientemente publicado por el Sr. D. Francisco R. de Uhagón con el título de *La Patria de Colón según los documentos de las Órdenes militares;* pero no ha llegado á convencerme hasta el punto de que pueda decir con su distinguido autor: «La materia está agotada, el problema histórico resuelto, y no debe discutirse más en este asunto».

Creo, por el contrario, que aún se dis-

cutirá por largo tiempo y que todavía hay tela que cortar.

El Sr. Uhagón con celo muy digno de aplauso y movido por la fe con que siguen y persiguen el estudio los que en él la tienen, quiso examinar los archivos de las *Órdenes militares* para saber si allí existía por acaso algún documento que de manera terminante resolviese el enigma de la cuna de Cristóbal Colón, hasta hoy incierta.

Y bien le avino en ello. Diéronle fruto sus pesquisas, y en el Códice que es *índice de los caballeros que han vestido el hábito de Santiago, con sus genealogías correspondientes*, encontró la de D. Diego Colón, nieto del descubridor inmortal, con el proceso de información que hubo de abrirse para su toma de hábito.

De este proceso resultan tres declaraciones.

De la prestada por Pedro de Arana es inútil hablar, pues sólo afirma haber *oído decir* que Cristóbal Colón era genovés, *pero que no sabe dondes natural.*

Más explícita la del licenciado Rodrigo Barreda dice, pero también sólo por *haberlo oído decir*, que D. Cristóbal Colón era de la *señoría de Génova, de la cibdad de Saona*.

La de Diego Méndez, compañero que fué de navegación del gran Almirante, es la única á que se puede dar cierta importancia. El testigo depone: que Don Cristóbal Colón *era natural de la Saona que es una villa cerca de Génova*.

Pero esta afirmación sin probanza alguna, y sin más que la fe que pueda concederse á la palabra honrada del testigo, tiene la fuerza misma que pudiera darse á otros, también conocidos y compañeros de Colón, quienes, según cuenta y

escribe Fernando Colón, el propio hijo del Almirante, decían, unos «que era de Nervi, otros de Cugureo, otros de Buggiasco, otros, que querían exaltarle más, decían que era de Saona, otros genovés, y algunos también lo hacían natural de Plasencia».

Hay que dar á éstos, por lo menos, el crédito mismo que pueda darse á Diego Méndez.

¿Y cómo, cómo puede darse más fe á la palabra de Diego Méndez que á la del mismísimo Cristóbal Colón, cuando dice de manera que debieran terminarse todas las dudas: «Siendo yo nacido en Génova, vine á servir aquí en Castilla...» «De Génova, noble ciudad y poderosa por mar... de ella salí y en ella nací»?

La declaración no puede ser más terminante, ni puede ser más autorizado quien lo dice.

¿Cómo, pues, se ha de dar más crédito á la palabra de un simple marinero diciendo haber nacido Cristóbal Colón en Saona, que á la del mismo Almirante consignando en un documento célebre que nació en la ciudad de Génova?

Y sin embargo, cuando se duda de lo dicho por el propio Almirante, ¿se quiere dar más fe á lo que dice otro en cosa tan propia de aquél y no de éste?

Porque de lo dicho por el Almirante, mi querido amigo D. Juan, bien sabe Usted que se duda, y que hasta el ánimo más sereno y convencido tiene motivos para dudar ante la balumba de pruebas y documentos que surgen de todos lados. Lejos de resolver este problema histórico el libro citado, abre nueva discusión y nuevo debate.

No es de extrañar que el libro del señor Uhagón y los testimonios en él adu-

cidos nada vengan á resolver en definitiva. La cosa no está juzgada, ni mucho menos. Lo único que hasta hoy aparece más probable y resulta más evidente, es que Cristóbal Colón fué de nacionalidad genovesa y nació en territorio perteneciente á la señoría de Génova; pero lo positivo es que todos cuantos esfuerzos se hicieron, y no son pocos, para fijar definitivamente la patria de Colón y el lugar de su cuna, resultaron inútiles ó poco menos.

Reina en este punto un misterio profundísimo, como si Dios quisiera que fuese un arcano y quedase para siempre oculto entre sombras eternas el pueblo donde por primera vez vió la luz el llamado á descubrir un nuevo mundo: misterio al que no ha contribuído poco ciertamente el mismo Fernando Colón, hijo del gran revelador, dejando en completa

oscuridad los orígenes de su padre al escribir la vida de éste.

Paréceme, pues, que la publicación del libro que ha tenido V. la bond de enviarme, y á que me estoy refiriendo, ofrece ocasión para que algo se diga de tanto como se viene hablando y discurriendo respecto á la patria de Colón.

Es posible, ó por mejor decir, es seguro que nada nuevo pueda yo comunicar á quien, como V. tanto profundizó en estos y en otros estudios, demostrando en todos su competencia y maestría; pero creo que algo nuevo puede decirse, y decirse debe, por ser propio el lugar, en este pobre y modesto libro consagrado á conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América.

Y decirse debe también desde el momento que con gran alteza de miras se ocupó de este asunto en las páginas del

Boletín de nuestra Academia de la Historia, el Sr. Barón de Mora, reclamando para Cristóbal Colón la nacionalidad española. Me parece que el Sr. Barón de Mora es el primero, acaso el único hasta ahora, qne ha llamado la atención sobre este punto concreto. Y por aventurada que sea la tesis, y lo es, hay que hacerse cargo.

Muchas son las poblaciones que reclaman el honor de ser cuna de Colón.

Es la primera, y marcha á la cabeza de todas, la ciudad de Génova, y tres son con ella las ciudades en Italia donde existen casas que ostentan en su fachada mármoles y bronces con inscripciones trazadas para decir al mundo que allí nació Cristóbal Colón.

Génova lo reclama, si no precisamente para su capital, para su territorio al menos; y hasta el presente, forzoso es con-

fesarlo, se lleva la palma, habiendo conseguido imponerse y fundar escuela, ya que el mundo todo habla siempre del ilustre *genovés*, reconociéndolo como oriundo de Génova, fiado en lo que, bajo los auspicios de aquella ciudad y república, se ha escrito con menor ó mayor documentación, y tomando por base siempre las mismas palabras de Cristóbal Colón en su testamento, cuando dice: *siendo yo nacido en Génova*. Pero aun esto, que parece terminante, y que yo me inclino á creer que así es; aun esto se ve combatido por tan firme y sólida argumentación á veces, que hace nacer la duda en el ánimo de convicción más arraigada.

Entre los historiadores que sostienen y afirman el nacimiento de Colón en Génova, se hallan Giustiniani, Caffaro, Cassoni, Spotorno, Peragallo, Harrisse,

Barros, Muñoz, Lafuente, Asensio, Roselly de Lorgues y Fernández Duro, debiendo decir que son muchísimos, infinitos, los que le consideran como genovés entendiendo ser nacido, si no en la ciudad, en algún punto del territorio ó señoría de Génova; y dan fuerza á esta opinión, no sólo las palabras citadas del propio Almirante, sino las que se leen en una cláusula del testamento de D. Fernando Colón: *hijo de D. Cristóbal Colón, genovés*.

Génova, como ciudad, insiste en reclamar el privilegio de ser cuna de Colón. No ha conseguido dejar señalado el sitio y casa en que nació; pero su municipio compró en 1887, por la suma de 31.500 pesetas, una casa en la que se supone que el gran Almirante pasó su infancia y juventud hasta la edad de 14 años.

En Cogoleto, que otros llaman Cugu-

reo, existe una humilde casita sobre cuya puerta aparece el escudo de armas del primer Virrey de las Indias, y á su pie se lee:

¡Hospes, siste gradum! Fuit hic lux prima Columbo
Orbe viro majori hæ nimis arcta domus.

«¡Extranjero, detente! Aquí vió Colón la luz primera.
»El mayor varón del orbe vivió en la estrechez de esta casa».

Felice Isnardi y Lorenzo Gambara son los dos escritores que sostienen, pero con poco éxito, el nacimiento de Colón en Cogoleto.

Ya son más los historiadores que mantienen ser Saona la patria del Almirante, y á ellos vino hoy á unirse el Sr. Uhagón, antes citado, aduciendo el documento que encontró en el archivo de nuestras órdenes militares.

Saona alega como principal argumento, el de haber dado el Almirante nombre

de Saona á una de las islas por él descubiertas, lo cual se supone que hizo en recuerdo de su patria.

No es, pues, de extrañar que haya en Saona una casa encima de cuya puerta se lee:

Lunghi anni
Meditando
L' ardito concetto
In questa casa
Già posseduta da Domenico Colombo
Abitò l' immortale scopritor dell' America
Che
Fra i perigli della gloriosa impresa
A ricordo della Patria
Impose il nome di Saona
Ad un' insola dell' Atlantico

«Largos años—meditando—su atrevida concepción—en esta casa—ya de antes poseída por Domingo Colombo—habitó el inmortal descubridor de la América—que—en medio de los grande peligros de su gloriosa empresa—en recuer-

do de la patria—dió el nombre de Saona —á una isla del Atlántico.»

Otras muchas poblaciones, fundándose en mejores ó peores datos, reclaman también la misma gloria. Son Plasencia, que tiene en su apoyo á Campi, Tiraboschi y César Cantú: Cuccaro, una de las que cuenta con más escritores en su abono, descollando entre ellos Carlos Dedina, Hipólito Donesmondi, Malabaila, Donato, y Cancellieri: y por fin Buggiasco ó Bogliasco, Nervi, Prudello, Oneglia, Finale, Quinto, Palestrella, Albizoli ó Albizola, y Cosseria, todas las cuales alegan sus razones, citas y argumentos en demostración de su empeño.

No ha faltado tampoco quien haya sostenido que Cristóbal Colón fué griego y no italiano, y también, últimamente, se ha presentado Córcega á demandar para su ciudad de Calvi el timbre por tantas

otras ambicionado, y esta vez, fuerza es decirlo, ccn gran copia de noticias, datos, referencias y documentos que, sin llevar total convicción al ánimo, lo ponen por lo menos en alarma y duda, especialmente si se recuerdan los dos primeros capítulos de la *Historia de Cristóbal Colón*, escrita por su propio hijo D. Fernando.

En estos capítulos, Fernando Colón habla de la patria, del origen y del nombre del Almirante y de sus padres, pero todo lo deja en tinieblas y misterio. Alguna vez parece que quiere levantar la punta del velo, y entonces casi viene á deducirse de su escrito que su padre *no fué genovés*.

He aquí al pie de la letra el párrafo, que da mucho que pensar por lo tocante á este punto:

«De modo que cuando fué su persona

á propósito, y adornada de todo aquello que convenía para tan gran hecho, *tanto menos conocido y cierto quiso que fuese su origen y patria*, y casi algunos *que en cierta manera quisieron obscurecer su fama*, dicen que fué de Nervi, otros de Cugureo, otros de Buggiasco, lugarcillos cerca de Génova y situados en su ribera: otros que quieren exaltarle más, dicen es de Saona, y *otros, genovés*, y algunos también, saltando más sobre el viento, lo hacen natural de Plasencia.»

Fernando Colón termina sin declarar nos en dónde nació su padre. Añade que *otros lo hacían genovés*, con lo cual hasta parece dudarlo. De todos modos, por estas y otras palabras suyas, deja entre nubes el origen y la patria de su padre, como si no supiera de ello, ó como si, sabiéndolo, le pluguiese contribuir por su parte á mantener el misterio.

Calvi, en Córcega, es la que hoy se presenta en decisión, con bríos, con entusiasmo, resuelta, y no ciertamente sin documentación, á pedir el título honroso de cuna del gran navegante, y se dispone á celebrar solemnes y estruendosas fiestas con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, continuación de las que con grandiosidad y esplendidez celebró ya en 1886 al colocar *urbs et orbi* en su calle del Filo la lápida que así dice:

Ici est ne en 1441
CHRISTOPHE COLOMB
Immortalisé par la découverte du Nouveau-Monde
Alors que Calvi était sous la domination Génoise.
Mort à Valladolid, le 20 *mai* 1506.

Si llegase á tener razón esta lápida, y con ella los documentos que se van allegando, resultaría que España por un lado y Francia por otro podrían reclamar

como suyo, hasta cierto punto, á Cristóbal Colón. España pudiera hacerlo con más motivo todavía por los derechos y posesión que entonces tenían en Córcega los estados aragoneses, ya que allí tremolaba la bandera de las Rojas Barras cuando hubo de ocurrir el nacimiento de Colón, y Francia por ser hoy aquellas tierras posesiones suyas; viniendo entonces á resultar que *el marino genovés* sería *el marino corso,* compatricio de Paoli y de Napoleón Bonaparte, quienes, por otro lado, como luego diré á V., tenían la cosa como cierta y positiva, no abrigando duda alguna respecto al origen del gran Almirante.

Córcega ha tenido nobles hijos, buenos patricios y defensores ilustres que se apiñaron en haz romana para demostrar y pedir, y hasta para exigir, que se reconozca á Calvi como patria de Colón.

El capellán Martín Casanova es quien tal vez más hizo y con más empeño trabajó en favor de esta idea, recogiendo cuanto antes que él se dijo sobre este asunto, y solicitando el patrocinio y el concurso de todos, desde la cabeza de la Iglesia hasta el más humilde ciudadano. De su celo y patriotismo, de su empeño en investigar é inquirir, de su porfía en la labor y de su constancia en la propagación de la idea, son testimonio vivo sus escritos, y singularmente, en sus varias ediciones, su libro *La verité sur la patrie et l'origine de Christophe Colomb*. El capellán Casanova se dirige á los periodistas, á los literatos, á los historiadores, á los príncipes de la Iglesia, á los ministros, á los embajadores, á los jefes de Estado, á las testas coronadas, al Sumo Pontífice, á cuanto primate existe, removiendo cielo y tierra,

para que todos griten á una, y de todas partes suene: *Colombus natus Calvi:* Colón es nacido en Calvi.

Los testimonios de tradición que invoca, las noticias que comunica, los datos que aporta, las razones que aduce, las pesquisas á que se entrega, el talento y habilidad con que desarrolla su tesis y la sostiene, van allegándole poderosos partidarios.

El arzobispo de Burdeos, cardenal Donnet dice que, «pasados tantos años de pesquisas inútiles para descubrir la cuna del más cristiano de los navegantes, ningunas más decisivas que las verificadas por el capellán Casanova, por resultar de ellas que no es Génova sino Calvi, la patria de Cristóbal Colón».

El obispo de Ajaccio escribe:

«El tiempo ha consagrado la usurpación irreparable de Americo Vespucci

dando su nombre al Nuevo Mundo, pero no es de esperar que consagre la de Génova arrebatando á Córcega la gloria de haber sido cuna de Cristóbal Colón, genovés si se quiere, pero nacido en Calvi.»

Manovel y Prida, profesor de teología en nuestra Salamanca, manifiesta, en carta dirigida á Martín Casanova, que con la lectura de su obra adquirió la convicción moral de que Colón tuvo su cuna en la ciudad de Calvi.

El mismo Sr. duque de Veragua, descendiente del revelador del Nuevo Mundo, habla del trabajo realizado por el capellán Casanova, y lo hace en estos términos, que demuestran su discreción y tacto, dada su personalidad y especial situación en este asunto:

«El Sr. Casanova merece sinceros elogios por el cuidado minucioso con que busca argumentos en favor de sù tesis,

y si no prueba con documentos irrefutables que el descubridor del Nuevo Mundo nació en Calvi, invoca testimonios de tradición verdaderamente importantes. —El asunto es digno de ser estudiado con verdadera atención, y en el alma deseo estar al corriente de esas investigaciones que, no lo dudo, han de preocupar á los críticos y á los historiadores contemporáneos.»

El obispo de Niza Mateo Víctor, el que fué embajador de Francia en Madrid Mr. Laboulaye, el canciller de la embajada francesa en Lisboa Mr. Peretti, S. de la Nicolliere Teijeiro archivero de Nantes, el R. P. Mas dominico, el académico M. P. P. Castelli, el profesor Hortensio Savelli, que dió sobre este tema una conferencia en París, M. Giubega en sus Cartas históricas, el consejero M. de Figarelli, los poetas

Alejandro Franceschi, Viggiano della Roca, Paroli de Calenzana, Peretti, Fioravanti, Acquaviva, Lavini, Peloux, Tonelli, Bartoli, Briset y muchos otros, han reconocido en sus obras que á Córcega, y á Calvi en ella, pertenece la gloria de haber visto nacer á Cristóbal Colón.

En Francia son muchos los periódicos que aceptaron sin vacilar esta opinión, mantenida, sin admitir ningún género de dudas, por la *Revista de París y por la Enciclopedia del siglo* XIX.

También hay en España algún periódico que ha sostenido esta idea, y paréceme recordar que han sido partidarios de ella el *Suplemento* de Barcelona y el *Diario* de Cádiz; pero de quien debe hacerse en este punto mención especial, es del patricio aragonés, senador del reino, Sr. D. Luis Franco y López, barón de

Mora, que ha sido quizá entre nosotros el primero en admitir las conclusiones del capellán Casanova y en darlas á conocer, aunque reclamando la gloria para la patria española, en la Memoria que el año 1886 dirigió á nuestra Real Academia de la Historia con el título de *Cristóbal Colón español, como nacido en territorio perteneciente al reyno de Aragón*, y que, por acuerdo de la Academia, se publicó en su *Boletín*, número correspondiente á Octubre del año citado.

Aun antes que Casanova sin embargo, y antes que los escritores citados, otros sostuvieron con aplauso y con éxito la tesis de que Cristóbal Colón era corso. En ellos precisamente ha ido á buscar el capellán Casanova algunas de sus más interesantes noticias.

Existe una poesía latina, ciertamente notable, que no ha faltado quien atribu-

yera intencionadamente al propio Colón. Está escrita á usanza de aquellas célebres *Heroídas* de Ovidio, tan conocidas y estimadas entre los amadores de las letras clásicas. Se titula *Christophorus Columbus ad Corsicam:* Cristóbal Colón á Córcega.

Comienza así:

Corsica non solum, ser cor et sica vocaris
Cum te membratim, Corsica, considero...

Es decir: «Oh Córcega, tu solo nombre no es *Córsica*, ya que, dividiéndolo, se encuentra en él *cor* y *sica,* corazón y puñal...»

El gran Almirante del Océano se declara en esta composición hijo de Córcega, y por consiguiente de Calvi, lamentándose de ser víctima de Génova.

«Oh Córcega, exclama, por haberme visto tú nacer, es por lo que Génova,

mi fiera madrastra, origen de mis males, ha sido para mí un puñal. ¡Oh riberas de Cessia, oh Calvi, mi única delicia, cómo me entristece tu recuerdo en medio de mis amarguras!»

O Littus Cœsiœ, Calvi, mea sola voluptas,
Nunc quia torquemur mœsta recordatio!

Refiere luego cómo fué á Génova y cómo se dirigió entonces al Senado y á los sabios para proponerles su proyecto, y pedirles auxilios con que realizar el descubrimiento de un Nuevo Mundo. «En vano, dice, desarrollé mi plan ante los Padres Conscriptos de Génova. De todos lados partieron voces desdeñosas murmurando:—Sería de ver que fuese de Córcega de donde nos llegase un profeta!»

La composición prosigue explicando cómo el autor pasó á Lisboa, donde

fué rechazado lo mismo que en Génova, y luego á Madrid (?) donde reinaba Fernando, quien le otorgó cuanto pedía.

«Pero, ¿de qué me sirvió, exclama, el haber ido á provocar los enojos y furores del Océano, exponiéndome á ser devorado por sus monstruos? ¿De qué el haber recibido en Barcelona el título de Virrey y el de Gran Almirante de la Hesperia?

Ad quid ego pro-rex sum Barcinoni creatus?
Ad quid Amiralius magnus ed Hesperiae?

La poesía termina con estos versos:

Corsica, Cor, sicam nostris oppone tyrannis:
Hanc mihi vindictam, si dabis, ultus ero!

Á saber: «Oh Córcega, si opones tu corazón y tu puñal á nuestros tiranos, seré vengado.»

Por supuesto que esta composición

poética no es, ni puede ser de Cristóbal Colón, como se ha supuesto. Basta leerla para convencerse de que fué escrita mucho tiempo después de la muerte del Almirante. Si no existiese otra razón para demostrarlo, y su simple lectura ofrece muchas, la cita de Madrid es suficiente. Los indicios son de que esta poesía debió escribirse á últimos del siglo XVI por lo menos, y aun quizá con más probabilidad en el siglo XVII. El poeta anónimo que la compuso, hubo de hacerlo para apoyar la tradición que supone natural de Córcega al Almirante, y también movido por odios á Génova.

De la misma época próximamente es el autor anónimo de otra poesía, que merece citarse. Dirígese el poeta á Córcega, llamada Cyrno por los griegos:

Madre, ò Còrsica, sei di grande Eroi;
Ma infelice fur sempre i figli tuoi.

Ecco quello ch' uscio di Cesia, et l'ali
Ratto spiegó verso nascostes arene,
E non ebbe ne avrá quaggiuso eguali,
Ei ch' il mondo addoppiato in pugno tiene,
Aver per guiderdon tremendi mali,
E le braccia ravvolte in rie catene;
Ma l' alta gloria di quel Porta-Cristo
Ti resta, ò Cyrno, pel mondiale acquisto.

«Madre eres, oh Córcega, de grandes héroes; pero siempre fueron desgraciados tus hijos. Mira al que salió de Cesia y tendió sus alas hacia desconocidas arenas, aquel que no tendrá nunca quien le iguale y que tiene en su puño el mundo descubierto, como solamente obtuvo por galardón grandes desventuras y vió sus brazos cargados de cadenas. Sin embargo, oh Cyrno, tuya será siempre la gloria de aquel Porta-Cristo descubridor de un mundo.»

Cesia es el antiguo nombre de Calvi, *Littus Cœsiæ;* Cyrnos, ó mejor Cirno, el nombre poético que los heroicos descen-

dientes de Temístocles dieron á la isla de Córcega; y Porta-Cristo es el de Cristóbal Colón según él lo escribía, *Christum Ferens*, de Cristóbal, portador de Cristo.

Otro poeta del siglo XVII, Simón Fabiani, posterior al que de citar se acaba, tiene también una composición dirigida á Balagna, que así se apellida la comarca de que Calvi es cabeza, y dice en ella:

O fortunata terra
Della nostra Balagna
Di monti coronata e che il mar bagna,
Quante memorie serra
Il tuo grembo gentil! Da te partia
L' imtrepido nocchier che un mondo apria.

«¡Oh tierra afortunada de nuestra Balagna, coronada de montes y bañada por el mar, cuántas memorias guarda tu gentil seno! De ti partió el intrépido

nauta que abrió las puertas de un mundo.»

No estará de más advertir que Simón Fabiani, autor de estos versos, debe ser aquel general que durante el primer tercio del siglo XVII peleó contra Génova, sosteniendo la causa de la independencia de Córcega.

Alejandro Franceschi, poeta de últimos del siglo pasado, es autor de otros versos dirigidos á Colón:

Cerchiato tu di bronzo il forte petto,
corresti ignoti mari, e coronato
fu, contra ogni speranza, il gran progetto.
Cirno ti segue con il cor di madre
e inflora di tua gloria il suo bel crine.

«Cercado el pecho por la coraza, fuiste á cruzar mares ignotos, y coronado fué por el éxito, contra lo que todos esperaban, tu gran proyecto. Cirno te sigue con su corazón de madre y con los rayos de tu gloria adorna su frente.»

Y por este estilo otros varios poetas de los siglos XVI, XVII y XVIII, sin contar algunos de este nuestro siglo, loan y y ensalzan á Colón como hijo de Córcega. No puede negarse, ¿verdad, mi querido amigo y compañero?, no puede negarse, me parece, que estas poesías son, por lo menos, testimonio de que procede de lejos la tradición, llámesela también leyenda si se quiere, que señala la ciudad de Calvi como patria y como cuna del inmortal navegante. Para algo, pues, sirven los poetas.

Y en pos de los poetas vienen los sabios.

He aquí un párrafo del alemán Fernando Gregorovius en su *Córsica:*

«Génova y Calvi están en desacuerdo. Los de Calvi sostienen que Cristóbal Colón nació en su seno de una familia genovesa allí ha tiempo establecida, sus-

citándose con este motivo una empeñada contienda, que recuerda el antiguo debate entre las siete villas de Grecia, atribuyéndose el honor de haber sido cuna de Homero. Se supone que Génova se apoderó del archivo de la familia Colón y que mudó el nombre de la *Vía Colombo* de dicha ciudad por el de *Vía del Filo.* Parece además que los calvenses fueron los primeros corsos que pasaron á América, y que todavía existen en Calvi varios que llevan el nombre de Colombo. Los escritores corsos consideran como su compatriota al gran navegante, y durante su permanencia en la isla de Elba, el mismo Napoleón dió órdenes para que se hicieran investigaciones con este motivo... El mundo tendría motivos de estar celoso si la suerte hubiese hecho nacer también en ese pequeño país de Córcega al Almirante del Océano, hombre extra-

ordinario, más grande que Napoleón.»

Y en efecto, parece cierto que el emperador de los franceses hablaba del gran Almirante como de su compatricio. No abrigaba duda alguna acerca de su origen corso, y parece positivo que durante su breve destierro en Porto-Ferrajo, mandó reunir documentos y noticias para hacer publicar un libro en que constase todo lo referente á este punto. Los acontecimientos posteriores y la batalla de Waterlóo impidieron realizar la idea de Napoleón I.

El general Paoli, tan célebre en las crónicas, en los anales y también en las leyendas de Córcega, hablaba asimismo de Cristóbal Colón como de un compatriota. Cuando las grandes luchas con Génova, siempre que se veía obligado á sitiar á Calvi, ciudad y fortaleza donde se mantenían firmes los genoveses, Paoli

decía frecuentemente: *La culla di Colombo e dirazzata.* La cuna de Colón ha degenerado.

Este ilustre caudillo, orgullo de Córcega, mandó una vez construir un cañón, al que dió el nombre de *Colombo*. Iba siempre con él en sus campañas, y se complacía en ametrallar á las tropas genovesas con el propio cañón que llevaba el nombre de aquel varón ilustre á quien Génova rechazó al verle en el infortunio, apresurándose á proclamarle su hijo cuando le vió ensalzado, y arrebatando así este honor á Calvi, si es que la filiación resultara cierta.

Á mediados del siglo XVIII el cañón *Colombo*, de Paoli, llamaba á los corsos al combate y á la victoria contra Génova, y lo mismo hacía el clarín *Colombo*.

El historiador Arrighi escribe que los pastores de las montañas corsas usan un

cuerno marino, al que llaman *Colombo*, siendo el verdadero clarín de las milicias nacionales. Parece que este nombre es un bautizo patriótico. Se le dió en memoria del arriscado nauta, y recuerda la osadía del genio audaz y la firmeza en los peligros y más rudas pruebas de la vida. Por esto escogieron los montañeses corsos este nombre como apellido de gloria y señal y grito de guerra para convocar gente.

Las pacientes investigaciones que hice, amigo Rada, para desentrañar todo lo referente al asunto que nos ocupa, siguiendo el derrotero trazado por el capellán Casanova, y acudiendo á verificar sus datos y documentos, pero aportando por mi parte otros nuevos á este acervo común, me facilitaron deleitable ocasión de estudio, y con él y por él la de sabrosa y amena lectura, que es, en mi sen-

tir, uno de los mayores goces de la vida. Tuve así ocasión de ver que son muchos y muy importantes los fundamentos y recuerdos tradicionales que se reunen para afirmar la filiación de nuestro excelso marino como natural de Córcega.

No es que yo abrace esta opinión, mi querido amigo D. Juan, no por cierto. Hasta hoy todo induce á creer que el Almirante fué genovés, es decir, de territorio genovés; y acepto sin reparo esta opinión, que es la más lógica y documentada; pero me quedan mis escarabajeos de duda, y lo que me admira es que la moderna crítica histórica no haya profundizado más en este asunto de Calvi, que no debe ser tratado con desdén, ni mucho menos. Vale ciertamente la pena. Es de esperar, sin embargo, que así se haga ahora con motivo de los concursos y próximas fiestas del Centenario.

Me falta tiempo para recoger todos los datos que me ofrecieron el estudio y la lectura, y voy sólo á consignar con la mayor sobriedad las referencias necesarias.

Genouille, Giacobbi, Dengevelle, Hausaire, Savelli, Lefranc, Walhe, Galletti, Denis de Corte, Peretti y otros muchos, aseguran que Colón nació en Córcega.

De los *Anales franciscanos* del siglo XVI parece deducirse lo mismo, y con este motivo prolonga sus observaciones el capellán Casanova, en uno de los capítulos más interesantes de su libro. Esto asegura también Giubega, prefecto de Córcega, que en los registros de Calvi encontró pruebas de importancia, y lo mismo afirman escritores del siglo XVIII, fundándose en documentos que debían existir en dicha población antes que sus ar-

chivos fuesen destruídos por el bombardeo de Calvi, sitiada por los ingleses á fines del pasado siglo.

El príncipe Pedro Bonaparte dice que en Santo Domingo se encontró una piedra con una inscripción en español perteneciente á la época del descubrimiento de esta isla, cuando se apellidó *Isla Española*, y que en esta piedra se leía: *Maldito sea el corso que me trajo aquí.* Se supone que el autor de esta inscripción formaba parte de la escasa guarnición que el Almirante dejó en el fuerte de la *Española*, antes de su primer regreso á España. Esto revelaría que la nacionalidad del Almirante no era ningún secreto para alguno ó algunos de los que fueron á sus órdenes en la primera expedición.

También el comandante de la fortaleza de Calvi, á fines del siglo XVIII, que era suizo y se llamaba Simeón de Buoch-

berg, dejó un manuscrito en que se dan extensas noticias sobre Cristóbal Colón y su familia como nacidos en Calvi y habitantes en ella, lo cual prueba y demuestra con repetidos testimonios de tradición, viva efectivamente en Calvi, y refiriéndose á papeles que en aquella época existían aún en el archivo de la ciudad.

Arrigo Arrighi, historiador, y consejero del tribunal de Bastia, se ocupa largamente del asunto en su *Historia de Sampiero.* Tuvo este escritor á la vista los papeles del comandante Simeón, que fué miembro de su familia, y también los que dejó su abuelo Mateo Arrighi, y con referencia á ellos dice: «La partida de bautismo del gran navegante, cuya autenticidad es ya incontestable, prueba que nació en Calvi, de una familia corsa, cuando los presidios de esta

ciudad estaban sometidos á la dominación genovesa».

Esta partida de bautismo no parece existir hoy. Debió perderse en la ruina que sufrieron los archivos de Calvi con motivo de la guerra con los ingleses; pero se ve por las palabras antes citadas y por otras que pudieran citarse de varios historiadores, que el documento existió al parecer, y hasta hay quien asegura haberlo tenido en sus manos.

Son, pues, tantos y tales, y de tal entidad los testimonios, que hacen vacilar y perturban.

Por de pronto es positivo que en Calvi existe una tradición constantemente sostenida entre el pueblo desde el siglo XVI. Y no hay que desdeñar la tradición ni tratarla con ligereza, que ella es al fin y al cabo uno de los principales elementos de la historia. Es positivo

también que en Calvi hay una antiquísima calle que en sus principios, allá por el siglo XV, antes de existir Colón, se llamaba *Caruggio del Filo.* Tomó este nombre de los industriales, tejedores y cardadores de lana que en ella habitaban.

De aquí el nombre de *calle del Hilo,* y está perfectamente demostrado y probado que en ella hubo una casa perteneciente de padres á hijos á una familia llamada Colombo, como lo está también que desde principios del siglo XVI, y algunos años después de la muerte de Colón, esta calle tomó el nombre de *Caruggio Colombo,* que comenzó á darle el pueblo, en memoria del descubrimiento de América, realizado por un Colombo, hijo del Domingo Colombo, dueño de aquella casa.

«Esto, dice el notario Colonna-Cecal-

di en su acta levantada, está en la tradición, en los registros, en el plano de esta villa y en la carta de los ingenieros militares.»

En los antiguos registros de censo de Calvi se encuentran á cada paso nombres de Colombo, habitantes en dicha casa de la *calle del Filo*, como Domingo Colombo, Antonio Colombo, Felipe Colombo, Antonieta Colombo, etc. Lo atestigua el presidente del Tribunal M. Pedro Giubega.

Pues bien, esta casa ó la ruina de ella existe aún, y allí se ha colocado la lápida de que hablé al comienzo de esta carta.

Debió esta casa ser restaurada ó reconstruída, según parece, en el siglo XVII ó más tarde, y hoy está en gran parte desmantelada y casi en ruina. El capellán Casanova dice que en Octubre de 1882, con motivo de hacerse reparacio-

nes en ella y quitarse la capa de cal que había sobre una puerta anteriormente tapiada se encontraron ciertas esculturas representando una brújula sobre su eje, es decir, la brújula de Gioia en el siglo XIII. Á la derecha había una torre, una esfera y la estrella polar. Á la izquierda otra torre y sobre ella una paloma *(Colombe)*, una cruz ornamentada y otra esfera.

Por espacio de más de año y medio estuvo todo esto á la vista del público, pero en Julio de 1884 y en la noche del 13 al 14 de dicho mes, desapareció todo repentinamente. Durante aquella noche la escultura fué rota á martillazos, según se supone, por tres italianos, tres genoveses que habían aparecido en Calvi la víspera de aquel día, y á quienes ya no se volvió á ver. La piedra mutilada, en la que aún se conservan vestigios de

la escultura, se halla hoy en la casa municipal de Calvi.

También aseguran los de esta ciudad que antes existía la fe de bautismo de Cristóbal Colón, y es realmente mucho decir, la cual fué destruída, según unos por las bombas de los ingleses á fines del siglo XVIII y según otros por haberla hecho desaparecer los genoveses. El notario Octavio Coloma-Cecaldi dió fe de que muchos testigos se presentaron ante él para declarar y afirmar bajo juramento que sus padres y abuelos habían visto y leído la partida de bautismo de Crsitóbal Colón.

Ahora bien; si todo esto, que nos cuenta el capellán Casanova, resultara cierto, Colón, antes que de nacionalidad francesa, como asegura el abate Juan Perretti en su obra *Cristóbal Colón francés, corso y nacido en Calvi* (refiriéndose á la

circunstancia de ser hoy Francia la poseedora de la isla), sería de nacionalidad aragonesa, como demuestra el señor D. Luis Franco, barón de Mora, en su ya citada Memoria remitida á nuestra Real Academia.

«Cuando nació Colón, Córcega formaba parte de la corona de Aragón, dice Luis Franco. Por consiguiente Cristóbal Colón era aragonés cuando nació. Con idénticas razones, con el mismo derecho que sostiene Francia que fué francés Napoleón I por haber nacido en un territorio que sólo desde pocos meses antes de su nacimiento pertenecía á aquella nación, con el mismo, y aun mayor si cabe, puede sostener España que fué español, como nacido dentro los estados de Aragón, el descubridor del Nuevo Mundo.»

La argumentación del barón de Mora

no deja de tener su fuerza y su lógica. Bien sostenida está su tesis, y si es cierto que la dominación eventual, nominal y hasta real por más ó menos tiempo, sea suficiente para determinar la nacionalidad, entonces no hay duda de que España, y Aragón especialmente, pudieran reclamar el honor que tantos hoy se disputan. Pero es todo esto muy aventurado y muy efímera la base en que descansa y se apoya.

El que Colón se llamase genovés y así lo dijese en un documento, como aparece, nada importaría en verdad para el caso, ya que en la época de su nacimiento Córcega no pertenecía toda ella de hecho, aun cuando sí de derecho, á la Corona de Aragón. Y digo que no toda ella de hecho, porque Calvi, por ejemplo, reconocía y defendía la dominación genovesa, sosteniendo luchas con los

aragoneses y catalanes que varias veces se apoderaron de ella para otras tantas perderla y recobrarla después. Calvi en aquella época era cordialmente del partido genovés, á quien aparecía adicta por completo, enemiga capital de la dominación aragonesa.

De todas maneras, mientras no vengan mayores pruebas, hasta hoy todo inclina á creer que Colón fué genovés ó de nacionalidad genovesa al menos.

Y aquí termino esta tal vez difusa y enojosa narración, esperando que usted y los lectores me la perdonen en gracia de la buena voluntad. Parecióme que este asunto debía tratarse y discutirse. Otros podrán hallar medios y motivos de ilustrar la tesis, que es verdaderamente interesante, allegando más datos ó combatiendo los hasta hoy ofrecidos á la crítica, en punto que es tan esen-

cial para la historia del gran navegante. Para mí, compañero querido y amigo, continúa siendo un misterio el origen de Colón, y no me pesaría que continuara siéndolo siempre. Con ello tendría algo más de inmortal el mortal que nos reveló el Nuevo Mundo.

Siempre de V., mi excelente amigo, su admirador y compañero,

Víctor Balaguer.

FIN DEL LIBRO «EPISTOLARIO»

OBRAS COMPLETAS

DE

D. VÍCTOR BALAGUER

El producto de estas obras se destina al sostén de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, fundación del autor.

Los que deseen adquirir estas obras, en totalidad ó en parte, podrán dirigirse al director de aquél Instituto.

POESÍAS CATALANAS

Un tomo, que es el primero de la colección.

Precio: 6 pesetas.

Contiene todas las poesías catalanas del autor, divididas en 6 libros. Forman parte de este volumen las composiciones que el autor escribió en provenzal.

TRAGEDIAS

Un tomo, segundo de la colección.

Precio: 8 pesetas.

Contiene las tragedias escritas en verso catalán por el autor, con la traducción castellana en prosa, por el mismo.

LOS TROVADORES

Cuatro tomos que son III, IV, V y VI de la colección.

Precio: 30 pesetas.

Es la historia política y literaria de los trovadores pro-

venzales, con la biografía de los más principales de entre ellos. Es tá algo más concreta y reducida que la primera edición publicada en Madrid por Dorregaray en 5 tomos con el título de *Historia política y literaria de los Trovadores.*

DISCURSOS ACADÉMICOS

Y MEMORIAS LITERARIAS

Un tomo, VII de la colección.

Precio: 7 pesetas y media.

Va precedido de un prólogo del insigne escritor aragonés D. Jerónimo Borao.

EL MONASTERIO DE PIEDRA.—LAS LEYENDAS DE MONSERRAT.—LAS CUEVAS DE MONSERRAT

Un tomo, VIII de la colección.

Precio: 7 pesetas y media.

Precede á este libro un dictamen de la Real Academia de la Historia elogiando con especial recomendación *El monasterio de Piedra*, que es historia y guía de aquel antiguo monumento y de aquellos encantadores sitios.

HISTORIA DE CATALUÑA

Once tomos, que forman del IX al XIX de la colección.

Precio: 110 pesetas.

Esta Historia es muy popular en Cataluña, pudiendo asegurarse que en ella está el origen del movimiento histórico y literario de aquella región, habiendo sido fuente é inspiración para los modernos historiadores y poetas catalanes, según se desprende de un interesante dictamen y juicio de la Real Academia de la Historia.

LAS CALLES DE BARCELONA EN 1865

Tres tomos, XX, XXI y XXII de la colección.

Precio: 30 pesetas.

Debe considerarse esta obra como complemento de la *Historia de Cataluña*.

EN EL MINISTERIO DE ULTRAMAR

Dos tomos, XXIII y XXIV de la colección.

Precio: 10 pesetas.

Es la historia de lo proyectado y realizado por el autor en la tercera época que fué ministro de Ultramar.

El primer tomo abraza la época de su ministerio desde Octubre de 1886 á fin de 1887. El segundo tomo desde 1.º de Enero á 14 de Junio de 1888.

MIS RECUERDOS DE ITALIA

Un tomo, que es el XXV de la colección.

Precio: 7 pesetas y media.

Refiere el autor su primer viaje á Italia en 1859, cuando la guerra de la Independencia italiana, y habla de sus impresiones en los campos de batalla de Magenta, Palestro y Solferino. En la segunda parte refiere su expedición á Italia en 1870 cuando formaba parte de la comisión de diputados españoles que fué á ofrecer la corona de España al duque de Aosta, Amadeo I.

NOVELAS

Dos tomos, XXVI y XXVII de la colección.

Precio: 10 pesetas.

Contiene varias novelas publicadas por el autor en los años de 1850 y 1851, cuando dominaba la escuela romántica.

Estas novelas son, en el primer tomo: *La guzla del cedro ó los almogavares en Oriente*: *El doncel de la reina*: *La espada*

del muerto. Y en el segundo tomo: *El del capuz colorado: La damisela del castillo: Un cuento de hadas: El ángel de los Centellas: El anciano de la Favencia: Historia de un pañuelo.*

TRAGEDIAS

Dos tomos, XXVIII y XXIX de la colección.

Precio: 12 pesetas.

Nueva edición de esta obra, añadiendo la titulada *Los Pirineos*, que no figura en las otras ediciones; y así como en aquéllas se inserta el original catalán con la traducción en prosa castellana del mismo autor, en la presente se publican las traducciones hechas en verso castellano por poetas ilustres.

POESÍAS CATALANAS

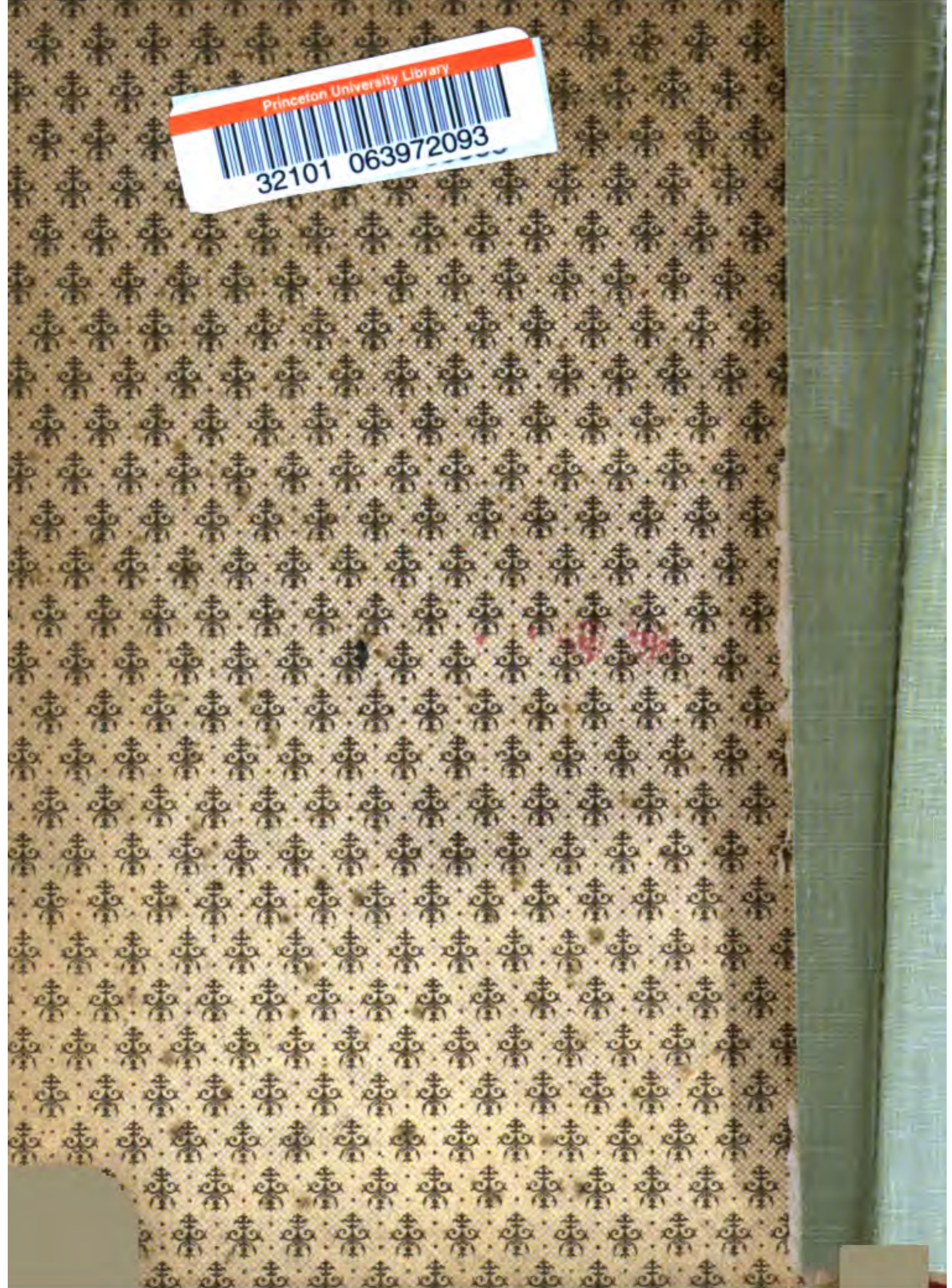
Dos tomos, XXX y XXXI de la colección.

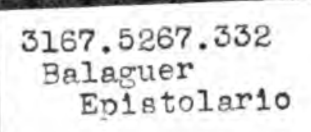
Precio: 12 pesetas.

Es una nueva edición, la sexta de estas poesías, escrupulosamente corregida y aumentada con nuevas composiciones inéditas, con el poema *Lo romiatge de mon ánima* (La romería de mi alma), con notas de carácter íntimo y autobiográfico, y con la traducción castellana de todas las poesías, unas en verso y otras en prosa, por distintos autores.

FUERA DE COLECCIÓN

Las ruinas de Poblet, un tomo.	4	pesetas.
Poesías castellanas, un tomo	3	—
Los Pirineos, edición de gran lujo	15	—
Los Reyes Católicos, en publicación por El Progreso Editorial.		
Cristóbal Colón, un tomo, encuadernado	5	—
Al pie de la encina, un tomo, encuadernado.	5	—
Epistolario.—Memorial de cosas que pasaron, dos tomos encuadernados	8	—


Princeton University Library
32101 063972093


3167.5267.332
v.2
Balaguer
Epistolario


EL PROGRESO EDITORIAL